



Merche Diolch
*¿Quién viene
a cenar
esta noche?*



Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2017

© 2017 Merche Diolch

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.

Jorge Luis Borges

Para mi abuelo.

Prólogo

—Buenos días, señor Manuel.

El anciano, sentado en el descansillo del edificio antiguo de viviendas, miró al chico que le había saludado.

—Buenos días.

—¿Se encuentra bien?

Asintió dubitativo.

—Sí...

El joven se acuclilló y le agarró las heladas manos.

—¿Podemos ayudarle en algo? —preguntó.

Fue en ese momento cuando el anciano se dio cuenta de que no estaban solos. Dos hombres de uniforme azul le observaban.

—No. Estoy esperando a mi hija.

Un sollozo ahogado reverberó en la escalera, atrayendo su atención. Miró a la mujer que lloraba desde la puerta del corredor pero no la reconoció.

—¿Quiere que le llevemos a su casa?

—Estoy...

Pero no terminó lo que fuera a decir. Se encontraba en el descansillo, sentado en los escalones de fría piedra, en pijama y con las pantuflas como calzado. El pelo lo tenía revuelto, indicio claro de que acababa de salir de la cama y...

No sabía por qué estaba allí.

Capítulo 1

—Buenos días, papá. —La mujer se acercó hasta el anciano, le dio un beso y le robó la taza de café.

—Daniela, te he dicho miles de veces que si no te levantas tan justa de tiempo podrías desayunar en condiciones —la reprendió al mismo tiempo que se dirigía a la cocina para ponerse otro café.

—Ya lo hago —señaló, arrancándole una carcajada a su padre, mientras bebía el líquido negro y dejaba escapar un suspiro de satisfacción.

La mujer se sentó en una de las sillas que había alrededor de la gran mesa de madera del salón e intentó prestar atención a lo que en la televisión se decía. En realidad, más de lo mismo. El paro seguía subiendo, los desahucios se sucedían y la gente cada vez tenía menos para sobrevivir. Lo sabía por propia experiencia. Llevaba sin trabajar casi dos años y tras luchar lo que pudo, por mantener su independencia, no pudo hacer frente a ningún alquiler más y tuvo que volver al hogar familiar, junto a su padre.

—¿Cuentan algo nuevo? —se interesó el hombre en cuanto regresó a la habitación.

Ella se encogió de hombros y bufó.

—Lo mismo de siempre.

Su padre le revolvió el largo cabello, como si todavía tuviera diez años, y se sentó frente a ella.

—Ya verás como todo se soluciona —dijo—. Este país lo ha pasado peor en otras ocasiones y míranos...

—Pero papá, llevamos casi diez años inmersos en esto —señaló la pantalla donde aparecía uno de los múltiples gráficos que ya no eran extraños para el común de la población—, y seguimos sin ver la luz detrás del túnel.

—Hija, no seas tan pesimista —el anciano la regañó sin despegar los ojos de la televisión—. Hazme caso. Pronto encontrarás trabajo.

Daniela se levantó arrastrando su asiento hacia atrás, estiró la blusa para quitar las posibles arrugas que pudieran haber aparecido y miró con amor a su padre.

—Ojalá tengas razón.

El hombre bebió de la taza y siguió absorto en las noticias.

No la había escuchado y ella no esperaba respuesta alguna. Era la misma

conversación que mantenían desde que se había mudado a esa casa, hacía casi dos años.

Recogió su bolso, donde guardó el móvil, tomó las llaves y se despidió de su padre con dos besos, quien la sujetó de la mano para retenerla.

—¿A qué hora volverás? —le preguntó centrando la cansada mirada en la de ella.

Daniela se deshizo de su agarre y le acarició la arrugada mejilla donde ya se apreciaba algo de barba. Dentro de poco tendría que afeitarse de nuevo.

—No lo sé. Tengo que pasar por la farmacia a recoger tus medicamentos y quiero ir donde Pepi, por si tiene noticias de algún posible trabajo.

Su padre asintió y sonrió.

—No te retrases. Hoy hay huevos fritos con patatas y sé lo que te gustan.

Ella le dio un beso en la frente, donde había vuelto a salir la incansable herida de siempre, y le prometió que no se retrasaría. Paró en la cocina para hacerse con una manzana y salió al pasillo comunitario, acallando el sonido de las noticias al cerrar la puerta. Se apoyó en la lisa superficie y cerró los ojos. Necesitaba unos segundos, unos pocos segundos para reponerse.

Su padre envejecía a pasos agigantados delante de ella. La vida se le escapaba de las manos y solo podía observar cómo se marchaba.

Manuel había conducido los autobuses de la EMT¹ hasta que tuvo que jubilarse. Había luchado por sacar a su hija hacia adelante tras la muerte de su mujer, inculcándole los principios que la vida le había enseñado desde niño, y había conseguido una nota inmejorable en su educación. De gran atractivo desde joven, atraía todas las miradas, hasta que la madre de Daniela le cazó, obligándole a asentar cabeza como a su padre le gustaba decir con una sonrisa en el rostro y un brillo especial en la mirada.

Pero el reloj del tiempo no se detenía ante nadie y Daniela podía asegurar que, desde que había vuelto al hogar familiar, la caída del grano de arena en el reloj de la vida se había acelerado. El porte recio de su padre se había encorvado, como si llevara todo el peso del mundo sobre sus hombros, a la par que se debilitaba su pulso. Hacía tiempo que la cabellera castaña se había sustituido por el blanco que otorgaba la sabiduría de la experiencia y en sus ojos, la luz que presagiaba alguna travesura había desaparecido dando paso a una mirada cansada.

—Buenos días, Daniela.

La voz de una mujer mayor le devolvió al presente.

—¿Qué tal está hoy, Remedios? —le preguntó a su vecina con interés, al mismo

tiempo que apreciaba su vestido ajado y el perfume a naftalina.

—Muy bien, hija. Con los típicos achaques de la edad —indicó llevándose una mano teatral al corazón, donde las puntillas amarillas predominaban—. ¿Está tu padre?

Ella afirmó con la cabeza.

—Ahí dentro está. —Señaló la puerta—. Viendo las noticias.

La mujer gruñó mientras se atusaba el cabello que evidenciaba que había pasado por la peluquería.

—Nada bueno sale de esa caja tonta —dijo, haciéndola reír—. Voy a ver si quiere algunos de los calabacines que me ha traído mi hija del pueblo, para la cena de esta noche.

Daniela le abrió la puerta mientras le agradecía el gesto con un beso en la mejilla. La conocía desde que era pequeña, vecina pared contra pared, había crecido con sus hijas, jugando en el parque de enfrente o correteando en el pasillo que comunicaba el resto de viviendas.

—De seguro que sí los querrá —afirmó—. Pase y tome un café con él.

La anciana se rio.

—Creo que mejor un té, este corazón mío no soportaría más excitante. Recomendaciones del doctor: solo un café por día, descafeinado a ser posible y ya llevo dos.

—Pues entonces un té, aunque recuerde que también es una bebida excitante —le señaló con una sonrisa.

—Pero el médico solo habló de café.

Daniela se rio, le abrió la puerta de la casa y se despidió de ella y de su padre que, como buen anfitrión, ya se levantaba para recibir a su invitada.

Los engranajes del ascensor le acompañaron en su descenso mientras se observaba en el gran espejo. Sentimientos encontrados tenía respecto a esa superficie lisa, donde cualquier imperfección, arruga o granito era visible y aunque la consideraba una herramienta «maligna», no podía evitar mirar su reflejo e intentar asimilar que por ella también pasaban los años.

Llevaba su larga melena oscura recogida en una cola de caballo, dejando visible su rostro moreno, donde el protagonismo lo tenían sus grandes ojos negros. De estatura baja y con curvas, Daniela no consideraba que tuviera un cuerpo que entrara dentro del canon de belleza actual pero estaba a gusto con él, y si exceptuaba las canas, los años, las

arrugas, las patas de gallo, y un largo etcétera, todavía atraía alguna que otra mirada.

Esa mañana se había puesto la blusa azul, un color que sus allegados le decían que le sentaba bastante bien, junto a unos vaqueros cómodos y sus deportivas moradas favoritas. Si se iba a recorrer el barrio, a la caza y captura de un trabajo, de nada le servirían los zapatos de tacón de aguja y las faldas estrechas que guardaba en su armario desde que la habían despedido del colegio donde enseñaba. Ropa que la quedaba bien —más de un hombre y alguna que otra mujer había seguido el vaivén de sus caderas con ella—, pero lo consideraba un «uniforme» de obligado uso que llevaba cuando enseñaba en la institución elitista a la que acudía cada mañana, desde que terminó la carrera de Magisterio.

—Quién iba a decirte que los ricos también sufren la crisis —se dijo en voz alta con ironía, cuando llegó a la planta baja.

No había dado ni tres pasos, cuando se topó con otro de los vecinos de su padre.

—Buenos días, Daniela —la saludó.

Sin detenerse a pensarlo, atrapó las bolsas de la compra que llevaba el anciano y le sujetó la puerta del portal para que pasara.

—Señor Ramón, ¿cómo se encuentra hoy?

El hombre la siguió con una sonrisa hasta el ascensor.

—Bien, hija. Con los achaques típicos de la edad.

—Mi padre está igual —indicó—. El tiempo que nos tiene a todos locos.

El anciano abrió la puerta del elevador y dejó que Daniela metiera la compra dentro.

—Gracias por la ayuda. Cuando regreses pasa por casa que tengo patatas del pueblo.

—No se me olvidará —dijo, le guiñó un ojo y se despidió.

Un viento húmedo la recibió nada más salir a la calle. Pensó si era conveniente volver a subir a la casa para coger la chaqueta pero la posibilidad de que se encontrara con alguien más, le hizo desistir. Quería a los vecinos de su padre, como si fueran de su propia familia, pero no podía observar cómo se ocupaban de tareas o hacían recados que por los años ya no deberían realizar. Su conciencia le impedía mirar hacia otro lado por lo que si se topaba con alguno de ellos, aparcaba sus propios planes y les echaba una mano.

Miró la hora en su reloj de correa de plástico rosa, un Casio que había rescatado de los joyeros de su niñez, y corroboró que ya llegaba tarde, por lo que no podía permitirse más retrasos. Observó el cielo gris y deseó que el color de las nubes fuera síntoma del aumento de contaminación de la ciudad, en vez del presagio de una inminente tormenta.

—Pepi, me va a matar —se recriminó a sí misma y echó a correr en dirección a la tienda de su amiga.

1 Empresa Municipal de Transportes de Madrid (también conocida como EMT Madrid) es una entidad que da servicio de transporte público de superficie en la ciudad de Madrid (España).

Capítulo 2

Las campanillas del establecimiento anunciaron su presencia nada más traspasar la puerta acristalada.

—Niña, ya era hora de que llegaras —le saludó la dueña de la única droguería del barrio—. Ve al cuarto de atrás y ponte un café. En cuanto cobre a Rosa, cierro y me reúno contigo.

Ella asintió, ante las órdenes de su amiga, y saludó a la clienta que atendía Pepi.

—Buenos días, Rosa.

—Hola cariño, ¿qué tal tu padre? —le preguntó la mujer mayor.

—Bien. Está en casa.

—Dale recuerdos —señaló mientras pagaba a Pepi.

Daniela miró a través del cristal de la tienda.

—De su parte. Tenga cuidado con la lluvia.

La mujer señaló el gran paraguas que llevaba enganchado del brazo.

—Tranquila. No salgo de casa sin él.

Ella se pasó la mano por al cabello mojado, evidenciando que no era tan previsora como la clienta de Pepi, mientras un escalofrío le recorría de arriba abajo. No había podido evitar que la tormenta terminara por sorprenderla, a escasos metros de la droguería, lo que había provocado que la humedad se le adhiriera al cuerpo.

—Será mejor que me ponga ese café. —Se despidió y se adentró en la tienda a la espera de que llegara su amiga.

El olor del café recién hecho la recibió nada más entrar en el despacho de su amiga. Un pequeño cuarto donde los libros ocupaban las estanterías que invadían las paredes y en las que podías encontrar una inmensa colección de variados títulos, donde abundaban las novelas de corte romántico. Pepi le insistía, una y otra vez, para que leyera alguna de esas historias con final feliz pero, aunque en más de una ocasión estuvo tentada de catar esa lectura, su consciencia aparecía de pronto para recordarle que ella no creía en esas aventuras de color de rosa porque ya vivió una historia de amor y... no terminó bien.

Se llenó una de las tazas, que descansaban cerca de la cafetera, hasta arriba del líquido oscuro y se sentó en el sillón marrón situado delante de la mesa atiborrada de papeles, libros de contabilidad y un antiguo ordenador. Agarró la taza con ambas manos

para que se calentaran y fijó la mirada en la pequeña ventana, mientras escuchaba el sonido de la lluvia.

—Te dije que vinieras pronto. —Pepi la reprendió en cuanto entró por la puerta.

Ella sonrió. Quería a esa mujer como si fuera su propia hermana. De complexión delgada y estatura pequeña, el rubio cabello lo llevaba corto, según ella para no tener que preocuparse de arreglarlo, perfilando los rasgos de su rostro con ese peinado. Era un terremoto a punto de explotar. Un pequeño frasco de perfume donde su carácter irascible, desconfiado y en ocasiones antipático, contrariaba a la dulzura que dejaban ver sus ojos verdes cuando sonreía, en contadas ocasiones. Una dureza que solo mostraba ante los extraños y que suavizaba cuando atendía a la clientela de su tienda, de la droguería *Suave Algodón*, ya que si no fuera por ellos, no habría podido sobrevivir.

A Pepi, la vida le había enseñado a librar sus propias batallas, forjando su agrio carácter, cuando su estado de mujer feliz, al contraer matrimonio muy joven con su amor de la infancia, se había transformado por el de viuda. Se quedó sola de la noche a la mañana tras un infortunado accidente y como su familia no aprobó nunca a su pareja, se vio sin ningún apoyo; hasta que el barrio se volcó en ayudar a su joven vecina, acudiendo a comprar a la droguería, llevándole comida o cualquier cosa que necesitara.

—No he escuchado el despertador —señaló—. La noche no ha sido demasiado buena.

Pepi la miró y se llevó la mano hasta su corto cabello.

—¿Qué tal está?

Dani suspiró y apoyó la taza en el brazo del sofá mientras cerraba los ojos.

—Sigue sin acordarse de nada.

Su amiga se levantó de la silla que había detrás de la mesa, atrayendo su atención, y se sirvió también un café.

—Se levantó de la cama. Estuvo en pijama y zapatillas sentado en las escaleras, en el frío mármol durante horas, hasta que llegaron los sanitarios y la policía —describió cada uno de los sucesos que había vivido Daniela hacía una semana—. No te recordaba... —Pepi gruñó—. Por favor, no sabía quién eras. ¿Y me dices que no se acuerda de nada?

Daniela negó con la cabeza.

—De nada —repitió.

—¿Y lo de las noches?

Ella se estiró tan larga como era y volvió a suspirar.

—No sabe que se despierta en mitad de la noche, llamando a mi madre y que cuando acudo... —Negó con la cabeza de nuevo—. La mayoría de las veces cree que soy ella, mi madre, y eso puedo llevarlo bien porque le tranquilizo y se queda dormido otra vez. Pero cuando no me reconoce...

Pepi observó a su amiga y lo que vio no le gustó.

—Esta noche ha sido una de ellas —afirmó con seguridad. En la cara de Daniela se reflejaba el cansancio que llevaba acumulando desde hacía días.

La morena asintió.

—Y esta mañana no se acordaba de nada —indicó mostrando una sonrisa triste en su rostro.

La dueña de la droguería bebió de la taza sin apartar sus ojos verdes de los negros de su amiga.

—Tienes que llamarlo —espetó de golpe.

Daniela, que bebía café en ese momento, por poco se atraganta ante la orden.

—No. Ya hemos mantenido esta conversación y sabes lo que opino.

Pepi posó su taza sobre la mesa con demasiada fuerza, derramando un poco del líquido sobre la superficie ante el impacto.

—Eres una cabezota. —Levantó la mano acallando a la morena que iba a replicar ante sus palabras—. Sí, lo hemos hablado ya, y sé que no quieres hacerlo, pero Dani... Necesitas ayuda.

La increpada se levantó del sillón, se llevó la mano a los bolsillos traseros del vaquero, dándole la espalda a la dueña de *Suave Algodón*, mientras posaba sus ojos sobre los libros de la estantería.

—Puedo cuidar sola de mi padre—afirmó con poca convicción.

Daniela era muy consciente de que si los episodios amnésicos de su padre aumentaban y que, como le había informado el médico, comenzaba a reaccionar de forma violenta, como sucedía en algunos casos de demencia senil, necesitaría ayuda.

Su amiga la abrazó por detrás y apoyó la barbilla en su hombro.

—Sé que puedes pero nunca viene mal algo de ayuda —le susurró.

Daniela apoyó la cabeza en la de su amiga y suspiró.

—Pero él...

Pepi le dio un beso en la mejilla.

—Vas de un trabajo a otro sin tener un sueldo fijo. No puedes quedarte en casa para cuidarle porque necesitas encontrar un trabajo. No tienes a nadie más. —Suspiró y buscó sus ojos—. Es tu marido.

Capítulo 3

Hace mucho tiempo...

—Venga mi niña, no hagas esperar a tu futuro esposo.

Daniela dio una vuelta sobre sus pies, provocando que la falda blanca girara alrededor de ella, buscando su imagen en el espejo de cuerpo entero.

—¿A que es precioso?

La risa varonil estalló en la habitación. El hombre llevó sus manos hasta los hombros desnudos de su hija y detuvo su feliz baile. Posó sus ojos en los negros de ella, donde las estrellas continuaban su particular danza desde que su novio le había propuesto matrimonio.

—Te esperan...

Daniela asintió y le dio un beso en la mejilla.

—Soy muy feliz.

La sonrisa de Manuel se agrandó y acarició la suave mejilla.

—Y yo de verte así.

Daniela se giró, atrapó los antiguos pendientes que había sobre la mesa y se los puso mirándose en el espejo.

—¿Crees que mamá estaría conforme?

La mirada de su padre fue hasta las joyas que habían pertenecido a su amada esposa y que brillaban en las orejas de su hija en ese momento. La tristeza por unos segundos empañó su mirada verde hasta que la fijó en el espejo y volvió a sonreír.

—No lo dudes. Álvaro es un buen chico y se nota que te quiere.

La risa de Daniela, algo tímida, los envolvió ante esa declaración. Atrapó un chal blanco con bordados delicados que se puso sobre el corpiño, a juego con la falda, donde aparecían algunas pequeñas flores rojas diseminadas, y besó de nuevo la rasurada mejilla de su padre.

—Ya estoy —confirmó mientras le agarraba del brazo—. Creo que ya ha sufrido lo suficiente. —Manuel se rio de nuevo—. No quiero que salga corriendo.

El hombre palmeó la mano que tenía agarrada y abrió la puerta de la habitación.

—No creo que huya por el menor imprevisto que surja.

Capítulo 4

Daniela pestañeó alejando los recuerdos y miró a su amiga.

—A nivel legal puede que sea mi marido pero desde hace dos años recuperé mi soltería y, desde entonces, soy la mujer más feliz del mundo.

Pepi elevó una de sus delicadas cejas y se sentó de nuevo en la silla que había detrás de la mesa inundada de papeles.

—Sí... Muy feliz.

Daniela trató de sostener sus palabras ante la mirada verde, pero su fuerza de voluntad sucumbió en apenas unos segundos. Se sentó resignada en el sofá y bebió del café ya frío.

—Es la vida que elegimos.

La dueña de la droguería asintió, al mismo tiempo que se estiraba y apoyaba la espalda sobre el respaldo de la silla.

—Dos cabezotas...

—Un cabezota —corrigió.

La risa de su amiga resonó en el despacho.

—Lo que tú digas. —Elevó las manos en son de paz.

Daniela apoyó la taza en el brazo del sofá y se inclinó hacia adelante, dejando su cara asentada entre las manos.

—Álvaro no es una solución.

—Pero...

—Desde que decidimos separarnos, hemos seguido cada uno caminos diferentes y nos ha ido muy bien así.

Pepi volvió a reírse pero en esta ocasión no había alegría en ese sonido.

—Dani no seas ilusa. —La aludida la miró sin comprender—. A Álvaro le ha ido bien o por lo menos es lo que sabemos por las noticias de la televisión. Se ha convertido en el socio más joven del despacho ese con nombre impronunciable y lleva los casos legales más importantes que están ocurriendo en nuestro país. Participa de la vida de la *jet set* española y cada día aparece una nueva foto de él, en las revistas de corazón, junto a mujeres que...

Daniela chirrió los dientes, levantó la mano y suspiró.

—Y yo, mientras tanto, estoy en el paro, buscando un trabajo que nunca llega y viviendo de la caridad de los amigos.

—Ehhh... —gritó—. De caridad nada. Lo hacemos porque queremos y porque te queremos. A ti y a tu padre. Cuando no hay familia a la que recurrir o no se puede acudir a ella porque son unos indeseables —Movió la mano intentando alejar los malos recuerdos de su propia experiencia—, están los amigos. Estamos aquí para lo que necesitéis.

Daniela se apartó un mechón negro que se había escapado del recogido y suspiró.

—Lo sé, lo sé... Pero a veces es difícil...

Pepi, que se había levantado de la silla, se acuclilló delante de ella y atrapó sus manos.

—Por eso, porque es difícil debes hablar con Álvaro.

Por unos segundos el silencio las rodeó. Un corto espacio de tiempo en el que Pepi pensó que Daniela iba a ceder pero... no fue así.

—No puedo. —Se levantó del sillón y se alejó de su amiga, dejando la mirada otra vez fija en la estantería.

—Dos cabezotas —dijo a media voz, sin esconderle a Daniela lo que pensaba de su actitud—. Tendría que llamarle yo y...

—¡No! —gritó, interrumpiéndola—. Pepi, no se te ocurra llamarle.

La joven, que se dirigía a la silla del escritorio de nuevo, se paró en seco ante su reacción.

—Tranquila. No le diré nada. —Daniela asintió con la cabeza—. Si la cosa no empeora...

—Pepi... —la llamó, atrapando su mano.

—No, Daniela. Llevo a tu lado desde hace muchos años. Te he ayudado en todo lo que he podido. Te quiero como a una hermana...

—Y yo a ti, por eso...

Pepi siseó acallándola.

—Por eso sé que estás en las últimas. Tu cara —le acarició el rostro—, lo evidencia. No duermes en condiciones y la preocupación por lo que le está sucediendo a tu padre no te deja descansar. No puedes cuidarle como tú deseas y él se merece...

Daniela agachó la mirada asimilando esas palabras. A pesar de no estar de acuerdo con ellas, sabía que eran ciertas.

—Pero llamar a Álvaro, no es la solución.

Pepi le levantó la barbilla buscando su mirada.

—No, no es la solución pero es la única familia que tienes que puede ayudarte.

Ella chirrió los dientes.

—Bueno, familia, familia...

—Familia, Daniela —la cortó—. Es tu marido. Seguís casados... Cosa que no entiendo, en los tiempos que corren. Conseguir un divorcio casi es como pedir comida al chino de la esquina. Rápido, rico y barato. —Daniela se rio—. Cuando Álvaro es abogado...

—Pero...

—No quiero saberlo —la atajó—. Solo digo que cuando vea que esto termina por superarte, le llamaré.

—No servirá de nada.

Pepi se sentó en la silla y la miró.

—Quizás no pero, le llamaré.

Capítulo 5

Se le había hecho tarde.

Tras ver a Pepi, en *Suave Algodón*, y la visita fija que hacía cada dos días a la farmacia, para recoger los medicamentos de su padre, había tenido que coger la línea C-3 de Metro para dirigirse a Sol.

Su amiga le había conseguido una entrevista en una empresa donde buscaban camareros para los *caterings* que realizaban para celebraciones diversas. No era mucho, ya que el contrato que le ofrecían era por horas y si superaban el tiempo contratado por el cliente, cosa que ya sabía por propia experiencia que solía suceder en estos tipos de actos, esas horas de más irían en negro.

—¡Viva el mundo laboral! —dijo en voz alta atrayendo las miradas de la gente que había a su alrededor en el andén.

Justo en ese momento llegó el tren, haciendo un ruido ensordecedor, y echó un par de pasos hacia atrás instintivamente, alejándose de la vía. Desde que vio en las noticias que un desconocido empujó a una chica que esperaba el metro, porque le apetecía, no conseguía quitarse esa imagen de la cabeza cada vez que entraba el maquinista en la estación.

En cuanto las puertas se abrieron, entró en el interior del vagón que tenía más cerca y se sentó en uno de los numerosos asientos libres que había. Por suerte, al ser una de las primeras paradas de esa línea —o última, dependiendo de la dirección que tomaran los viajeros—, había siempre bastantes asientos vacíos.

Necesitaba llegar lo más relajada posible a la entrevista de trabajo, para dar buena imagen, y lo primero que tenía que hacer era olvidarse de Álvaro.

La conversación con Pepi había removido recuerdos que creía olvidados, pero que en realidad estaban sepultados bajo sus preocupaciones diarias.

Hace mucho tiempo...

La puerta del salón de plenos del ayuntamiento se abrió de par en par, dejando vía libre a la hermosa novia que iba del brazo de su padre y padrino.

Los allí asistentes, vestidos con sus mejores galas, enmudecieron de pronto, mostrando en sus rostros una sonrisa radiante ante lo que iban a ser testigos.

Daniela, nada más cruzar el umbral, buscó con la mirada al hombre que le había

robado el corazón y que pronto sería su marido.

Los ojos azules de Álvaro brillaban de expectación ante lo que estaba a punto de suceder. Escondió las manos en los bolsillos del pantalón gris perla, para sacarlas a continuación. Estaba nervioso, muy nervioso, y no sabía qué hacer con ellas, hasta que la mano de su amigo, padrino y fiel compañero, se posó en su hombro y le susurró al oído palabras tranquilizadoras:

—Está preciosa y te quiere a ti... Solo a ti.

El novio expulsó el aire que retenía y se pasó la mano por el cabello sin evitarlo.

—Y yo solo la quiero a ella.

Daniela llegó a su altura, dio un beso en la mejilla a su padre y devolvió la atención a su futuro e inmediato esposo. Estaba guapísimo vestido con un traje de chaqueta de color gris y una camisa azul claro donde reposaba una corbata lila, que estaba haciendo sufrir a su dueño. Álvaro no soportaba las corbatas, consideraba que eran instrumentos de tortura que le robaban el aire que respiraba, y aunque por su profesión había terminado acostumbrándose, en cuanto salía de los juzgados o del despacho se las quitaba.

Días antes de la boda habían hablado de ello. Daniela le había indicado que no hacía falta que se la pusiera, que para ella seguiría siendo el hombre más guapo de la faz de la Tierra, y Álvaro la callaba con un voraz beso ante su confesión.

Levantó su mano hasta la corbata y se la desaflojó un poco, haciéndole sonreír. A continuación intentó peinarle el rebelde cabello, con una caricia que buscaba transmitirle todo lo que le había echado de menos.

—Siento la tardanza —susurró.

Este se acercó hasta ella, le dio un beso en el cuello y sopló con suavidad apartando uno de los mechones negros que caían del recogido que se había hecho para la ocasión.

—No te creo —le dijo en el oído, haciéndole reír.

De pronto, una tos femenina llamó la atención de la pareja. Álvaro le guiñó un ojo. Daniela le lanzó un beso al aire. Se dieron la mano y se giraron hacia la concejal que les iba a casar.

—Hola, Daniela.

La joven pestañeó un par de veces y miró a quien le acababa de saludar.

—Feli... Hola. ¿Qué haces aquí? —Se fijó en que acababan de dejar atrás la estación de Legazpi y devolvió la atención al hombre que iba vestido con un pantalón de pitillo

color burdeos, una camiseta que había perdido el color y no se sabía bien si era gris o azul claro, y se le pegaba al cuerpo, y una chaqueta de pelo morado a juego con las gafas de pasta que llevaba y el flequillo de su cabello, levantado hacia arriba, y que resaltaba sobre el rubio.

El hombre se apoyó en una de las barras de metal que servían de agarre para cuando el metro estaba en marcha y le sonrió.

—Voy a Sol para comprar un par de libros —respondió—. ¿Y tú?

—Tengo una entrevista de trabajo.

—¡Qué bien! —Le palmeó la mano, haciendo que dos de los anillos que llevaba brillaran.

—Bueno...

—¿Bueno? —La miró extrañado.

—Tengo que pasarla y después... —Suspiró—. Es por horas por lo que...

La despeinó con cariño.

—Nada, nada. Es un trabajo y es lo que debes pensar. —Atrapó sus gafas e intentó limpiarlas con el borde de la camiseta.

Daniela se rio cuando vio cómo observaba los cristales y negaba con la cabeza.

—No tiene solución.

—Anda toma —le ofreció un pañuelo que llevaba guardado en la mochila que usaba de bolso—. Con la ropa lo que consigues al final es que se rayen.

El hombre asintió y tomó el pañuelo.

—Ains... hija, estás en todo.

Daniela se rio ante su comentario.

—No seas zalamero. —Se levantó del asiento y se puso a la par de él—. ¿Vendrás esta noche a casa?

Feli miró los cristales de las gafas y se las puso. Guiñó uno de sus ojos y le devolvió el pañuelo.

—Ya sabes que no me pierdo una de tus cenas ni aunque esté en el hospital ingresado. —Ambos rieron, recordando lo que había pasado hacía unos meses.

Habían ingresado a Feli por culpa de la vesícula que le volvía a dar guerra. Mientras valoraban si le operaban o no, se encaprichó de la crema de puerros que hacía Daniela y le

rogó, le suplicó que se la llevara. Todavía se acordaba de las artimañas que tuvo que realizar para llevarle la comida hasta la habitación del hospital.

—¿Vendrá José?

Feli suspiró al escuchar el nombre de su marido.

—No sé, cariño. Ya sabes cómo es el trabajo de un abogado y ahora tiene un caso que...

Daniela le agarró del brazo y asintió. Lo sabía muy bien. Había vivido con un abogado muchos años.

En ese momento la voz grabada del sistema de audio del tren les avisó de que llegaban a Sol.

—Te acompaño un poquito que me pilla de camino.

Feli asintió.

—Si te portas bien en la entrevista, puede que esta tarde te sorprenda con un libro.

Daniela se rio, llevó el dedo hasta su corazón e hizo la señal de la cruz.

—Voy a ser una niña buena.

Capítulo 6

Nada más dejar a Feli en la puerta de la Fnac retrocedió sobre sus propios pasos para tomar la calle Mesoneros Romanos, donde se encontraban las oficinas de la empresa que buscaba personal para cubrir los eventos que tenían contratados. Según le había explicado Pepi, acababan de abrir pero tenían una gran cartera de clientes y se habían visto desbordados por la cantidad de actos que querían contar con sus servicios, muchos de ellos amigos de una de las dos dueñas de la empresa.

—Dinero llama a dinero —le había dicho Pepi cuando le dio el papel en el que había apuntado la dirección a la que se dirigía.

Llegó a un edificio antiguo, con la puerta de madera abierta de par en par y donde reposaba, en la rugosa superficie oscura, una gran aldaba de hierro. Su interior, recubierto de mármol blanco con vetas negras, de grandes techos de madera, alentaba a los visitantes a quedarse fuera, en la calle, en vez de traspasar su umbral. No pudo evitar tiritar ante el frío que se amparaba en su interior. Un espacio nada hogareño. La sencilla blusa que llevaba no era suficiente abrigo para protegerla de esa temperatura.

Se dirigió con rapidez hacia el ascensor y abrió la puerta para colarse por ella, cuando una voz masculina la detuvo.

—Buenos días, señorita. ¿Adónde se dirige?

Daniela observó al hombre mayor que, vestido con un mono azul, sacaba lo que parecían dos enormes bolsas de basura de una pequeña portezuela, escondida detrás del elevador.

—A la tercera planta...

—¿A *Dulce y Salado*?

Ella rebuscó un papel que llevaba dentro del bolsillo del vaquero, el mismo que le había dado Pepi, y lo leyó, confirmando que así se llamaba la empresa en la que tenía la entrevista de trabajo.

—Sí. Exacto.

El hombre asintió con la cabeza, dejó las bolsas que llevaba y le sujetó la puerta del ascensor.

—Mucha suerte.

—Gracias pero, ¿cómo sabe a lo que vengo? —se interesó.

El conserje pulsó el botón del tercer piso.

—Llevan toda la mañana haciendo entrevistas por lo que supongo que vendrá para alguno de los puestos vacantes. —Fue a cerrar la puerta pero Daniela se lo impidió.

—¿Mucha gente?

Este asintió.

—Suerte —le deseó cerrando la puerta de metal.

Daniela sintió como el ascensor se ponía en movimiento y soltó el aire que retenía sin darse cuenta. Se recolocó la blusa, deshizo la cola de caballo que llevaba como peinado y volvió a hacérsela, intentando sujetar bien todos los mechones que se le habían soltado y que terminaban cobrando vida propia; y para cuando el elevador llegó a su destino, pensó que ya no podía estar más presentable.

—La suerte está echada —dijo en voz alta—. Venga Daniela, tú puedes.

Llamó al timbre de la puerta en la que había un pequeño cartel de latón, donde las palabras *Dulce y Salado* resaltaban, y esperó a que le abrieran. Pasaron un par de minutos pero nadie apareció, por lo que volvió a llamar de nuevo, momento en el que se dio cuenta de que llevaba los cordones desatados de una de sus deportivas moradas.

—Buenos días —le saludó una voz femenina—. ¿Puedo ayudarle en algo?

«No había otro momento para abrir la puerta», pensó.

—Sí, sí... Perdón, tenía los cordones desatados y estaba... —explicó mientras se incorporaba pero cuando vio la cara de la mujer interrumpió su diatriba—. ¿Raquel?

Una despampanante rubia, embutida en un traje de chaqueta con una falda de tubo azul oscuro, marcando su silueta, la miró con detenimiento.

—¿Daniela? —dudó.

Esta asintió, se pasó una mano nerviosa por el cabello instintivamente y le regaló una tensa sonrisa.

—Hola. —Movié la mano.

—Bueno, bueno... —Se apoyó en el marco de la puerta y la miró de arriba abajo—. ¿Qué haces aquí, Danielita?

Los dientes de la morena rechinaron al oír cómo la llamaba.

—Vengo a una entrevista. ¿Y tú?

Esta sonrió como si supiera un gran secreto.

—Pues pasa, no seas tímida —la invitó sin responder a su pregunta—. Avisaré a Cristina para que te coja los datos. Siéntate y espera unos segundos. —Le señaló un par de sofás blancos que había cerca de la puerta—. Está siendo un día de locos.

—Tranquila. No tengo prisa.

Raquel, que se marchaba por un pasillo decorado con papel rosa pastel, en el que aparecían pequeños *cupcakes*, soltó en voz alta:

—No hace falta que lo jures.

Daniela arrugó el papel que aún llevaba en la mano con fuerza, donde aparecían las señas de ese lugar, y se dejó caer en uno de los dos sofás.

Hace mucho tiempo...

En mitad de la pista de baile estaban los recién casados.

El banquete había terminado y todos los invitados se habían dirigido al gran salón donde la música resonaba para terminar de celebrar el día más importante de Daniela y Álvaro.

Los novios estaban radiantes. En sus rostros había una sonrisa perenne y un brillo peculiar que no había desaparecido de sus miradas en ningún momento del día.

De pronto, empezó a sonar la primera canción que daría comienzo al baile nupcial. Una canción elegida por ambos y que se alejaba del típico vals que acompañaba siempre este tipo de ceremonias.

Las primeras notas del piano sonaron con timidez.

Los familiares y amigos se callaron, centrando toda su atención en los novios, manteniendo la respiración, pendientes de cada uno de los movimientos de la pareja.

Álvaro se acercó a Daniela y le dio un dulce beso en el cuello.

—Baila conmigo —le susurró.

Esta llevó su mano hasta la mejilla masculina y depositó un tímido beso en sus labios.

La voz de Ian Axel, miembro del dúo A Great Big World, comenzó a escucharse de fondo, al poco Christina Aguilera le acompañó, y Daniela tiró de su marido acercándole aún más a su cuerpo.

—Creí que nunca me lo pedirías.

La risa de Álvaro los rodeó, mientras sus manos se asentaban en la cintura femenina

y comenzaba a girar con lentitud, centrando sus ojos azules en los negros de ella.

Se alejaron de allí, de ese momento... Los dos solos, cada uno en brazos del otro...

Eran felices.

La música llegaba a su fin, cuando ambos regresaron al presente.

Álvaro detuvo sus pasos, obligando a su mujer a imitarle. Atrapó su cara, acarició sus labios con ternura y le dio un pequeño beso en la punta de la nariz.

—Te quiero, esposa mía. —Descendió su rostro y tomó su boca para sellar sus palabras.

Fue un beso corto pero intenso. Una caricia que buscaba mostrar todo lo que sentía. Breve pero sentido. Amado y correspondido.

—Te quiero, esposo mío. —Daniela repitió cuando sus bocas se separaron. Llevó su mano hasta el flequillo moreno de él, y se lo apartó dejando que sus dedos le acariciaran en el camino.

—Daniela, ¿no tendrás pensado acaparar al novio?

La pareja se separó de improviso como si estuvieran cometiendo una imprudencia y observaron a la recién llegada.

Álvaro le sonrió sin soltar a Daniela de la mano, quien sentía cómo sus mejillas habían enrojecido.

—Raquel, ¡qué guapa estás! —la elogió el hombre siendo correspondido por una mirada coqueta.

—No tanto como la novia —señaló mirando a Daniela.

—Gracias. —Se apoyó en el hombro de su marido—. Pero Álvaro tiene razón, estás preciosa.

La rubia se apartó su larga cabellera del hombro desnudo y dejó que su mano se apoyara en su cadera, sobre la tela violeta que confeccionaba un vestido que se amoldaba a su escultural figura.

—Bueno, ¿y? —Estiró la mano y los sonrió.

—¿Y? —preguntó Daniela sin comprender.

—¿Me prestas a tu marido para el siguiente baile o es solo para ti?

Daniela se rio, fue a contestar cuando Álvaro se le adelantó:

—Claro que puedo bailar contigo. —Le dio un beso a su esposa en la mejilla y atrapó

la mano de la otra mujer.

Daniela observó cómo se alejaban ambos y comenzaban a girar al son de la música, sin comprender muy bien lo que acababa de suceder.

—Es una víbora —le susurró en el oído Víctor, el mejor amigo de Álvaro, haciéndole reír.

Esta se giró y le golpeó en el hombro.

—No seas malo.

—¿Yo? —Daniela comenzó a reír ante el gesto que hizo el hombre—. Anda, baila conmigo. Pongamos celoso a tu recién marido.

Capítulo 7

Llevaba más de media hora esperando sentada en el hall de *Dulce y Salado*, sin que nadie saliera a recibirla. Su humor comenzaba a agriarse por el tiempo de espera pero sobre todo porque sabía que esto se debía a Raquel.

Echó un nuevo vistazo al reloj Casio y decidió que lo mejor era irse a su casa. Su padre de seguro que estaría preocupado por ella.

—Y además, que se rían de su madre porque de mí... —dijo en voz alta mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la puerta.

—Perdón, perdón, perdón... —Escuchó una voz femenina, algo chillona, que se disculpaba desde el fondo del pasillo que tenía enfrente.

Daniela detuvo sus movimientos y se fijó en la mujer de estatura pequeña que llegó hasta ella. De pelo castaño, recogido en un moño algo descuidado, vestía una falda de cuadros marrones y verdes, unas medias verdes lima y una blusa blanca con cuello de puntilla. No podía pasar muy desapercibida con esa vestimenta.

La recién llegada la miró a la cara en cuanto llegó a su altura y le sonrió o por lo menos eso creyó ella que era la mueca que mostraba en su rostro.

—Me llamo Cristina. ¿Y tú eres? —preguntó mientras leía unos papeles que llevaba en la carpeta que tenía entre sus manos.

—Daniela.

—Ah, sí... Daniela. Pepi me dijo que vendrías.

La morena asintió con la cabeza.

—Me indicó que buscabais camareras.

—Ajá —señaló y giró sobre sus propios pies para encaminarse por el mismo pasillo por el que había aparecido hacía unos segundos—. ¿Y tienes experiencia?

Daniela observó la espalda de la mujer que se alejaba cada vez más de ella y decidió seguirla sin que esta le invitara a hacerlo.

—Sí —confirmó—. Este es mi currículum. —Le extendió el papel que había sacado de la mochila mientras esperaba y la mujer lo cogió justo cuando traspasaban la puerta del que supuso era su despacho.

Cristina se sentó en la silla que había detrás de la mesa y comenzó a leer el currículum.

Daniela se quedó de pie, observando todo lo que había a su alrededor, en silencio. Un cuarto que evidenciaba la reciente mudanza, donde las cajas estaban esparcidas por todo el espacio y las estanterías con espacios aún libres, esperaban ser ocupadas.

Observó a la mujer que examinaba con detenimiento su vida laboral, esperanzada en que por lo menos la experiencia en las distintas empresas en las que había trabajado como camarera, le sirviera para que la escogieran.

La empresaria terminó de leer el documento y la miró de arriba abajo, sin disimular ni un ápice su escrutinio, poniéndola nerviosa.

—Pero mujer, siéntate —la invitó de pronto.

Ella miró a su alrededor buscando un asiento libre, que no estuviera ocupado de cajas o documentos, pero no encontró nada.

—¿Dónde?

Cristina suspiró, miró lo que le rodeaba y señaló una silla cercana a Daniela.

—Quita esas cajas de ahí.

Ella asintió e hizo lo que le ordenaba, dejando las cajas en el suelo cuando miró a Cristina y le confirmó que lo hiciera así.

El silencio volvió a rodearlas cuando por fin se acomodó.

Cristina la miraba de nuevo de forma fija, consiguiendo que la morena se impacientara. Los nervios comenzaban a apoderarse de su estómago, temiendo por vez primera lo que podía esperar de la entrevista.

—Pepi me dijo que necesitaban camareras —repitió intentando captar la atención de la mujer y que por fin reaccionara.

Ella se estiró y dejó caer sus manos sobre la mesa.

—Sí, necesitamos camareras pero por tus estudios y experiencia laboral observo que estás demasiado cualificada para este puesto.

—Ya pero...

—Somos una empresa joven que buscamos personal en el que podamos confiar y que con el tiempo decida quedarse con nosotras.

—Yo...

—No queremos gente que cuando consigan el puesto que deseaban o que detentaban con anterioridad —levantó el currículum de Daniela, mostrando a lo que se refería—, nos deje en la estacada.

—Sí pero...

—Por lo que será mejor que dejes de hacerme perder el tiempo y...

—Perdone —interrumpió acallándola—, al igual que usted no quiere perder su tiempo, el mío también es muy valioso. Si he venido aquí no ha sido por un simple hobby o porque me apeteciera pasear por Madrid, aunque en realidad me guste andar por sus calles pero hoy no ha sido el caso. Si no estoy equivocada, ustedes necesitan personal para poder cumplir con los servicios que tienen contratados. ¿No es así? —La empresaria asintió con la cabeza—. Y yo necesito trabajar. No me alimento del aire y las facturas, por desgracia, no se pueden pagar con el dinero que crece en los árboles. Más que nada porque todavía no existe una especie con esas características.

Cristina no pudo evitar sonreír ante sus palabras.

—Sí pero usted...

Daniela se echó hacia adelante y atrapó su currículum.

—Según usted estoy demasiado cualificada para un puesto de camarera. —La mujer asintió—. Y según mi propia experiencia, la persona que necesita un trabajo porque lleva demasiado tiempo buscando un puesto fijo, será aquella que trabaje más duro para que sus jefes estén contentos y cuenten con ella cada vez que necesiten cubrir un hueco que tengan disponible.

—Pero esto, ahora mismo, no es un trabajo fijo —señaló—. Será por horas y dependerá de los actos que se celebren, y contraten nuestros servicios; unos eventos que normalmente sabe usted se realizan en fines de semana o festivos.

Daniela movió la cabeza afirmativamente.

—Lo sé y no me llevo a engaños con lo que ustedes ofrecen y desean recibir a cambio. —Suspiró—. Cristina, necesito trabajar. Necesito el dinero que me puedan ofrecer por trabajar para ustedes.

La mujer se rio de pronto sorprendiéndola.

—Está bien, está bien... ¿Quieres que te sea sincera?

Daniela asintió.

—Por favor...

—No sé con exactitud la razón pero a mi socia no le has caído muy bien. Me ha insistido en que lo mejor era no contratarte. —Daniela se echó hacia atrás en la silla y llevó su mano hasta su cabello, atrapando la coleta para enrollarse uno de los mechones negros en el dedo.

—¿Raquel es tu socia? —Cristina asintió—. ¿No quiere contratarme?

—No —confirmó—. Pensando que era porque quería lo mejor para la empresa, quería seguir su recomendación pero...

—¿Pero?

—También he estado en tu misma situación.

—¿Qué situación? —se interesó.

—Sin trabajo... Desesperada. —Daniela la miró incrédula—. Es verdad que tu carrera y experiencia de maestra no te va a ayudar para servir mesas o para llevar una bandeja, pero si puedo echarle una mano hasta que encuentres otra cosa...

—¿Y qué le dirá a su socia?

Cristina se rio.

—No te preocupes por eso —respondió—. Por tus palabras entiendo que os conocéis de hace mucho tiempo...

—Mucho tiempo —ratificó.

La mujer se quitó las horquillas que sujetaban su cabello en un moño y comenzó a masajear su cabeza.

—Lo suponía —dijo más para sí que para que lo escuchara Daniela—. No sé lo que le has hecho o ni siquiera si le has hecho algo pero creo que todo esto va a ser digno de estudio.

—No sé a qué te refieres —confesó.

—Mejor. —Tomó de nuevo su currículum—. ¿El móvil que indicas aquí está activo?

—Sí —afirmó mientras observaba cómo lo señalaba con un bolígrafo rojo, en el papel.

—Este es mi número de teléfono. —Le ofreció una tarjeta de visita—. Todavía estamos reorganizándonos como verás, pero en pocos días te llamaré para un evento que tenemos ya contratado. Si estás disponible...

—Lo estaré.

—De acuerdo. —Se levantó de la silla y le ofreció la mano que no dudó en estrechar—. Entonces, nos veremos dentro de poco, Daniela.

Capítulo 8

El telefonillo de la calle sonó atrayendo la atención de los reunidos en el salón. Manuel pulsó el botón del interfono sin preguntar. A esa hora de la tarde, todo el que llamaba a su casa era bienvenido.

La puerta de la entrada de la vivienda estaba entreabierta por lo que pasados unos minutos, los que tardó la visita en subir hasta el sexto piso en el ascensor, escucharon unos leves golpes en la madera.

—¿Se puede?

El padre de Daniela se acercó con rapidez a la entrada de la casa.

—Sí, claro. Soy Manuel. —Le ofreció la mano—. ¿Y usted?

La recién llegada le estrechó la mano y sonrió.

—María. Me llamo María.

Era una chica joven, de melena corta rubia, con una cara redondeada donde las pecas se habían adueñado de la nariz y las mejillas. Vestía un abrigo gris que le llegaba hasta las rodillas y que, por lo que pudo apreciar el hombre mayor con posterioridad, escondía una blusa negra y una falda del mismo color, a juego con unos botines de cordones.

—Y yo Ruth. —La cabeza pelirroja de una joven asomó por detrás de la mujer que se había presentado.

Esta se adelantó y estrechó también la mano de su anfitrión.

Al contrario que la primera chica, vestía unos vaqueros azules y una *bomber* verde, por encima de un jersey azul de cuello cisne.

—María, Ruth... —Miró a ambas y se apartó hacia un lado del pasillo para permitirles el paso—, bienvenidas a nuestra casa. Si me dais los abrigos, los guardaré.

Las chicas no dudaron en cedérselos, para adentrarse a continuación en el interior de la pequeña vivienda. Acabaron en el salón, donde una gran mesa, vestida con un mantel amarillo, que colgaba por las esquinas de la misma, ocupaba el centro de la habitación. La vajilla estaba dispuesta sobre la superficie; platos, cubiertos y vasos que esperaban a los comensales. Una decoración cuidada a juego con la de la propia casa, que buscaba mostrar un ambiente hogareño tal como se anunciaba en el portal web de comidas.

Alrededor de la mesa había más gente que, en cuanto las vieron aparecer, no dudaron en levantarse de sus sillas.

—Hola —saludaron María y Ruth a la vez.

—Bienvenidas —dijo Feli.

Nada más terminar de hacer sus recados, el hombre de gafas moradas, se había escapado a casa de Daniela. No le gustaba estar solo en su apartamento y por culpa del trabajo de su marido, pasaba muchas horas entre las cuatro paredes que le agobiaban sin compañía, por lo que en cuanto podía, se presentaba en la casa de Manuel. Vestido con la misma ropa que llevaba esa mañana, cuando tropezó por casualidad con la hija del dueño de la vivienda, daba su toque particular a la velada.

A su lado estaba un hombre moreno, con algunas canas blancas en la sien; vestido con una camisa blanca, con las mangas dobladas y con los dos primeros botones de la misma desabotonados, intentando descansar del estrés del día. Llevaba pantalón de pinzas, a juego con la chaqueta que descansaba en la silla, y una sonrisa amistosa en su rostro. Era el marido de Feli y por cómo le miraba, un completo enamorado.

Les ofreció la mano a las recién llegadas y se presentó:

—Soy José y este es Feli. —Le señaló.

—Yo soy Miguel —dijo a media voz el chico que estaba más apartado de la pareja, algo cohibido ante la presencia de las jóvenes.

En su rostro aniñado destacaban las gafas de pasta negra; vestía con vaqueros azules, una camisa de cuadros rojos y negros que llevaba abierta dejando visible la camiseta que había debajo con un dibujo de Star Wars.

Las chicas se presentaron y se acomodaron en dos sillas desparejas que había libres, alrededor de la mesa.

Los hombres las imitaron y de pronto, el silencio se asentó en la habitación, solo roto por el piano de Yiruma, uno de los músicos favoritos de Daniela, que se escuchaba desde una vieja mini cadena.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los allí presentes dijo nada hasta que Manuel apareció en el salón y dejó un cesto con pan sobre la mesa.

—¿Y este silencio? —Los miró a cada uno—. No me digáis que, de pronto, os habéis vuelto tímidos.

Feli se rio y atrapó la mano de su pareja.

—¡Yo! ¿Tímido?

—Creo que no sabe el significado de esa palabra —añadió José.

El aludido se llevó una mano al pecho y mostró un gesto afectado en la cara.

—¿Qué quieres decir con eso, jovencito?

Este sonrió y le dio un beso en la mano.

—Que si se helase el infierno y el Diablo no supiera qué hacer, serías capaz de pedirle fuego a pesar de que tu vida pudiera correr peligro.

Las chicas se rieron a carcajadas ante esa explicación, acompañadas de una sonrisa tímida de Miguel.

—Así me gusta —señaló Manuel—. Ya me extrañaba a mí que fuerais capaces de venir a la casa de un «extraño», en busca de una buena cena, y no os atrevierais luego a compartir conversación entre vosotros.

Miguel se llevó la mano hasta su corto cabello y le miró.

—Es fácil apuntarse en la web. En ella podemos buscar todas las casas que ofrecéis una comida para los que, como yo, preferimos una buena cena casera.

—Sí —confirmó María—, o que no nos apetece cocinar...

—O no sabemos —interrumpió Ruth riéndose, recibiendo un leve golpe en la pierna por parte de su amiga, haciendo que el resto se riera ante el gesto.

—Manuel —le llamó Feli—, sabes que si no hubiera sido por el portal online que recoge todas las casas donde se pueden encontrar cocineros aficionados, donde ofrecéis vuestros hogares para celebrar comidas, cenas o lo que se tercié, jamás os hubiera conocido.

—Y hubiera sido una gran catástrofe —indicó José—. Desde entonces somos adictos a vuestros menús.

El hombre mayor, y anfitrión en este momento de los allí reunidos, sonrió.

—Eso es cosa de Daniela. —Señaló la puerta cerrada de la cocina tras la que se escondía su hija que en ese momento daba los últimos toques a la cena.

—Y nosotros se lo agradecemos —señaló sonriente Feli, recibiendo un movimiento afirmativo del resto de los allí congregados.

—Pero todavía no entiendo, porque no es la primera cena que celebramos, cómo sois capaces de inscribiros en una web, buscar casas particulares de gente desconocida para acudir a ellas y participar de las comidas que ofrecen, y luego os cuesta tanto interactuar con la gente presente.

—Lo difícil no es apuntarse en un sitio que es anónimo. Nadie te ve la cara —insistió

Miguel, observando cómo las jóvenes movían la cabeza afirmativamente, dándole la razón —. Lo complicado viene después. Relacionarse con las personas cuesta bastante y más si eres tímido —dijo bajando la voz poco a poco, hasta que solo le escuchó el cuello de su camisa.

Feli atrapó un vaso con agua que había encima de la mesa y lo elevó, simulando un brindis.

—Sí, pero no puede negarnos Manuel que luego no hay quién nos pare.

El hombre se carcajeó.

—Es verdad. En ocasiones, he tenido que echaros de casa porque si al principio os cuesta hablar entre vosotros, luego parece que no le veis fin.

—Muchas veces incluso llegamos a ser buenos amigos —remarcó José golpeando el hombro de Miguel, quien asintió.

María apoyó sus manos en la mesa y miró a los tres hombres.

—Entonces, ¿no es la primera vez que venís aquí?

—Ves Manuel, ya comenzamos a relacionarnos. —Feli se rio, no quedándose solo en su chanza.

—Qué felices os veo. ¿De qué hablabais? —preguntó Daniela nada más salir de la cocina, portando entre sus manos una enorme fuente de barro que dejó en el centro de la mesa. El olor de la lubina al horno se asentó por el salón-comedor.

Manuel se acercó a su hija, le desató el delantal blanco en el que había margaritas dibujadas y le dio un beso en la mejilla.

—Sobre si nuestros invitados son tímidos o no.

Daniela miró a cada uno de los allí presentes para centrar su mirada en Feli.

—Este no sabe lo que eso significa. —Le señaló y todos se echaron a reír.

Capítulo 9

La cena se había alargado demasiado. Al final todos habían hecho muy buenas migas y la conversación no había cesado hasta las dos de la mañana. Incluso el tímido Miguel, uno de los invitados fijos a las cenas, se había marchado con las dos chicas que se habían presentado por primera vez, para continuar con la fiesta en otro sitio.

Su padre hacía rato que se había ido a descansar y aunque había insistido en ayudarla a recoger, al final le había convencido con la excusa de que Feli y José le iban a echar una mano.

En cuanto el matrimonio la ayudó a devolver al salón su estado normal, se marcharon a su apartamento, no sin antes prometerles que volvería a celebrar pronto otra cena.

Fregó la vajilla usada para la comida y se preparó un té bien calentito. Se acomodó en el sofá y contó las ganancias de la noche.

—Un total de 160 €. No ha estado mal —dijo para sí misma.

Guardó el dinero en el bote y volvió a sentarse en el sofá, con una manta encima, el té entre las manos y la mirada perdida por la ventana, esperando hallar alguna estrella en el cielo de esa inmensa ciudad.

Todavía se acordaba del día en que Pepi le enseñó la noticia en su ordenador, donde se hablaba de los restaurantes clandestinos o efímeros. Sitios «escondidos», donde cocineros aficionados ofrecían sus hogares para celebrar comidas a cambio de dinero.

Según lo que indicaba el periodista era una actividad que comenzaba a ponerse muy de moda y aunque era Barcelona la ciudad donde más restaurantes de este tipo existían, Madrid comenzaba a subirse a la ola.

—¿Por qué no lo intentas? —la animó su amiga en cuanto terminaron de leer el artículo.

Daniela se negó en un principio.

—Meter a extraños en mi casa, con mi padre... Sin saber muy bien qué me pagarían por cocinar o si me pagarían...

—Aquí dice que lo mejor es inscribirse en una web que ofrece estos servicios. — Señaló la pantalla del ordenador—. Y son también los comensales los que se inscriben, como en una especie de ficha donde señalan el tipo de cocina que desean, qué clase de clientes son, como turistas, locales, veganos, Koshr, solteros, con niños...

Daniela se aproximó hasta su mesa y leyó lo que ella le indicaba en la pantalla. Había comenzado a investigar por Internet y había llegado a la que supo luego, era una de muchas páginas que se estaban creando en torno a los restaurantes efímeros.

—Parece que dependiendo de dónde vivas o te encuentres, te ofrecen la casa que esté más cerca de tu localización —comentó.

—O por el tipo de evento al que quieras acudir. Mira. —Pepi señaló las fotografías que aparecían—. Los restaurantes clandestinos pueden celebrar una simple comida, cena, un cóctel o incluso una fiesta.

Daniela silbó.

—¿Te imaginas celebrar una fiesta en la casa de mi padre? Si a veces dudo sobre si vivimos en una caja de zapatos.

Pepi se rio.

—No seas tonta. Seguro que se pedirán unos requisitos...

La morena se sentó en el sillón del despacho de su amiga y preguntó:

—¿Y dicen cuánto es lo que se paga?

—Umm... Espera —dijo la joven—. Mínimo 30 € por «invitado».

Su amiga volvió a silbar, se estiró y apoyó su mano en la barbilla.

—Creo que lo voy a estudiar.

—Hazlo, hazlo... Ya te he dicho muchas veces que tu lasaña o tu salmón al horno pueden competir con cualquiera de esos chefs de estrella Michelin.

Daniela sonrió al recordar sus palabras.

—Competir no, pero gracias a las cenas que había comenzado a celebrar conseguían una ayuda extra para pasar el mes —susurró en medio del solitario salón, donde hacía unas horas había celebrado una de esas cenas.

Hacía ya casi un año de la primera cena que celebró, a la que le siguieron muchas más. Fue cuando conoció a Feli y José, y todavía recordaba su primera impresión cuando llamaron a la puerta.

Feli en ese tiempo llevaba el pelo naranja con reflejos rubios y unas gafas amarillas. Iba vestido con lo que supo después, era su ropa menos llamativa pero a primera vista, no lo parecía. Un pantalón caqui con bolsillos laterales y tiras colgando, a juego con una camiseta de camuflaje.

A su lado estaba José, vestido con un traje de chaqueta negro, camisa azul oscuro y

corbata del mismo color. En una de sus manos llevaba un maletín marrón y en la otra, agarraba a Feli.

Una pareja peculiar.

Su primera impresión... Se quedó con la boca abierta, literalmente. Feli se la cerró riéndose, mientras la tomaba el pelo.

—Venimos a la cena de gala.

—¿De gala?

—Sí, mujer. No queremos que los *paparazzis* nos hagan fotos en la entrada por lo que si te apartas a un lado...

—¿*Paparazzis*?

—Feli, deja de tomarle el pelo a la pobrecita —le regañó el hombre vestido de traje.

Daniela pasó su mirada de uno al otro sin saber muy bien qué decir, comprobando que en el rostro del de gafas comenzaba a aparecer una gran sonrisa.

—Por una vez que podía soñar que era famoso, querido —señaló con picardía.

José se rio.

—Aguantarías bien poco con las cámaras detrás de ti todo el día.

—Hombre, al baño no vendrían —dijo riéndose a carcajadas.

—No sé yo —se rio de nuevo José, ofreciéndole la mano a su anfitriona—. Hola, me llamo José y este *notas* es mi marido.

—Feli —se presentó él mismo, acercándose a ella para darle dos besos en la cara—. Perdóname pero es que tendrías que haberte visto. Tu cara era todo un poema.

Daniela se apartó el pelo y les sonrió.

—No, perdonadme vosotros a mí —se excusó tímida—. Es mi primera cena...

—¿Virgen? —preguntó Feli sonriendo, al mismo tiempo que aplaudía y saltaba sobre sí mismo—. No puedo estar más feliz.

José suspiró y sonrió a Daniela.

—Ya le irás conociendo.

La mujer correspondió a la sonrisa con otra de igual tamaño.

—Eso espero...

Y tanto que había conocido a Feli, pensó sentada en el sofá del salón-comedor de la

casa de su padre, en mitad de la noche. Se había convertido en un gran amigo y confidente, consiguiendo alegrarle el día con cualquier anécdota o comentario, algo que necesitaba en su vida mucho: la risa.

De pronto, el timbre del telefonillo la sobresaltó. Miró su reloj de correa rosa y se acercó hasta el interfono, preguntándose quién sería a esa hora.

—Dani, soy yo. Abre.

—Pepi... —preguntó extrañada.

—Sí, corre que hace un frío de mil demonios.

Se echó una de las mantas que reposaban en el sofá sobre los hombros y salió al pasillo exterior, que comunicaba todos los pisos de la misma planta del edificio, para abrir la puerta de la entrada del corredor.

No esperó a que su amiga subiera en el ascensor, sino que salió corriendo hacia su casa. El suelo del descansillo estaba helado y se notaba que la noche iba a ser muy fría.

Fue directa a la cocina y puso a calentar el hervidor del agua. De seguro que a Pepi le vendría bien un té y ella no le haría ascos a repetir de otra infusión.

—¡Hola! —saludó la recién llegada, cerrando la puerta tras ella.

—En la cocina —le avisó.

La rubia se apoyó en el marco de la puerta mientras se quitaba los guantes que llevaba y miró a su amiga.

—No veas el frío que está haciendo ahora mismo.

—Ha avisado la mujer del tiempo de que iban a bajar las temperaturas de golpe...

—¡Y tanto qué han bajado! Mírame cómo voy vestida. —Elevó la mano izquierda embutida todavía en uno de los dos guantes que llevaba y tiró de la bufanda que la abrigaba el cuello.

Daniela se rio.

—Un poco exagerada, ¿no?

Pepi bufó mientras se giraba hacia el salón-comedor.

—Ya sabes que en seguida me constipo.

—Pero si te abrigas así ahora, ¿qué sucederá cuando estemos en pleno invierno?

Esta se volvió con una sonrisa, ya sin ninguna ropa de abrigo y le dijo:

—Pues que llevaré un calefactor portátil. —La risa de ambas mujeres resonaron por

la habitación.

—¿Qué haces aquí, Pepi? —Daniela le ofreció la taza con el té y se sentó en el sofá.

Esta tomó una de las sillas y la miró.

—¿Qué tal tu padre?

—Bien pero tú no has venido a estas horas por eso —señaló con convicción—. ¿Qué haces aquí? —repitió.

Su amiga suspiró.

—¿Qué tal ha ido?

Daniela la observó detenidamente.

—¿Tú lo sabías? —preguntó.

La rubia se recolocó la camisa azul con corazones rosas e intentó limpiarse una imaginaria mancha del vaquero.

—Si te lo llego a decir, no habrías ido...

—¡Pepi! —Se levantó y se colocó delante del ventanal del salón dándole la espalda.

—Dani, no te enfades —le rogó—. Si te cuento que la entrevista era para la empresa de Raquel, no habrías querido saber nada del tema. Necesitas ese trabajo y lo sabes.

El silencio las rodeó por unos segundos.

—No sabes lo mal que me he sentido al verla.

Pepi se levantó y la abrazó.

—¿Tan mal ha ido?

Se encogió de hombros y palmeó una de las manos de su amiga, intentando tranquilizarla.

—Es más lo que no ha dicho, que lo que sí ha dicho. —Bufó—. No sé si me explico.

—Te entiendo.

Se apartó de la ventana, le dio un beso en la mejilla y se sentó de nuevo en el sofá.

—Creí que no me iban a dar el trabajo...

—¿Te entrevistó esa víbora?

Daniela sonrió ante el nombre que utilizó para llamar a Raquel.

—No. Por suerte no tuve ese placer.

—Entonces fue Cristina. —Asintió—. Me alegro.

La morena miró a su amiga.

—Pero todavía no sé si me llamarán —aclaró.

Pepi se apartó el flequillo de la cara y le sonrió.

—Te llamará. Si Cristina te ha dicho que contará contigo, lo hará. ¿Lo ha hecho, no? —dudó.

Daniela movió la cabeza afirmativamente.

—¿De qué conoces a Cristina?

Esta se acomodó en la silla de nuevo y bebió del té.

—Es una larga historia...

—Tengo tiempo. —Movié las manos señalándolas a ambas—. Tenemos tiempo.

Pepi miró el reloj que había colgado en una de las paredes de la casa donde un tren estaba dibujado sobre su superficie. Las agujas marcaban ya las tres de la mañana.

—¿Has visto qué hora es?

Dani miró el reloj y asintió.

—Y cuánto más te demores en hablar, será aún más tarde.

Suspiró y se quitó las botas que llevaba, poniéndose más cómoda.

—Cristina fue compañera de trabajo de Rafa...

—¿Tu marido? —interrumpió.

Pepi asintió.

—Después de... —Tragó de golpe. Aunque habían pasado los años, todavía le costaba decirlo en voz alta.

Daniela atrapó su mano, dándole ánimos.

—Era compañera de Rafa —Pepi asintió—. ¿Y habéis seguido en contacto todos estos años?

Movié la cabeza afirmativamente de nuevo.

—Primero fueron llamadas, preocupándose por mí. Luego comenzamos a tratarnos más y acabamos siendo amigas —explicó—. Hace poco dejó la empresa para montar algo por su cuenta. En sus propias palabras: «quería ser su propia jefa».

—Pues lo ha conseguido —comentó.

Pepi la miró y movió la mano de lado a lado.

—Más o menos.

Esta elevó una de sus cejas.

—¿Cómo?

La mujer se levantó de la silla y se sentó en el sofá, al lado de Dani.

—Para crear *Dulce y Salado* necesitaba una socia que aportara dinero...

—Lógico —interrumpió.

—Más dinero del que ella tenía ahorrado —detalló.

Daniela bufó y se llevó las manos hasta el cabello.

—¿Raquel?

—Raquel —confirmó.

—Raquel tiene más capital metido en la empresa y...

—Y ya sabes cómo es esa víbora —la cortó.

Daniela miró los ojos verdes de su amiga.

—Eso quiere decir que...

—Que aunque Cristina es su propia jefa, porque creó *Dulce y Salado*, en realidad muchas veces debe supeditarse a los deseos de su «socia» —explicó.

La morena se levantó y atrapó las tazas vacías para llevarlas a la cocina.

—¿Y por qué no se marcha?

—Porque ese es su sueño —respondió—. Siempre ha querido tener su propia empresa y Raquel, de alguna forma, se lo ha permitido.

—Entiendo.

—Raquel llegó en el momento exacto cuando buscaba ayuda económica para montar la empresa de *catering*. Además, los contactos de la víbora pueden beneficiarle —expuso—. No sabes la sorpresa que me di cuando me enteré que su socia era ella.

Daniela observó a su amiga desde la puerta.

—¿Y yo?

—¿Tú qué? —La miró sin comprender.

Esta expulsó el aire de su interior.

—¿Qué pinto en todo esto, Pepi? —preguntó confusa.

Su amiga palmeó el sofá, invitándola a que se sentara a su lado de nuevo.

—Necesitabas trabajo.

—Sí, eso lo sé pero...

—¿Pero qué? —insistió.

—En la entrevista hubo un momento en que pensé que no me querían —explicó—. Tuve que convencer, o creo que la convencí, con mi palabrería a Cristina para que me contratara.

Pepi le colocó un mechón moreno detrás de la oreja.

—Necesitaba saber que querías el trabajo y que podría contar contigo a pesar de...

—A pesar de Raquel —terminó la frase.

Daniela buscó la mirada de su amiga.

—¿Tú ya sabías todo esto? —Pepi la sonrió—. ¡Sabes todo lo que ha pasado! —la acusó.

La sonrisa de la rubia se agrandó.

—Vengo de cenar con Cristina y... —Daniela la pellizcó en el brazo haciéndola gritar—. ¡Oye, que haces daño!

—Te lo mereces. Ambas os lo merecéis. —Se levantó de golpe del sofá.

—Dani, necesitas trabajar y...

—Sí, necesito trabajar —repitió—. Soy muy consciente de ello pero no a cualquier coste.

Pepi suspiró.

—Lo estamos haciendo por ti... Por tu padre.

Daniela se dejó caer en una de las sillas resignada y la miró.

—Me estáis utilizando —escupió.

Esta se llevó la mano hasta su corazón en un gesto de lo más afectada.

—No sé a qué te refieres.

Se rio.

—Pepi, menos teatro que somos amigas desde hace muchos años y nos conocemos.

La rubia bufó.

—Vale, sí, pero lo hacemos por ti.

—Ja —se jactó—. Explícame por qué todo esto es por mí —movió las manos en el aire algo molesta—, porque todavía me cuesta entenderlo.

Pepi se acomodó todavía más en el sofá, subiendo las piernas al sofá.

—Primero —elevó uno de los dedos—, hemos dejado claro que necesitas trabajar y ese es el principal motivo de todo esto.

Daniela asintió.

—Continúa.

—Creemos que de esta forma podremos hacerle pagar a Raquel todo lo mal que te lo hizo pasar.

La morena la miró sorprendida.

—¿Cristina sabe mi historia? —Pepi asintió con timidez, logrando que esta rechinara los dientes—. ¿Y siendo su socia quiere darle un escarmiento?

Volvió a mover la cabeza afirmativamente.

—Bueno...

—¿Bueno? —insistió.

—Es su socia por imposición. Ella tenía el dinero que necesitaba y su padre le obligó a aceptarla...

—¿Su padre? —interrogó.

—Te dije que era largo de explicar...

Daniela asintió mientras suspiraba y una de sus manos se posaba en su cuello para intentar mitigar la tensión que en ese instante se le acumulaba en ese punto.

—De acuerdo, dejemos de lado eso —señaló—. ¿Cristina es consciente que si comienzo a trabajar para ellas, Raquel no va a estar muy contenta?

—Sí, ese es el plan.

—Ajá... —Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared que nacía a partir de la cristalera y dobló las piernas hasta poder apoyar la cabeza en ellas—. ¿Vuestro plan es hacerle la vida imposible conmigo?

Pepi dio una palmada en el aire.

—Exacto —confirmó con alegría.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo entre tanto?

Su amiga la miró sin comprender.

—No te entiendo —dijo—. Tú tienes que trabajar.

Daniela la observó.

—Ninguna de las dos ha pensado que quizás, solo quizás, trabajar para Raquel a mí me traería malos recuerdos y podría perjudicarme de alguna manera —susurró sin fuerzas.

La mujer la miró, negó con la cabeza y movió la mano quitando importancia a sus palabras.

—Tú eres fuerte y puedes con todo.

La risa de Daniela acompañó a esa afirmación.

—Por las horas que son, mejor será que te quedes a dormir hoy aquí.

Pepi comprobó en el reloj que ya era muy tarde y asintió.

—De acuerdo.

Daniela se levantó, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

—Voy a por el edredón para que no pases frío en el sofá... —dudó—, amiga.

Capítulo 10

Hace mucho tiempo...

El ruido de la puerta resonó por toda la casa en cuanto se cerró tras ella. Los tacones de Daniela repiquetearon por el suelo de mármol, con dirección al salón. No iba pendiente de nada de lo que le rodeaba. Su único objetivo era encontrar el monedero que llevaba en el bolso o maleta, como le gustaba llamarlo a su marido, pero no conseguía hallarlo.

De pronto, elevó la vista y el bolso se le cayó de las manos, provocando que todo su contenido se esparciera por el salón.

—Dani, ¿ya has llegado? —le saludó Álvaro alejándose de la mujer rubia que hacía unos momentos le acariciaba la cara.

—Sí... —dudó—. He acabado antes y...

Este le agarró de las manos y tiró de ella, robándole un beso.

—Me alegro —susurró.

La mujer sonrió cohibida y le devolvió el beso antes de recoger las cosas que se le habían caído del bolso.

—¡Qué bien que estés en casa, Dani!

La voz de Víctor le llegó por la espalda. Se giró y vio al mejor amigo de su marido. Iba vestido con un pantalón azul oscuro y camisa gris, con las mangas dobladas en los brazos, no llevaba corbata, su cabello castaño estaba algo despeinado y, como siempre, estaba comiendo. En esta ocasión llevaba una manzana en su mano que ya había catado.

Daniela no entendía cómo en ese cuerpo tan grande y fornido, no había ninguna gota de grasa cuando su dueño no paraba de comer a todas horas.

—Hola, ¿qué haces aquí? —La cabellera rubia de Raquel le llamó la atención y rectificó—: Hacéis aquí.

Víctor le revolvió el cabello y le dio un beso en la mejilla, recibiendo una mirada asesina de su amigo.

—Un caso se nos ha complicado y queríamos analizar todas las pruebas con tranquilidad —le respondió Álvaro—. ¿No te importa? —Le apartó un mechón moreno, acariciándole el cuello a continuación.

Daniela sonrió, dejando sus ojos fijos en el hombre que le robaba el aliento cada día.

—No, podéis seguir. No os molestaré.

La risa de Raquel la sorprendió.

—¿Limpiarás más tarde la casa? —apuntilló con sorna.

Daniela tensó la mandíbula, avanzó un par de pasos pero su marido tiró de ella, deteniéndola. Le miró sin comprender. No sabía muy bien la razón por la que siempre permitía que Raquel se saliera con la suya y que terminara dejándola a ella, su mujer, en ridículo. Estaba de acuerdo en que al ser la hija del dueño del bufete en el que trabajaban tanto Víctor como él, estaban algo atados de manos con respecto al comportamiento de la rubia, pero de ahí a permitirle que la hiriera.

Su paciencia ya comenzaba a rebosar el vaso y estaba ocasionando que el matrimonio tuviera un único motivo de discusión.

Álvaro negó con la cabeza y le acarició el interior de la mano, mientras la palabra «no» se materializaba en su boca.

Esta cerró los ojos con fuerza y soltó el aire que retenía mientras contaba mentalmente hasta tres.

—Será mejor que suba a cambiarme. —Álvaro musitó un «gracias»—. Luego, os puedo preparar algo de comer, si os apetece —dijo mirándole.

—Estaría bien, Dani. Me muero de hambre —comentó Víctor que, sentado en uno de los sillones beis del salón, leía los papeles que tenía delante de él con detenimiento.

Daniela no pudo evitar reírse ante el comentario del hombre. Tenía hambre a todas horas y nunca se saciaba.

De pronto, Álvaro tiró de la mano de su mujer y la acercó hasta su cuerpo. Fijó sus ojos azules en los negros de ella por unos segundos y la besó sorprendiéndola ante su efusividad. Introdujo su lengua en la boca de su amada y buscó a su fiel gemela.

No pudo evitar que se le escapara un gemido, atrayendo la atención de los presentes en la casa.

—Ehh... —les interrumpió Víctor—, que no estáis solos tortolitos.

Daniela escondió la cara en el hombro de su marido y este le dio un dulce beso en el cabello.

—No seas envidioso.

Víctor se rio.

—No puedo evitarlo. Estás casado con una gran mujer que más de uno querríamos

para nosotros.

—Álvaro querido —interrumpió Raquel—, tenemos que trabajar.

Este asintió con la cabeza y le dio un rápido beso a Daniela.

—Te quiero...

—Te quiero...

Los brazos de Álvaro la envolvieron por la espalda.

Daniela observó el reflejo de su marido que le sonreía a través del espejo. El camisón rosa de tirantes, que acentuaba sus curvas, destacaba sobre el pantalón gris y la camisa azul de él. No se cansaba nunca de mirarle. Su cabello moreno ya necesitaba un buen corte y la mandíbula reclamaba un buen afeitado. Su mirada celeste hablaba de cansancio pero ese brillo pícaro, que tenía reservado solo para ella, podía contradecir las horas de trabajo.

—¿Habéis acabado ya?

Este le dio un beso en el cuello.

—Sí —susurró.

Se apoyó en el sólido cuerpo de él e inclinó levemente la zona que llamaba la atención de su marido, para que continuara con la caricia.

—Es tarde.

—¿Qué hacías? —le preguntó mientras dejaba que sus manos se deslizaran por el cuerpo femenino.

Esta se apoyó aún más sobre Álvaro y dejó escapar un sonido de satisfacción ante las caricias.

—Me iba a la cama.

—¿Sola? —Le mordió el cuello arrancándole un gemido.

Se giró, colgó los brazos de su cuello y le besó.

—Estabas ocupado.

Le apartó un mechón moreno, acariciándole la mejilla por el camino, y observó sus negros ojos.

—¿Estás bien?

Daniela suspiró y se apartó de él ante la pregunta. El brillo de su mirada desapareció de golpe.

—Sí —confirmó de forma seca. Acababa de recordar que debía estar enfadada con él, por su actitud ante el comportamiento de Raquel.

—Dani, cariño...

La mujer se dirigió al cuarto de baño, sin prestarle atención.

—No pasa nada, Álvaro. Ya comienzo a acostumbrarme —le dijo mientras se echaba la crema en la cara y se miraba en el espejo haciendo una mueca que reflejaba todo lo que pensaba de la situación.

La risa de su marido se escuchó muy cerca. Fijó la mirada en el espejo del servicio y comprobó que estaba apoyado en el quicio de la puerta observándola.

—Ya, se nota que empiezas a acostumbrarte —soltó con ironía.

Daniela se volvió con rapidez y le tiró el cepillo que había encima del lavabo.

Este lo esquivó con facilidad, se puso recto y enfrentó su mirada. La diversión de su rostro se tornó en seriedad.

La mujer se llevó una mano a la boca y se apoyó en el lavabo.

—Yo... Perdona...

Álvaro avanzó tres pasos con rapidez, la atrapó de la cintura y la elevó sobre el mueble de piedra gris, sentándola para su consternación. Posó una de sus manos en el cuello femenino, donde el latido del corazón de su dueña se sentía con más fuerza, y le acercó la cara. Escasos centímetros les separaba.

—Álvaro... —musitó su nombre.

Fijó la mirada azul en la suya, atrapó el largo cabello moreno y lo enredó en su mano, tirando de él.

—Te quiero.

Daniela tragó como pudo. De repente, su garganta parecía un desierto.

—Lo sé.

Los labios masculinos se posaron en la arteria carótida, dejando que sus dientes le arañaran la piel sutilmente.

—Te deseo a cada instante, a cada minuto, a cada segundo de mi vida —susurró mientras le acariciaba la piel del cuello con la lengua.

Ella contuvo la respiración.

—Álvaro...

La miró, sus manos abandonaron su cabello y se deslizaron por las suaves piernas, acariciando el interior de sus muslos hasta el centro de su feminidad.

—Y siempre —le mordió la barbilla—, siempre serás lo primero en mi vida.

Daniela observó sus ojos, la promesa que se reflejaba en ellos y sonrió.

—Quieres dejar ya de tanta palabrería y besarme.

Álvaro sonrió ante su petición.

—Me lo estoy pensando. —Se rio.

Ella gruñó, atrapó su cuello y se estiró hasta robarle un voraz beso que enseguida fue correspondido.

Las bocas de ambos se unieron, las lenguas se buscaron y las caricias se multiplicaron.

Las manos masculinas se introdujeron entre la tela del tanga sintiendo la humedad que residía ya en los labios genitales. Dejó que sus dedos le acariciaran con suavidad, haciendo temblar a su dueña, mientras su boca calmaba la sed que tenía de ella, aspirando cada uno de los gemidos que emitía.

Uno de los dedos se introdujo en el interior de la mujer, arrancándole un pequeño grito ante la sorpresa.

Álvaro detuvo sus movimientos.

Enfrentó la mirada de su esposa, quien se mordía en ese instante el labio inferior, acercó su boca a la de ella y sopló justo donde sus dientes estaban magullando la piel.

Daniela suspiró y atrapó su boca de nuevo.

Álvaro no lo dudó. Se deshizo del tanga con un fuerte tirón de la tela, provocando que su dueña saltara ante la sorpresa, y sus manos se posaron con avidez sobre la vulva aumentando sus caricias.

Uno de sus dedos entró en su interior, seguido con rapidez de un segundo que comenzaron a moverse con velocidad mientras con la otra mano la prodigaba de caricias sutiles en el clítoris.

La temperatura de Daniela crecía. Sentía como unos temblores de excitación se apoderaban de su cuerpo, ansiando que su marido la hiciera suya.

Álvaro se separó de su boca y descendió por su cuello hasta posar sus labios en el pecho femenino, arrancándole un gutural gemido. La humedad de la caricia junto al suave roce de la tela del camisón, consiguió hacerla temblar de arriba abajo.

Necesitaba más.

Necesitaba tocar a su marido, acariciarle, sentirle, saborearle...

Buscó deshacerse de la camisa masculina pero sus manos temblaban sin cesar y no lograba desabotonarla por lo que tiró con fuerza y varios botones saltaron por los aires.

Álvaro sonrió con picardía por unos segundos, para devolver seguidamente la atención al seno que ya asomaba por el escote del camisón con libertad. Lamió el pezón con delicadeza, le mordió sutilmente, arrancándole un grito, y succionó con fuerza, buscando saborearla.

Las manos de Daniela no se quedaron atrás. Se adentraron entre la tela de la camisa y recorrió el tórax masculino, deleitándose en cada uno de sus músculos.

Álvaro necesitaba más, ansiaba más...

La quería a ella.

Le dio un dulce beso prometedor a su mujer y descendió con lentitud. Recogió el camisón hasta las caderas femeninas, dejando visible su pubis y posó la boca en él.

Daniela gritó...

El sonido del despertador reverberó en la habitación, acompañado de un grito de impotencia.

Capítulo 11

—Buenos días —le saludó su padre nada más salir del cuarto de baño.

Daniela había necesitado una ducha para despejarse. Una ducha bien fría que alejara el sueño o mejor dicho, la pesadilla que había revivido la pasada noche. Los recuerdos habían aparecido sin permiso en el mundo de Morfeo y no eran bienvenidos.

Cruzó el pequeño salón-comedor con el cabello húmedo envuelto en una toalla, vestida con un pantalón ancho de pijama con topos amarillos y una sudadera gris, dos tallas más grande que ella.

—Dani... —Se detuvo justo cuando estaba a punto de desaparecer por la cocina y miró a su padre—. ¿Te pasa algo?

Se masajeó el cuello y negó con la cabeza.

—No, no... Tranquilo. Todo está bien.

El hombre mayor la miró con intensidad.

—¿Seguro?

Esta asintió.

—Voy a prepararme un café.

—Pepi ha tenido que irse —indicó—. Me ha dicho que tenía trabajo y no podía quedarse a desayunar.

Daniela asintió y desapareció por la cocina.

Manuel observó la espalda de su hija por unos segundos, para devolver su atención a la televisión donde el programa matutino hablaba del último escándalo político que había salido a la luz, pero su mente estaba muy lejos de allí en ese momento.

Hace mucho tiempo...

—Dani, ¿estás en casa? —El hombre asomó la cabeza por la puerta principal—. ¿Daniela? —No obtuvo respuesta.

Se había presentado en casa de su hija con intención de verla. Llevaba varios días sin saber de ella y al no cogerle el teléfono, había preferido acercarse hasta allí por si tenía más suerte.

Entró en el interior del chalet y avanzó por la planta de abajo buscándola. Su coche

estaba aparcado en la entrada por lo que debía encontrarse en casa.

—Dani, ¿estás? —volvió a llamarla.

Subió al piso de arriba, fue abriendo las puertas de las habitaciones con cuidado, hasta que llegó al dormitorio principal y la vio.

Estaba dormida, acurrucada en el centro de la enorme cama, rodeada de almohadones y tapada hasta arriba con el nórdico.

Se acercó con sigilo, intentando no despertarla para evitar darle un susto. Se sentó en el borde de la cama y observó su rostro. Algo no marchaba bien. Los rasgos de su cara no reflejaban la tranquilidad del sueño, sino la crispación y la tensión de las horas previas.

Manuel le acarició la mejilla, apartó el cabello de su cara y la miró con cariño.

—Mi niña... —susurró.

Al poco, Daniela comenzó a parpadear, tratando de enfocar al hombre que había a su lado, y le sonrió en cuanto le identificó.

—¡Papá! —Le abrazó—. ¿Qué haces aquí?

Este le correspondió con otra sonrisa y se levantó de la cama, para descorrer las cortinas y así permitir que entrara la luz del sol con libertad en la habitación.

—He venido a verte —explicó—. No me cogías el teléfono, y al no saber de ti... Estaba preocupado.

La felicidad que se había reflejado en la cara de Daniela al ver a su padre, desapareció con rapidez.

—Desconecté el teléfono —rumió mientras apartaba la ropa de cama y se dirigía al cuarto de baño.

Manuel la observó con detenimiento. Vestida con unas mallas negras y una sudadera gris dos tallas más grande que ella, que de seguro era de Álvaro, parecía que llevaba días con la misma ropa y sin salir de la cama.

Se despeinó su cabello y gruñó.

—Hay que hacer algo, Manuel —se dijo para sí, mientras abría las ventanas para airear la habitación, y se deshacía de las sábanas y el nórdico, para bajarlos a la cocina y así lavarlos.

Cuando Daniela salió del cuarto de baño, miró su habitación con incredulidad. Era como si hubiera pasado un huracán. Suspiró con resignación y descendió siguiendo los pasos de su padre.

Le encontró en la cocina preparando café y poniendo una lavadora.

—¿Qué haces?

El hombre la miró con cara de pocos amigos, le señaló uno de los altos taburetes que había alrededor de la isleta de la cocina.

—Siéntate —ordenó—. ¿Desde cuándo no te llevas algo al estómago?

Daniela no contestó. Sentada donde le había indicado, escondió la cara entre las manos sin fuerzas.

—Dani...

—Creo que —dudó—, un día.

Manuel gruñó, le puso delante un plato con unas tostadas y una taza de café.

—Come.

—Papá...

—¡Come! —le ordenó de nuevo.

Daniela le miró y sin mencionar nada más, comenzó a untar el pan con mantequilla y mermelada de fresa.

Su padre, apoyado en la encimera con los brazos cruzados, la observaba con detenimiento. Cuando esta dio el primer mordisco a la comida, se relajó y comenzó a fregar los platos y vasos sucios que se amontonaban en el fregadero.

—Papá, puedes usar el lavavajillas —le comentó mientras comía la segunda tostada con ganas. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que había comenzado a comer.

El hombre se encogió de hombros, la miró de medio lado y le guiñó un ojo.

—Sabes que prefiero fregar.

Daniela le sonrió y siguió comiendo mientras observaba la espalda de su padre. Estaba feliz de que estuviera ahí, con ella.

Bebió el último sorbo de café y se levantó para servirse otra taza.

—¿Estás mejor? —le preguntó su padre en cuanto terminó con la vajilla. Se secaba las manos con un trapo de cocina y la observaba con detenimiento.

Esta se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Quieres contarme qué ha sucedido? —indagó.

Daniela se llevó la mano hasta su cabello, que en un precario recogido, le daba una imagen delicada.

—Nada importante.

Manuel se sentó en un taburete y golpeó uno cercano, invitándola a que se acomodara a su lado.

—¿Y Álvaro?

Esta dejó la taza sobre la isleta de la cocina y apoyó su cabeza en el hombro de su padre.

—No está.

—Ya, eso lo he supuesto. —Le acarició la mano—. ¿Dónde está?

—En un viaje de negocios.

Manuel asintió.

—No es el primer viaje de negocios de tu marido para que te encuentres en este estado. —Daniela calló—. ¿Ha pasado algo más?

La mujer le miró con ojos llorosos y se levantó de su asiento, para llevar la taza hasta el fregadero.

—El otro día cuando le llamé al hotel...

—¿Qué pasó?

—Estaba Raquel en su habitación —soltó. Tenía las manos apoyadas en la encimera de piedra verde y los nudillos se le estaban poniendo blancos por la presión.

Manuel se acercó hasta su hija y apoyó las manos en sus hombros. Estaba temblando.

Sabía que la compañera de Álvaro no era del agrado de Daniela y, si era sincero consigo mismo, las pocas veces que la había visto, no le transmitía buenas sensaciones, pero confiaba en su yerno.

—Quizás estaban trabajando...

La risa de Daniela le interrumpió.

—¿A las tres de la mañana?

Este la giró y la miró, apartando las lágrimas que surcaban su rostro.

—¿Hablaste con Álvaro?

Ella negó.

—Cuando me pasaron a la habitación y me lo cogió Raquel, colgué.

Manuel observó a su hija calibrando qué decirle.

—Seguro que cuando regrese, habrá una explicación coherente.

Daniela elevó su rostro, buscando la mirada verde de su padre.

—No he vuelto a hablar con él —mencionó a media voz.

Él sonrió y le acarició la mejilla.

—Tienes el teléfono desconectado —le recordó lo que le había dicho nada más despertarse.

Ella sonrió y asintió. Le dio un beso en la mejilla y se alejó unos pocos pasos de él, hasta que escuchó su nueva pregunta:

—¿Por qué llamaste tan tarde a tu marido? —Manuel observó la espalda de su hija que comenzó a temblar de nuevo—. Dani... ¿Sucede algo?

La mujer se volvió, miró a su padre con la cara inundada de lágrimas y asintió muda.

—Mi niña... —Acortó la distancia que les separaba y la abrazó—. ¿Qué ha pasado?

—He perdido al bebé.

Capítulo 12

El timbre del telefonillo interrumpió el silencio que se había asentado en la casa.

Daniela salió de la cocina y miró a su padre con cara de sorpresa.

—¿Esperas a alguien?

Manuel negó.

—Es muy temprano para visitas.

La mujer asintió y atrapó el interfono.

—¿Sí?

—Soy yo. Abre.

—Es Pepi —le explicó a su padre mientras pulsaba el botón para abrir la puerta del portal.

—¿Pepi? —Ella asintió—. Pero si se acaba de ir.

Daniela encogió un hombro y salió al pasillo exterior para abrir la puerta que comunicaba con los ascensores. Mientras esperaba observó el nublado cielo, donde el sol luchaba por hacerse ver, una tarea imposible entre tanta nube. El día pintaba gris y amenazaba lluvia.

—Buenos días —saludó Pepi en cuanto salió del ascensor.

—¿Qué haces aquí?

Ella se rio.

—¿No puedo querer desayunar con mi mejor amiga?

La ceja morena de Daniela se elevó con incredulidad.

—Pepi...

—Anda, anda... —La empujó por la espalda, obligándole a que se pusiera en movimiento—. Vamos para adentro que al final cogerás frío con el pelo mojado.

—Pepi, qué...

—Buenos días, señor Manuel.

Este se carcajeó y señaló una de las sillas que tenía cerca para que se sentara.

—Ven para acá y explícanos qué haces aquí.

Pepi se quitó el plumón gris que llevaba y lo apoyó en el respaldo de la silla. Tiró de las mangas del jersey verde y se acomodó donde el padre de Daniela le había indicado con una sonrisa traviesa.

—Solo quería desayunar en buena compañía.

—Ja —dijo Daniela, desapareciendo por la cocina—. Has ido a casa, te has cambiado de ropa y en vez de abrir *Suave Algodón*, estás aquí.

—Es temprano para abrir la droguería y me apetecía desayunar en buena compañía.

—A otro tonto con esa historia.

Manuel palmeó las manos de la recién llegada.

—Déjala que ya nos lo dirá cuando crea conveniente...

—Y mientras tanto nos tiene en un sin vivir —le interrumpió llevando una bandeja hasta la mesa con café y algo de bollería.

El hombre atrapó una magdalena y se rio.

—A ti te tendrá en un sin vivir porque eres demasiado impaciente.

Daniela se sentó enfrente de su amiga y la miró.

—Pero luego se lo puedo hacer pagar.

Pepi se rio, tomó la cafetera y se echó el líquido marrón en una de las tazas.

—No sé por qué decís eso. Yo solo he venido para disfrutar de un buen desayuno...

La música del móvil de Daniela hizo callar la diatriba de la joven.

Manuel miró a su invitada y a su hija indistintamente.

La mujer morena observó a su amiga.

—Pepi...

Esta bebió el café y atrapó un bizcocho mientras la música del móvil seguía sonando.

—¿No quieres saber quién te llama con tanta insistencia?

Daniela gruñó, arrastró la silla y se levantó para coger el teléfono.

—Sí, dígame. —Miró a su padre y a su amiga, y esperó a que le respondieran.

—Daniela...

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Cristina —se presentó—. La de la empresa de *catering*.

—Sí, sí... Dime.

—Mira, es que... —dudó—. Tenemos esta noche una cena. Nos han contratado para servir el *catering* y necesitamos personal.

—Ajá...

—¿Estarías interesada? —preguntó.

Daniela miró a Pepi por unos segundos comprobando que observaba la tele, más pendiente de la conversación telefónica que de lo que emitía la caja cuadrada.

—Daniela, ¿estás ahí? —llamó su atención la mujer de al otro lado de la línea.

—Sí, sí... Claro que estoy interesada.

Cristina suspiró.

—De acuerdo. Te mando un mensaje con todos los datos del acto y la hora a la que debes presentarte.

—Nos vemos —se despidió y colgó. Se sentó en la silla y comenzó a desayunar.

—Dani, niña, ¿no nos vas a contar quién te ha llamado? —se interesó Manuel pasados unos segundos en que esperó a que su hija hablara sin resultado.

La mujer dobló el papel de la magdalena que se había comido con mucha precisión, lo dejó sobre la bandeja y miró a su amiga.

—¿Tú lo sabías? —la acusó.

Pepi se pasó la mano por su corto cabello rubio y asintió.

—Cristina me ha llamado y me lo ha contado.

Manuel miró a ambas mujeres sin comprender.

—¿El qué?

—Esta tarde tengo una cena en la empresa de *catering* —le explicó a su padre.

—¿La de la entrevista de ayer?

Daniela asintió y se levantó para recoger la bandeja con el desayuno.

—¿Y qué le has dicho? —Pepi le interrogó.

Su amiga la miró extrañada.

—Que sí, ¿qué le iba a decir? —Dejó la bandeja sobre la mesa de nuevo y se apoyó en la mesa—. Pepi, ¿qué pasa?

Esta se pasó de nuevo la mano por el cabello, consiguiendo despeinarse y suspiró.

—No lo sé —dudó—. Hay algo que no me gusta.

Manuel atrapó una de sus manos y la miró.

—Niña, explícate.

Pepi enfrentó los ojos verdes del hombre mayor y luego devolvió la atención a su amiga.

—Cuando he hablado con Cristina esta mañana. Antes de regresar aquí. —Daniela asintió—. Me ha dicho que te iba a llamar para ofrecerte el trabajo pero ella también estaba algo mosqueada.

—¿Por? —preguntó Daniela mientras se sentaba de nuevo.

—Dice que Raquel ha insistido mucho para que te llamara, que te quería allí esta noche.

Daniela la miró sorprendida.

—¿Raquel?

Pepi asintió.

Capítulo 13

Había llegado temprano.

Después de hablarlo con su padre y Pepi, y tras meditarlo mucho, había llegado a una conclusión: tenía que ir esa noche. No podía echarse para atrás. Ahora que había conseguido un trabajo más o menos estable... A pesar de que fuera por horas, que dependiera de los eventos que contratara la empresa de *catering* y que quisieran contar con ella, hacía mucho tiempo que no tenía una nómina por lo que sí, debía ir.

—¿Y si Raquel intenta hacerte algo? —Pepi le preguntó preocupada.

—Estaré bien.

—Daniela...

Esta miró a su padre y le guiñó un ojo.

—Estaré bien —había repetido.

Esa misma afirmación le había acompañado durante todo el día. Se la repetía una y otra vez, intentando autoconvencerse.

Limpió la casa, puso lavadoras y planchó toda la ropa que tenía acumulada. Buscó estar entretenida, sin tiempo para pensar, hasta que llegó la hora de acudir a la cita.

Al final se presentó antes de tiempo y cuando Cristina la vio entrar por la puerta del Casino de Madrid, le pareció que se alegraba de verla.

Iba vestida con un traje de falda y chaqueta color pistacho, que si era sincera consigo misma, no le quedaba nada bien. El cabello castaño lo tenía recogido en una larga trenza pero algunos mechones ya se habían soltado de su prisión.

—Has llegado pronto.

Ella asintió.

—Al ser mi primera vez —dudó—, no sabía qué podía encontrarme.

Su jefa le regaló una sonrisa.

—¿Has hablado con Pepi?

Daniela movió la cabeza afirmativamente de nuevo.

—Está preocupada.

La otra mujer gruñó.

—Raquel es una víbora y podemos esperar cualquier cosa de ella. —Estiró la mano y atrapó la de ella—. Anda ven, creo que esta noche ambas necesitamos una amiga.

La morena se rio, ante la mirada del portero que no les quitaba ojo a ninguna de las dos, y apretó la mano de Cristina sin dudar.

—Amigas —confirmó.

Cristina asintió y se subió las gafas de montura plateada que llevaba, y que en la entrevista Daniela juraría que no las tenía.

—Ven que te enseñe esto. —Señaló el interior del casino y tiró de ella para que la siguiera—. ¿Has estado alguna vez en el Casino de Madrid?

—No, solo lo conocía por fuera —indicó—. Me gusta mucho caminar por Madrid y la calle Alcalá es de obligado recorrido.

—Este edificio esconde muchas e interesantes historias. —Golpeó la barandilla de la escalera por la que descendían—. Nació cuando un grupo de jóvenes románticos y progresistas buscaban alejarse del clima político que reinaba en el país. Un club social que vio la luz allá por el año 1836.

Daniela escuchaba con atención a la mujer mientras observaba todo lo que les rodeaba, maravillada por la decoración.

—No fue hasta —dudó—, 1910 cuando se inauguró el edificio donde nos encontramos.

—Cristina, ¿cómo sabes tanto? —le preguntó en cuanto llegaron a la planta baja.

Esta la miró y se encogió de hombros.

—Me gusta bastante el arte y sobre todo el relacionado con esta ciudad. —Cristina miró el techo que las amparaba, con una cristalera enorme—. Saber qué sucedió, cómo y cuándo en la ciudad donde vivo, siempre me ha llamado la atención.

La morena la observó, comprobando el entusiasmo que sentía en cada palabra.

—¿Y no has pensado en estudiar Historia del Arte?

Se rio.

—Es solo un hobby —indicó—. Bueno, y este es el salón donde vas a trabajar. ¿Qué te parece?

Daniela miró el espacio donde se encontraban. Había mesas redondas repartidas por el salón, vestidas con un mantel blanco que llegaba hasta el suelo; varios sillones orejeros color burdeos o crema, con flores también de tono escarlata, se encontraban en una

esquina y dos grandes jarrones custodiaban una pequeña escalinata. Las enormes lámparas que se veían tras los cristales de las ventanas y que custodiaban un corredor, ofrecían la luz justa al espacio que junto a gran alfombra, que había bajo sus pies, daba el toque exacto de color.

—Precioso.

—¿A que sí? Lo llaman Patio de Honor y posee un estilo ecléctico afrancesado, donde destaca la vidriera de la casa de Maumejean —la señaló— y la escalera modernista por donde hemos bajado.

—¿Y aquí será el *acto*? —se interesó.

—Sí. Es un evento pequeño. Un bufete de abogados ha querido celebrar su reunión anual aquí, en el casino, y han decidido que para el broche final les vendría bien algo distendido.

—¿Un *catering*?

—Un *catering* —confirmó—. Nosotras.

Daniela sonrió ante el tono alegre de su jefa. Se notaba que *Dulce y Salado*, el proyecto en que se había embarcado, era su sueño.

—¿Cuántos camareros seremos?

Cristina atrapó su trenza y miró a su alrededor.

—Junto contigo, cinco camareros. Es una reunión donde habrá pocos invitados y creemos que no harán falta más. —Daniela asintió—. En las mesas podréis colocar las distintas bandejas de comida que serviréis para que las personas puedan escoger lo que deseen comer y, al mismo tiempo, paseareis por el salón con algunas de bebida o también de comida.

—De acuerdo.

Cristina la miró por unos segundos y luego observó su reloj.

—Tienes que cambiarte —indicó—. Nos dejan utilizar uno de los servicios del casino para que podáis poneros el uniforme.

Daniela comenzó a seguir a la mujer que se había puesto en movimiento con celeridad y se dirigía a la escalera.

—Cristina, ¿no me digas que me va a tocar ponerme falda?

Esta se rio y negó con la cabeza.

—Pantalón negro y camisa negra con el logo de la empresa en morado. Vas a estar

cómoda.

—Mejor —confirmó.

—Cristina...

Se volvió en mitad de la escalinata revestida por una alfombra roja que amortiguaba sus pasos. El tono empleado para llamarla esta segunda vez había cambiado.

—¿Sí?

Daniela miró a su alrededor, confirmando que no había nadie cerca de ellas.

—¿Y Raquel?

La mujer de gafas suspiró.

—Llegará con la gente del bufete.

Capítulo 14

La fiesta estaba en su mayor apogeo.

El resto de camareros habían llegado un cuarto de hora antes de que comenzara la velada.

Eran dos chicas jóvenes, más jóvenes que Daniela, que se presentaron vestidas con faldas estrechas y blusas transparentes, y con tacones muy altos. En cuanto Cristina les dio el uniforme, no dudaron en cambiarse y en ponerse un calzado más cómodo, que llevaban en sus mochilas.

Según le explicaron a Dani después, cuando acabaran de trabajar, habían quedado y preferían salir de allí directamente arregladas que regresar a casa para cambiarse. Aunque al principio temió que iba a tener que estar encima de ellas para que trabajaran, luego se sorprendió de lo eficientes que llegaron a ser. Era verdad lo de que las apariencias engañaban.

El resto del equipo estaba formado por un hombre maduro, de unos cincuenta años, que se le notaba que tenía experiencia suficiente en estas lides.

Luis le contó a Daniela que se había quedado en la calle hacía ya unos años y que iba de un trabajo a otro, intentando sobrevivir. Era una gran oportunidad para él formar parte de la plantilla de *Dulce y Salado*.

César fue el último en llegar, de unos veinticinco años —luego se enteraría de que en realidad tenía veintiocho— que le tiró los trastos durante toda la velada. Para Daniela, que apenas salía y que la única relación con el sexo opuesto eran los invitados que acudían a sus cenas, en casa, fue como un halago. Logró que mantuviera la sonrisa en su cara toda la noche.

Tras ponerse todos los uniformes, que para su sorpresa no le sentaba tan mal, escucharon con atención las indicaciones de Cristina. Les puso al día de la clase de invitados a los que iban a atender y lo que se esperaba de ellos, de *Dulce y Salado*.

Con palabras de ánimo comenzó la fiesta.

Daniela se dio cuenta de que lo de «una reunión con pocos invitados», adquirió un nuevo significado a mitad de la noche.

Al principio la fiesta se había ajustado a sus previsiones y habían podido realizar el trabajo sin agobios e incluso con algo de tranquilidad, pero según avanzó la velada los invitados fueron aumentando y hubo momentos en que no dieron abasto.

Agradeció que en el último momento hubiera decidido ponerse sus deportivas moradas para estar más cómoda y así moverse de un sitio a otro, sin problemas. El cabello lo llevaba recogido en una trenza, evitando que le molestara, y la tela del uniforme, más suave de lo que estaba acostumbrada en otros que había llevado, propiciaba que estuviera a gusto.

El trajín era incesante.

Cristina, viendo que se les podía ir de las manos, terminó ayudándolos en la cocina o retirando las bandejas vacías que quedaban en las mesas.

Daniela, a pesar de que estaba cansada, mantenía una sonrisa fija en su rostro mientras paseaba por el salón portando una bandeja con bebidas. Llegó a un grupo reducido donde estaban más pendientes de la conversación que mantenían que de lo que les rodeaba y les ofreció una copa.

—Disculpen, ¿quieren algo de beber?

Un hombre mayor, vestido con un traje de chaqueta oscura, tomó una copa de vino sin ni siquiera mirarla.

—¿Tienen cerveza? —le preguntó otro de los allí reunidos.

Daniela miró la bandeja para comprobar si le quedaba, ya que creía recordar que le habían quitado la última copa hacía unos segundos.

—No, pero puedo ir a por una si quiere —le dijo mirando por primera vez al caballero.

—Dani... ¿Daniela, eres tú?

De pronto le reconoció.

—¿Víctor?

El hombre se rio atrayendo la atención de la gente que tenía a su alrededor. Atrapó la bandeja que llevaba y la posó en una mesa cercana.

—Trae eso y dame un abrazo —le exigió.

Daniela sonrió tímida y miró los rostros que no les quitaban el ojo de encima.

—Víctor, estoy trabaja...

No pudo acabar la frase. De repente se vio envuelta entre los brazos masculinos, desapareciendo de la vista de todos por la diferencia de tamaño.

La separó de su cuerpo y buscó su mirada gris.

—¿Qué haces aquí?

Daniela señaló el logo que había impreso en el uniforme y le sonrió.

—Trabajando.

La despeinó con cariño y le guiñó un ojo.

—Me alegro mucho de verte.

—Yo también —correspondió—. Tengo que...

—Volver al trabajo —espetó una voz femenina por detrás de ella.

Daniela rechinó los dientes y soltó el aire. Se había preguntado durante toda la velada cuándo aparecería su «querida amiga» y por ello había estado alerta toda la noche. No quería darle la ocasión de que le llamara la atención por algo y ahora... Ahora la había pillado con la guardia baja.

Víctor la miró preocupado y comprobó que la diversión se había evaporado de sus ojos grises.

—Me alegro haberte visto —repitió.

Le guiñó un ojo y atrapó la bandeja de bebida que le había quitado instantes antes. Se giró con intención de alejarse de allí lo más rápidamente posible pero cuando tuvo a Raquel frente a frente, su mundo se derrumbó. Las copas temblaron en la superficie plana y si no fuera porque su amor propio era más poderoso que su corazón, la bandeja habría terminado en el suelo.

—Daniela... —El hombre que acompañaba a Raquel no podía creer lo que veían sus ojos—. ¿Eres tú?

La risa de Raquel los envolvió. Agarrada, o más bien colgada, al brazo de Álvaro, estaba disfrutando del espectáculo.

—Cariño, ¿no te lo había dicho? Dani trabaja para mí. Es la nueva camarera de *Dulce y Salado*.

Álvaro no apartó la mirada de la que todavía era su mujer.

—¿Estás bien?

Ella asintió brevemente.

—Tengo que trabajar —indicó y salió huyendo.

Capítulo 14

Su primera reacción había sido huir. Quería alejarse de allí, de esa fiesta, de los invitados, de Raquel y de... Álvaro.

Tras ese primer encuentro se había escondido en los servicios. Le faltaba el aire, el corazón le latía a mil por hora y sintió que su mundo se tambaleaba. Se apoyó en la fría pared de azulejos y se fue deslizando poco a poco, hasta sentarse en el suelo. Apoyó la cabeza en las rodillas y comenzó a temblar.

Hace mucho tiempo...

La puerta de la casa golpeó con fuerza tras ella, para abrirse a continuación con rapidez.

—Dani... Espera —Álvaro la llamó sin obtener respuesta.

La mujer llegó hasta la cocina y tomó un vaso de la alacena.

Estaba sedienta.

Abrió el grifo y el agua empezó a correr mientras la observaba. Con las manos apoyadas en la encimera verde, la cabeza gacha y la vista lejos de allí, su cuerpo comenzó a temblar.

Su marido se acercó hasta ella y posó sus manos en los hombros femeninos.

—Daniela...

Se volvió con el rostro lleno de lágrimas y le abrazó sin encontrar consuelo. Sentía como si su vida se hubiera acabado.

Álvaro le susurraba palabras de cariño al oído mientras le acariciaba la espalda. No soportaba verla así. Verla rota.

—Encontraremos una solución. Iremos a otros médicos, que te hagan más pruebas. No te preocupes —le dijo cuando comenzaba el llanto a remitir.

Daniela le miró como si fuera un extraño y se alejó de él.

—¿Una solución? ¡Una solución! —gritó—. Álvaro no puedo tener hijos. Nunca podré tener hijos.

Capítulo 15

—¿Estás bien? —Cristina estaba delante de ella, acuclillada, acariciándole el cabello.

Daniela suspiró y asintió. Se limpió unas pocas lágrimas que se le habían escapado de los ojos al recordar, y la miró.

—Bien —musitó.

La mujer de pelo castaño se irguió y le ofreció un pañuelo.

—¿Seguro?

Asintió y se levantó del suelo.

—Seguro —confirmó.

Se miró al espejo del lavabo y la imagen que observó no le gustó. ¿Dónde se había ido la Daniela segura de sí misma? Se lavó la cara, se deshizo la trenza para rehacerla de nuevo y se estiró todo lo larga que era, para desentumecer los músculos.

—Daniela... —la llamó la mujer que no había perdido detalle de sus movimientos—. Podemos... Puedo estar sin ti. La cosa se ha tranquilizado. Hay menos invitados y el resto de tus compañeros pueden sacar el trabajo que queda.

Esta, que la observaba a través de la superficie lisa, negó con la cabeza.

—Te lo agradezco pero necesito seguir. —Atrapó sus manos y la miró a los ojos—. Por favor...

Cristina asintió y abrió la puerta.

—De acuerdo, pero si necesitas algo silba.

Se rio.

—Va a ser algo difícil porque no sé silbar.

Cristina se rio ante la confesión de ella, mientras ambas salían de los servicios.

—¿Cuál es el chiste? —interrogó de forma brusca Raquel en cuanto las vio, fastidiando la diversión.

—Algo de lo que hablábamos —contestó su socia—. Es personal.

Daniela miró a Cristina asombrada ante el tono empleado para responderla. No mostraba ningún ápice de simpatía hacia la persona con la que compartía empresa. Se recordó mentalmente que tenía que preguntar a Pepi acerca de lo que había entre esas dos,

porque estaba claro que amigas, amigas no eran.

A Raquel se le cambió la cara. Se apartó la melena rubia que llevaba suelta echándola hacia atrás y posó una de sus manos en la cadera, sobre un vestido verde esmeralda, que se le ajustaba al cuerpo, y que iba a juego con los zapatos, de un tacón de infarto, que había elegido para la ocasión.

—Pues menos diversión y más trabajo —recriminó—. Daniela, hay muchas bandejas vacías en las mesas. Recógelas.

La morena dio un paso hacia adelante, con intención de decirle cuatro cosas. Necesitaba dejarle claro que a ella no se la manipulaba, que no iba a ser una marioneta entre sus manos y que sabía que había insistido a Cristina para que la contratara para ese *catering* porque quería que se encontrara con Álvaro. Su marido...

Sabía que quería hacerle sufrir pero no iba a dejar que ganara esta batalla.

Sintió como Cristina le agarraba de la mano y le hacía un leve movimiento con la cabeza, dándole a entender que no merecía la pena.

Expulsó el aire que retenía y asintió.

—Voy ahora mismo, víbo... Raquel.

Cristina sonrió y la siguió, dejando sola a la rubia que las miró con una mueca prepotente, convencida de que había ganado.

El tiempo pasó con rapidez mientras atendía a los pocos invitados que quedaban en el salón, en las escasas ocasiones en las que no tuvo más remedio que salir.

La fiesta ya se terminaba y Cristina les dio orden de ir recogiendo las bandejas, copas y manteles que quedaban en las mesas. Del grueso de la limpieza se encargaría el propio Casino de Madrid a la mañana siguiente.

Desde que había vuelto del cuarto de baño, había intentado alejarse lo más posible del salón, limpiando o recogiendo la vajilla que quedaba vacía, siempre lejos del grupo en el que se encontraba Álvaro.

Buscó estar lejos de su presencia física pero no pudo evitar estar muy cerca de la energía que desprendía.

Desde el instante en que sus miradas se cruzaron, hacía ya muchos años, ambos habían sentido una conexión especial que les unía y aunque en ese momento de sus vidas estaban separados, esa unión no se había evaporado.

Daniela no se acercó ni una vez a Álvaro pero no pudo evitar sentir su mirada azul

clavada en ella cada vez que salía al Patio de Honor.

A las tres de la mañana la fiesta ya llegó a su fin, y Daniela se encontraba sola en el salón. Sentada en la escalera, masajeándose los pies descalzos, mientras esperaba a Cristina, quien le había prometido llevarla a su casa con el coche.

De pronto, lo sintió.

Un escalofrío le recorrió la espalda y su corazón comenzó a latir con rapidez sin ni siquiera haberle visto.

—Víctor me ha pedido que le disculpara por no haberse despedido de ti.

Daniela se levantó y le miró. Estaba dos escalones más arriba que ella y se había quitado la chaqueta del traje, junto a la corbata que colgaba de su cuello. La camisa blanca resaltaba sobre su piel morena y el cabello, con un corte de pelo más largo que el que acostumbraba, le hacía parecer más joven.

—Gracias. Dile que ya le llamaré para vernos una tarde de estas.

Este buscó sus ojos negros y tensó la mandíbula cuadrada.

—¿Cómo la otra vez? —le preguntó acusándola—. Quedaste con él en que le llamarías, que no perderías el contacto, que me... le llamarías.

Daniela tembló ante el tono usado por el que seguía siendo su marido. Frío y contenido, el mismo que usaba en los juzgados, y que conseguía amedrentar a más de un acusado con él. Se apoyó en la barandilla y le miró.

—Ha sido difícil...

El hombre se rio, interrumpiéndola.

—¿Difícil? ¿Para quién?

—Álvaro yo...

Él levantó la mano y la acalló.

—No, Daniela. Será mejor que no digas nada que pueda empeorar esta conversación.

La mujer atrapó su trenza y elevó una de sus cejas sorprendida.

—¿Conversación? —preguntó irónica—. ¿Te refieres a esto que estamos teniendo entre los dos? —Los señaló—. No me hagas reír, Álvaro. Aquí el único que está hablando eres tú y no escuchas.

—Daniela no me vengas con la misma historia de siempre. Ya no eres una niña. —La miró de arriba abajo, deteniendo su atención en cada curva de su cuerpo, provocándola.

Ella elevó los puños hacia arriba de impotencia.

—Sigues siendo el mismo idiota de antaño. El mismo idiota ciego y sordo que no se percata de lo que le rodea ni de quién tiene a su lado —le acusó.

Él acortó la distancia que los separaba y atrapó uno de sus brazos. Acercó su cara a la de ella y enfrentó sus miradas. La azul y la negra enlazadas de nuevo, reconociéndose, reencontrándose, añorándose...

Sus respiraciones se aceleraron.

Daniela sacó la punta de la lengua brevemente atrayendo su atención.

La energía que los rodeaba comenzó a vibrar de expectación. La tensión creció y en el estómago de Daniela miles de mariposas comenzaron a revolotear.

—Suéltame —le exigió.

Álvaro tragó.

—Discúlpate —ordenó.

Daniela negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por llamarte idiota? —Apretó su muñeca un poco más—. No voy a pedir perdón por algo que es verdad.

Él gruñó, esperó unos segundos, midiéndose con su mujer, hasta que la soltó. La miró, observó su cara, su nariz, sus labios, donde se detuvo unos poco más y al final, desistió. Se dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras, alejándose de ella.

—Este «idiota» sabía lo que tenía a su lado hacía unos años y tuvo que dejarlo escapar —susurró.

Daniela observó la espalda del hombre, muda, sin saber muy bien qué decir o hacer, temblando... y sintió cómo su cuerpo se derrumbaba sobre los escalones dejando que un llanto silencioso la invadiera.

Capítulo 16

El timbre del telefonillo de la calle se escuchó por la casa.

—Ya voy yo —indicó Daniela a su padre cuando salía por la puerta de la cocina.

Manuel asintió taciturno y devolvió la atención al programa de televisión que se emitía en ese momento.

—¿Sí? —preguntó—. Sí, Pepi. Sube... —Colgó y se acercó hasta su padre. Le pasó una mano por la espalda—. Es Pepi —le explicó—. ¿Estás bien?

El hombre miró a su hija, pestañeó intentando centrar la vista y asintió.

—Sí, hija. No te preocupes. —Le dio una palmada cariñosa en la mano y miró de nuevo la pantalla de la televisión.

Daniela le dio un beso en la cabeza y se alejó preocupada para abrir la puerta a su amiga.

Salió al pasillo comunitario, se apoyó en la barandilla y observó el parque solitario que había enfrente del bloque de pisos. La noche ya caía sobre la ciudad y muchas de las familias que habían disfrutado del sábado al aire libre, habían regresado a sus hogares, huyendo del frío y la humedad que comenzaba a imperar por la zona. Se abrazó a sí misma cuando sintió un escalofrío, tirando de los extremos de la chaqueta gris que llevaba, dos tallas más grande que ella, y vio como una ardilla cruzaba el parque de lado a lado.

Habían pasado cuatro días desde el encuentro con Álvaro. Cuatro días en que los malos recuerdos habían vuelto con fuerza a su vida, impidiéndole descansar.

No le había contado nada a su padre. No quería preocuparle. Pero sabía que sospechaba algo... Había intentado rehuir sus preguntas el día después de la cena, y si no hubiera sido porque ese mismo miércoles sufrió otro ataque que le dejó postrado en la cama, sin fuerzas, trayendo consigo un nuevo episodio amnésico, acompañado de una gran desorientación, habría seguido insistiendo hasta que le hubiera sonsacado qué había sucedido en el *catering*.

La voz del presentador del programa de televisión, atrajo su atención. Observó desde el pasillo a su padre ensimismado con lo que se emitía en la «caja tonta», gracias a que tenía la puerta de la casa abierta, y se limpió una lágrima que se había escapado de la prisión de sus ojos.

—Hoy está mejor... ¿pero hasta cuándo, Dani? —se preguntó a sí misma, sintiendo

un nuevo escalofrío por el cuerpo.

Unos golpes intermitentes en la puerta acristalada del corredor, la devolvió al presente. Se apartó el cabello de la cara y miró el reflejo distorsionado de Pepi, al otro lado del pasillo. Se autoimpuso una sonrisa en la cara y fue a abrirla.

—Hola preciosa. —Le dio un beso en la mejilla y se dirigió hacia la vivienda—. Si no hay problemas, me quedo a la cena. ¿Por qué hoy hay cena, no? —La miró por unos segundos y se llevó la mano al pecho todo afectada.

Daniela se rio en alto, le dio en la mano y se metió dentro de la cocina.

—Claro que hay cena —confirmó—. Lo que no sé seguro es si hay hueco para ti.

Pepi puso morritos mientras se quitaba una enorme bufanda que le daba tres vueltas al cuello.

—¡No serás capaz de dejarme sin comida!

Daniela apoyó la cadera en el borde de la encimera blanca y se colgó un trapo de cocina en el delantal.

—No seas tonta. —Se rio—. No sería capaz de hacer eso... —dudó por unos segundos, provocándola—. Además, mi padre podría matarme si se me ocurriera dejarte sin comer.

La sonrisa de Pepi desapareció de su cara y avanzó unos pocos pasos hasta atrapar sus manos.

—¿Qué tal está?

Ella encogió los hombros levemente.

—Bien... Mejor que ayer. Por lo menos hoy se ha levantado de la cama.

Su amiga le acarició la mejilla y le dio un beso.

—Eso es algo —señaló mientras baja la cremallera de su anorak rosa—. Voy a saludarle.

Daniela asintió.

—Y luego podrías acercarte a casa de Remedios a por unos tomates...

—¿Del pueblo?

—Del pueblo —confirmó—. Su hija se los ha traído para que podamos hacer lasaña casera.

Pepi saltó sobre sí misma y aplaudió al escuchar a su amiga.

—¿Vas a hacer lasaña?

Daniela se rio, le dio con el trapo de cocina en la cadera y se volvió para seguir preparando la carne para la cena.

—Buenas noches, señor Manuel —Pepi saludó—. ¿Cómo se encuentra hoy? ¿Dispuesto para comer la fantástica lasaña que nos va a hacer su hija?

La risa de su padre le llegó nítidamente, logrando que Daniela sonriera al escucharla. Pepi siempre lograba alegrarle.

—Bien, hija. Bien. Siéntate al lado de este viejo y cuéntame qué tal ha ido tu día. ¿Y Rafa? ¿Vendrá esta noche?

El silencio se posó por toda la casa ante la pregunta.

Daniela salió al salón-comedor y observó a su amiga que atrapaba en ese momento la mano de su padre y le daba un beso en la arrugada mejilla.

—Hoy no vendrá. Tiene que trabajar.

Manuel mostró una comprensiva sonrisa en su cara.

—Normal pero dile que espero que me visite otro día.

—Así lo haré —señaló a media voz Pepi, intentando que la tristeza no se le notara en la voz al recordar a su difunto marido, mientras miraba a Daniela negando con la cabeza—. No pasa nada —susurró.

—Pepi...

Esta negó con la cabeza y devolvió la atención al hombre que estaba a su lado, buscando conversar con él.

Daniela apartó las lágrimas que se deslizaban por su tez y se escondió en la cocina, cerrando la puerta tras ella.

—Respira, Dani. Respira...

La velada estaba en su mejor momento.

La fuente de comida, donde hacía unas horas reposaba la lasaña casera, estaba vacía, síntoma de que la cena había triunfado entre los comensales y la charla no decaía en ningún momento, saltando de un tema a otro, salpicada de bromas y risas.

Manuel se había ido a descansar hacía rato, asegurando a su hija que se encontraba bien y que como entre los presentes se encontraban Feli y su marido, además de Pepi, podía irse a la cama seguro de que ayudarían a Daniela a recoger.

—Y la moto acabó en mitad del lago —soltó Rebeca, una chica rubia que no era la primera vez que acudía a la casa.

Algo tímida al principio, sobre todo en la primera cena a la que había asistido, había terminado siendo una gran sorpresa. No sabía bien la razón pero como ella decía, parecía que su vida estaba escrita por Lemony Snicket, el autor de los libros de una *Serie de catastróficas desdichas*, por todos los «accidentes» que sufría.

Por suerte, Rebeca no había terminado mal parada de ellos, a excepción de algún hueso roto o alguna herida leve, y como llevaba sufriendolos muchos años, lo tenía tan asumido que los relataba riéndose de sí misma.

—¿Pero te pasó algo? —se preocupó Daniela al escucharla.

Seguía con el delantal puesto, uno azul con topes blancos, y se había recogido el cabello moreno en un moño descuidado. Había decidido disfrutar de la velada y aparcar de momento todas las preocupaciones que la atormentaban últimamente.

Rebeca la miró y negó con la cabeza.

—Solo que hice compañía a los peces del lago un rato.

Estallaron las carcajadas en la habitación.

—Niña, ¿y la moto? —Feli le preguntó llorando de la risa.

El hombre de gafas moradas y flequillo del mismo color, se había presentado una hora antes de la cita, con el pretexto de que no se acordaba bien de cuándo comenzaba la cena.

Ni a Daniela ni a Pepi logró engañarlas. Ambas sabían que prefería estar rodeado de gente, cotilleando sobre la ropa que llevaba la vecina del quinto o del último ligue del vecino del octavo, que estar en su casa.

—El Ayuntamiento del pueblo decidió dejarla en el lago, como si fuera una escultura modernista —Rebeca le aclaró.

Miguel, uno de los asiduos a las cenas, aprovechó ese momento para levantarse de la silla.

—Miguel, ¿dónde vas ahora? —se interesó Feli.

El chico se ruborizó.

—De la risa que me ha dado necesito...

El hombre con las gafas moradas, acabó la frase por él.

—¿Ir a hacer pipí?

—¡Feli!! —le llamó la atención José, su marido.

—¿Qué?! No he dicho nada del otro mundo —indicó Feli mientras Miguel se escabullía en el cuarto de baño.

—Eres malo... —señaló Daniela al mismo tiempo que se levantaba para comenzar a recoger la mesa.

José la imitó inmediatamente, ayudándola a llevar la vajilla a la cocina.

—Muy malo —repitió Pepi, guiñándole un ojo a Feli.

La risa del hombre se enredó con la de Rebeca y Pepi, mientras ayudaban a recoger.

—Daniela... ¡Daniela! —el grito de Miguel atrajo la atención de todos.

—¿Qué sucede? —La morena salió corriendo de la cocina y sin saber con exactitud qué ocurría, se dirigió con rapidez al dormitorio de su padre seguida de José y Pepi.

—Tu padre...

Capítulo 17

El timbre de la puerta sonó por el silencioso apartamento. Un sonido insistente que despertó a Daniela.

Acababa de acostarse y a pesar de que pensaba que iba a tardar en dormirse, su cuerpo estaba agotado y se rindió sin problemas al descanso. La ducha que se dio nada más llegar a su casa, le relajó y en cuanto se metió entre las sábanas, sus músculos comenzaron a destensarse y el sueño la atrapó inmediatamente.

Se movió medio zombi en la cama cuando el timbre de la entrada resonaba de nuevo por la vivienda. Miró el reloj de la mesilla y comprobó que hacía solo media hora que se había acostado. Escondió remolona la cabeza por debajo de la almohada, rezando para que la persona que estaba al otro lado de la puerta desistiera y la dejara descansar.

Había pasado todo el fin de semana en el hospital, donde habían trasladado a su padre el sábado por la noche. Pendiente de cualquier movimiento que hiciera, pendiente de los médicos que pasaban consulta y que solo le ofrecían palabras huecas, hasta que por fin esa mañana habían decidido subirle a una habitación. Estaba mejor o por lo menos eso le habían dicho dentro de su enfermedad.

Los días previos a la noche del sábado, vividos por Manuel, le habían dejado sin energía. Los episodios amnésicos e incluso violentos que había sufrido esos días, provocaron que el cuerpo de su padre se rebelara.

Un aviso del estado en el que se encontraba.

Los médicos habían recomendado a Daniela que buscara ayuda. El estado de su padre solo podía empeorar y ella, sola, no podría hacerse cargo en las condiciones adecuadas de él.

El timbre resonó en la casa devolviéndola al presente; obligándole a levantarse de la cama para evitar que quien estuviera fuera terminara por quemarlo.

—Ya voy... —dijo en voz alta cuando se encontraba cerca del pasillo de la entrada, logrando que el ensordecedor sonido terminara.

Abrió la puerta y su mundo acabó por derrumbarse.

—¿Qué haces aquí?

El hombre le ofreció una sonrisa de medio lado.

—Yo también me alegro de verte. ¿Me dejas entrar?

Daniela gruñó, se dio media vuelta y se alejó dejando la puerta abierta.

—Creo que necesito un café. ¿Quieres uno?

—No me vendría mal —aceptó mientras se adentraba en la casa y cerraba tras de sí la puerta.

Ella no emitió sonido alguno. Se metió en la cocina para salir a los pocos minutos portando en sus manos dos tazas con café humeante. Sus pasos se detuvieron brevemente cuando observó la ancha espalda de Álvaro, quien se había situado delante del ventanal y miraba la calle.

Vestido con un jersey negro y un vaquero azul oscuro que le sentaba como un guante —el abrigo lo había dejado apoyado en el sofá—, Daniela no podía negar que seguía siendo muy atractivo. Siempre lo había sido, desde que fijó los ojos en él y acabó su corazón rendido a su amor, pero ese tiempo había quedado atrás y ella ya no era la chica inocente que él había conocido.

—¿Cómo has entrado? —preguntó dejando su taza de café en la mesa. Prefería no tocarle.

Álvaro se volvió y la miró de arriba abajo. Los ojos azules la recorrieron, deteniéndose en sus ojeras por unos segundos, marcas que delataban su cansancio, pasando por cada una de las curvas que se escondían tras el pijama masculino, dos tallas más grande que su dueña, pero que él conocía a la perfección. Se revolvió el negro cabello, para apoyar la mano en su nuca a continuación, y la sonrió.

—¿Tan dormida estás que no te acuerdas que me has abierto la puerta?

Daniela gruñó, se sentó en una silla de madera cercana y dio un pequeño sorbo al café.

—¿Quién te ha abierto el portal?

Álvaro la miró, calibrando si estaba de humor esa mañana, y decidió dejar de picarla.

—Ha sido Remedios, tu vecina. La del portal y la del pasillo exterior.

Daniela sonrió.

—Siempre ha tenido debilidad por ti.

Se encogió de hombros.

—Soy una buena persona.

—No te conoce tan bien cómo yo —espetó.

El silencio se asentó en el salón tras la acusación velada, sin que ninguno de los dos

apartara la mirada del otro. Un enfrentamiento no verbal que fue roto cuando Álvaro se llevó el café a los labios y decidió dar la espalda de nuevo a su anfitriona.

Daniela gruñó ante su actitud pero no dijo nada. No era el momento.

Nunca era el momento.

Daniela se tomó la bebida y suspiró.

—¿Qué haces aquí, Álvaro?

El hombre la miró.

—¿Cómo está tu padre?

Aunque podía extrañarle que su marido supiera sobre el estado de su padre, no le pareció raro. Tras lo que había sucedido este fin de semana, sabía que Pepi contactaría con él. La había avisado. Pero esperaba que fuera más tarde. Mucho más tarde para que le diera tiempo a estar preparada para el encuentro.

Si alguna vez podría estar preparada para ello...

—Bien. —Observó el rostro moreno, los ojos azules que podían helar a cualquier contrincante en el juzgado y que ahora la miraban con dulzura—. Mal —confesó—. Está ingresado en el 12 de Octubre. Le han subido a la habitación por lo que está fuera de peligro. Le van a tener unos días en observación pero cuando le den de alta...

Álvaro la observaba pendiente de cada uno de sus gestos, de cada una de sus palabras. Sabía que estaba siendo duro para ella y verla tan abatida, tan cansada, le dolía.

—¿Te lo vas a traer a casa?

Daniela suspiró, se apartó el cabello de la cara y retiró una pequeña lágrima que se había deslizado por la mejilla, rogando porque su marido no la hubiera visto. No quería mostrarse débil ante él.

—No puedo hacer otra cosa...

—¿Una residencia? —le interrumpió—. Necesitas llevarle a un sitio donde esté atendido, que puedan estar pendiente de él las veinticuatro horas.

Daniela asintió.

—Lo sé pero ahora no puedo —confesó y dejó caer la cabeza sin fuerza, apoyándose en sus manos.

Álvaro avanzó unos pocos pasos y se arrodilló delante de ella. Atrapó sus manos y le apartó el cabello de la cara, dejando que sus dedos le acariciaran la mejilla por unos instantes.

—Deja que te ayude. —Sus ojos se encontraron.

Sus miradas se reencontraron por unos pocos segundos en los que Daniela recordó lo fácil que era todo cuando estaba al lado de Álvaro. Sobre todo al principio. La boca masculina le tentó, su respiración se enlazó con la suya y se preguntó si sus besos seguirían haciéndola vibrar como antaño.

—Dani...

Escuchar su nombre en boca de él, le provocó un escalofrío que la devolvió al mundo real, al mundo donde su corazón estaba a salvo. Parpadeó y se alejó de su contacto. Se acercó hasta el ventanal y se abrazó a sí misma.

—No puedo aceptar tu ayuda.

Álvaro apretó con fuerza su mano y contó hasta diez mientras se erguía sobre sus piernas.

—¿Por qué? —le inquirió.

—Porque no estaría bien.

—Joder, Daniela —espetó sorprendiéndola. Álvaro pocas veces perdía los papeles—. Aprecio a Manuel, a tu padre, como si fuera el mío. Necesitas ayuda y lo sabes.

—Álvaro, no...

—Déjame ayudarte, Dani —interrumpió—. Si una vez me quisiste... —Ella suspiró—. Déjame que os ayude, que ayude a tu padre.

Daniela asintió.

—Está bien —claudicó.

La miró sorprendido de que hubiera cedido.

—Bien...

—Pero...

Elevó su ceja morena incrédulo. Ya le extrañaba que hubiera cedido con tanta rapidez.

—¿Pero?

—Todo, y digo todo, tiene que estar bajo mi supervisión. Yo seré quién elija el mejor sitio para mi padre y si hay algún cambio en su salud, me informarán a mí.

—Estoy de acuerdo...

—No, Álvaro —le interrumpió—. ¡Mírame!

Él enfrentó sus ojos a los negros de ella y asintió.

—Te estoy mirando.

—Ya no soy esa niña ingenua que estuvo a tu lado. Soy una mujer adulta que puede afrontar cualquier problema y solucionarlo. He cambiado.

Álvaro asintió.

—Lo veo... —susurró y sonrió interiormente—. Tú serás la que decidas y se te informará de inmediato de cualquier asunto relacionado con tu padre.

Daniela suspiró.

—Gracias.

—Pero... —dudó por unos segundos—, tengo una condición.

Ella elevó una de sus delicadas cejas.

—¿Qué clase de condición?

—Buscaremos el mejor sitio para que cuiden a Manuel, a tu padre. Los mejores médicos y cuidadores serán para él. —Ella asintió conforme con lo que escuchaba—. Tú tendrás la última palabra con respecto al sitio elegido y serás tú la primera que sabrás de su estado...

—Es lo que hemos acordado —le cortó.

—Sí, pero a cambio yo quiero una cosa. —Sonrió.

—¿No hacías todo esto por mi padre?

Ensanchó su sonrisa aún más.

—Por él, lo hago todo por él.

Daniela gruñó. Sabía que en todo esto se escondía algún truco. Se llevó una de las manos a la cadera y le soltó:

—No has cambiado.

La risa masculina la envolvió, consiguiendo que su cuerpo temblara.

—No sé si es algo bueno que me digas eso.

La mujer tensó la mandíbula.

—¿Qué quieres?

—Que regreses a nuestra casa.

Capítulo 18

—¿Y dices que no has vuelto a saber nada de Álvaro?

Daniela cerró la puerta de la lavadora, tras meter la ropa sucia, y tomó un vaso de agua antes de contestar a Pepi.

Su amiga se había presentado esa mañana bien temprano, autoinvitándose a desayunar, con la excusa que desde que se había mudado a su antigua casa, la veía mucho menos.

—Al poco de trasladarme, dieron de alta a mi padre en el hospital. —La rubia asintió—. Gracias a los contactos de Álvaro conseguimos la mejor residencia para su cuidado. Un lugar cerca de aquí, al que puedo acudir siempre que pueda sin problemas.

—Está muy bien allí —Pepi afirmó. La había acompañado en más de una ocasión para visitarle y podía confirmar que Manuel estaba perfectamente.

Daniela asintió levemente. Echaba mucho de menos a su padre. Se había acostumbrado a estar junto a él a diario desde que regresó a la casa familiar, pero tenía que reconocer que su estado había mejorado al entrar en la residencia. Los lapsus de memoria aumentaban, de acuerdo a su enfermedad, pero por lo menos los ataques violentos los tenían controlados con los medicamentos que le suministraban y el cuidado del personal médico.

—Cuando se acabó el papeleo y Álvaro confirmó, en sus propias palabras, que podía dejarme sola sin peligro —movió los dedos de las manos imitando unas comillas imaginarias—, se marchó de viaje de negocios.

Pepi se llevó el tenedor a la boca con una porción de tortita bañada en abundante caramelo y tras masticarla, añadió:

—De eso hace ya tres semanas.

Daniela asintió.

—Tres semanas de tranquilidad —señaló con una gran sonrisa. Se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la isleta de la cocina, enfrente de su amiga, y apoyó la cara entre sus manos, al mismo tiempo que sonreía a su invitada.

Pepi se rio.

—Eres una exagerada.

Daniela dejó caer las manos con fuerza sobre la encimera.

—¿Exagerada? Me obligó a regresar aquí. Si quería que me ayudara con la situación de mi padre, debía ceder y volver a esta casa. —Abrió los brazos, abarcando lo que les rodeaba.

Pepi se pasó la mano por su corto cabello rubio y la miró.

—Cuando hablé con él y le expliqué la situación, estaba dispuesto a ayudarte a cambio de nada. —Tiró de su jersey azul hacia abajo y se pasó las manos por las mallas negras que llevaba—. Aprecia demasiado a tu padre y le dolió saber de su estado.

Daniela se bajó del taburete y miró por el enorme ventanal que había en la cocina, dejando sus ojos fijos en el jardín delantero del chalet.

—Pues ya ves... También te ha engañado a ti.

Pepi se acercó a ella, apoyó los brazos en la encimera y, sin apartar la vista de un pájaro que acababa de posarse en la rama de un árbol, indicó:

—Daniela, creo que si tú no hubieras querido venir, te hubiera ayudado igualmente.

Esta negó con la cabeza y se alejó de ella.

—No sabes lo que dices.

Pepi se cruzó de brazos y la enfrentó.

—Álvaro y tú tenéis una conversación pendiente y hasta entonces, vuestra vida no estará completa.

Daniela la miró brevemente, se llevó una mano a su negro cabello y negó.

—Mi vida está muy bien tal y como está ahora.

—Dani...

Ella chistó acallando lo que fuera a decir.

—No quiero continuar con este tema. —Pepi asintió reticente—. Tengo que ir a comprar los ingredientes para la cena de esta noche. ¿Me acompañas?

—Es domingo y la tienda la tengo cerrada. Voy donde tú quieras.

—No me des ideas. —Se rio.

Pepi atrapó el plato y la taza donde le había puesto el delicioso desayuno, y lo llevó al fregadero, cuando se dio cuenta de algo.

—Dani... —dudó—, ¿vas a celebrar una cena esta noche?

—Ajá.

—¿De la web?

Esta que limpiaba la encimera con un trapo húmedo paró y la miró.

—Claro, ¿de qué cena crees que hablo si no?

Pepi se secó las manos y la observó.

—¿En esta casa? —Señaló con el dedo índice lo que les rodeaba.

—Sí. —Le guiñó un ojo.

—¿Y Álvaro?

La morena se encogió de hombros y siguió limpiando.

—Está de viaje. No se va a enterar.

Pepi se rio.

—Como se entere vas a tener un problema...

Daniela se encogió de hombros.

—Necesito el dinero y a falta de que me vuelva a llamar Cristina para que acuda a un nuevo *catering*, si lo vuelve a hacer, tengo que buscarme la vida.

—En cuanto les salga un nuevo evento, te llamaré. Cristina me ha dicho que cumpliste a la perfección y que no puede perder a una buena empleada.

La morena le sonrió.

—Pero hasta entonces debo seguir celebrando las cenas.

Su amiga asintió.

—¿Y qué vas a hacer de comida?

Daniela, que se dirigía al salón, se volvió y la sonrió.

—Estoy dudando entre unos rollitos de salmón y mango o una ensalada César de primero...

—¿Y las dos cosas? —le interrumpió, casi babeando al imaginarse los platos.

Esta se carcajeó.

—O las dos cosas —señaló.

—¿Y el plato principal? —Pepi juntó las manos delante de ella como si estuviera rezando.

—Solomillo al hojaldre acompañado de una setas variadas.

—¿Y dices que eso será esta noche? —Daniela asintió—. Joo... No sé si podré aguantar hasta la cena.

Las dos mujeres se rieron ante la confesión.

—Puedo hacerte algo especial a la hora de la comida.

Pepi saltó de alegría y le dio un beso en la mejilla.

—¿Sabes que te quiero mogollón?

Daniela se alejó de ella y se dirigió al salón.

—No seas pelota.

La rubia se rio de nuevo.

—Feli se va a volver loco cuando le diga que te he tenido como chef particular.

—Se volverá loco cuando vea esta casa —añadió al mismo tiempo que ambas se reían de nuevo al imaginar a su amigo.

Capítulo 19

La puerta de la calle se abrió permitiendo el paso a dos hombres con maletín y traje.

La americana beis del moreno descansaba sobre su hombro, la corbata azul desatada colgaba por ambos lados del cuello y las mangas de la camisa blanca estaban arremangadas, destacando sobre su piel morena.

Su compañero portaba un gran bocadillo en la mano en la que no llevaba el maletín, del que mordía cada poco mientras asentía o gruñía ante lo que le decía el otro hombre.

Tras pasaron el umbral de la casa y se chocaron de improviso con un desconocido.

—Ah... Hola. ¿Venís a la cena?

Víctor fue el primero en reaccionar. Sonrió al hombre con gafas moradas y flequillo del mismo color.

—¿Hay cena?

—Claro que sí guapo. Dani es la mejor cocinera que existe y ha preparado un gran festín esta noche. ¿Por eso os habéis apuntado en la web, no?

—¿En la web? ¿Daniela cocinera? —Álvaro preguntó sorprendido mientras analizaba el atuendo del hombre, que con un pantalón de pitillo verde y una camiseta celeste no pasaba muy desapercibido. Llevaba un par de copas vacías junto a una de sus botellas de vino que, gracias a la etiqueta, reconoció como uno de los tesoros más apreciados de su bodega privada.

Feli se rio y le guiñó un ojo con picardía.

—Estamos en el jardín. Hace un poco de frío pero se ha quedado una noche estupenda. Seguidme, están sirviendo ya los entrantes —les indicó mientras desaparecía por el salón dejándoles en el hall.

Álvaro miró a su amigo con la boca abierta, observó el lugar por el que había desaparecido el desconocido una vez más y volvió a mirar a Víctor.

—¿Entiendes algo?

Este mordió un trozo de su bocadillo y le sonrió.

—Nada de nada pero si hay comida...

El dueño de la casa le golpeó en el hombro y se dirigió al jardín.

—Amigo tienes un serio problema. —Víctor se rio.

Bajaron los dos escalones que les conducía hasta el salón desde donde escuchaban las voces procedentes del jardín.

Álvaro dejó su americana en uno de los sillones y el maletín en la pequeña mesa de madera situada en el centro de la habitación. Víctor, tras terminarse el bocadillo, imitó sus movimientos y le siguió.

Tras pasaron las puertas acristaladas y Álvaro se quedó anonadado.

La mesa rectangular del salón estaba al lado del gran arce, rodeada por ocho sillas y vestida con un mantel rojo que colgaba por los extremos. Las copas brillaban gracias a la luz artificial de las farolas y a las pocas velas desperdigadas por la superficie de madera. La vajilla resplandecía y la conversación de los presentes no decaía.

El hombre con el que se habían encontrado nada más llegar a la casa servía vino en las copas vacías y Daniela, de espalda a ellos, reía ante lo que acababa de decirle un chico joven que llevaba una camiseta con una imagen de Star Wars, mientras repartía comida de la bandeja que portaba.

Álvaro apreció que estaba relajada, tranquila y hermosa. Llevaba un vestido rojo y negro, con lunares blancos en unas pocas zonas de la tela, que se ajustaba a la perfección a su cuerpo, a juego con unos zapatos de fino tacón de tono carmesí, y con su melena negra peinada en un semi-recogido, donde algunos rizos campaban con libertad. Parecía como si la antigua Daniela, la persona que conoció y que conquistó su corazón, hubiera regresado.

—Eh, vosotros, acercaos u os quedaréis sin comida. —El hombre de gafas los llamó moviendo la mano.

Daniela sonriendo se volvió para ver con quién hablaba Feli y cuando sus ojos se posaron sobre los recién llegados, su sonrisa se congeló.

—¡Álvaro! ¿No estabas de viaje? —Fue Pepi la primera en reaccionar.

El aludido miró a la amiga de su esposa y le guiñó un ojo.

—Estaba... pero ya hemos vuelto.

Víctor dio una palmada en el aire y se acercó a la mesa.

—¿Alguien ha dicho comida?

—Sí, claro. Daniela ha hecho unos rollitos de salmón y mango que están de muerte —le invitó Feli.

Daniela, que todavía tenía entre sus manos la bandeja de comida, la dejó sobre la mesa por temor a que se le cayera. Devolvió la atención a su marido que seguía en la misma posición, y se llevó su mano nerviosa hasta su peinado para dejarla caer sobre su

cadere, pendiente del escrutinio que estaba recibiendo por parte de Álvaro.

—Creo que voy a ir a por más vino —señaló Daniela pasando por el lado de su marido sin mirarle.

El perfume de la mujer le llegó con nitidez. Un aroma que no había olvidado en todos estos años: canela con un toque avainillado.

Miró a los allí reunidos y tomó una decisión.

Se adentró en la casa de nuevo y se dirigió a la escalera que comunicaba con la bodega. Unos zapatos rojos de mujer esperaban en la puerta a su dueña y el ruido de botellas le llegó con claridad. Descendió los escalones con lentitud y la vio.

—Estás muy guapa hoy...

Daniela se volvió asustada, intentó sujetar bien las botellas que había tomado pero una se le escurrió de las manos.

Álvaro se agachó y la atrapó a pocos centímetros del suelo.

—Cuidado que es oro líquido —le dijo mientras le ofrecía la pieza tan delicada y le sonreía.

—Gracias. —Le dio la espalda y guardó las botellas en su lugar.

—Esta puede servir bien con el salmón —Señaló una de las botellas que había delante de ella, pasando su mano por su hombro y avanzando un par de pasos más hasta que le separaban pocos centímetros de la espalda femenina.

La respiración de Álvaro le puso la piel de gallina en el cuello y se movió alejándose de él, intentando que no notara su nerviosismo.

Este sonrió y atrapó una botella.

—Toma, es un Sauvignon Blanc. Es un vino blanco, ligero, refrescante y con una acidez equilibrada, combina a la perfección con el salmón ahumado —le ofreció la botella.

Daniela se apartó unos rizos negros que le habían caído en la cara y le miró con timidez.

—¿Seguro? Has dicho que son muy valiosas.

Álvaro se rio.

—Creo que eso no os ha importado antes a tu amiguito y a ti.

—No sé a qué te refieres. —Elevó una de sus delicadas cejas.

Este se apoyó en el bodeguero de madera con forma de panal de abejas y se cruzó de

brazos.

—Cuando hemos llegado, el hombre de gafas moradas llevaba un L'Ermita del 2006, su coste puede ascender a los 600€.

—¡¿Qué?! —Daniela se llevó una mano a la garganta—. No puede ser. Dime que eso no es verdad, que...

La risa de Álvaro la interrumpió.

—Tendrías que haber visto la cara que has puesto.

Daniela gruñó ante la burla, se acercó hasta él y elevó su mano para darle una bofetada, pero Álvaro fue más rápido y detuvo el golpe. Le agarró de la muñeca y tiró de ella. Posó sus ojos azules en los negros y descendió hasta su boca por unos segundos.

La respiración de Daniela mostraba el estado en el que se encontraba.

—Antes aceptabas mejor las bromas.

Daniela le miró fijamente, mostrando el rencor que guardaba dentro.

—Antes eran otros tiempos...

—Me gustaban esos tiempos —susurró poniéndole la piel de gallina.

Esta tragó como pudo, dejó que sus ojos analizaran el rostro de su marido y comprobó que en realidad sí había cambiado. Pequeñas arrugas rodeaban su mirada y una cicatriz se vislumbraba en su mejilla izquierda. Llevó la mano que tenía libre hasta la misma y la acarició.

—¿Qué te ha pasado?

Álvaro cerró los ojos, sintiendo el roce de los dedos femeninos hasta que se dio cuenta de por qué le preguntaba. Soltó su muñeca y le dio la espalda, atrapando una botella más de Sauvignon Blanc.

—Nada que merezca la pena mencionar. ¿Después qué has preparado?

Daniela, que observaba los movimientos del hombre, la ancha espalda y los músculos que se adivinaban debajo de la camisa blanca, y que tanto recordaba, le extrañó su actitud pero no quiso insistir.

—¿Preparado?

Álvaro se volvió con una sonrisa, un gesto tan distinto a la seriedad que le había inundado el rostro apenas unos segundos antes, y le mostró las dos botellas que llevaba en las manos.

—Blanco para el salmón pero de segundo... ¿qué has cocinado?

—Solomillo al hojaldre con guarnición de setas variadas.

Este emitió un gemido de satisfacción, atrayendo la mirada de la mujer hacia su boca, lo que provocó que jadeara involuntariamente.

—Suena genial y seguro que sabe mejor.

Los ojos celestes estaban fijos en la cara de Daniela que comenzó a adquirir un tono rosado acorde con el vestido que llevaba.

—¿Te he dicho ya que ese color te sienta muy bien?

Daniela se llevó las manos a las mejillas y negó con la cabeza.

—No seas crío —le acusó arrancándole una carcajada, que ella acompañó con una tímida sonrisa.

—Siempre te ha costado asimilar los halagos.

Daniela se llevó las manos a las caderas.

—Hay halagos y halagos...

—Para mi mujer los más bellos y delicados, los más dulces y ardientes...

Esta levantó la mano deteniendo su discurso.

—Álvaro, creo que esto no es apropiado. Ya no estamos juntos.

El hombre asintió.

—La dama de hielo reapareció. La echaba de menos —mencionó con ironía.

—Será mejor que vuelva a la cena...

—Perdona, perdona. —La retuvo de la mano, impidiéndole que subiera las escaleras—. No quiero estropear la noche. Esto —señaló con la cabeza hacia arriba, donde se encontraba la cena y el resto de los presentes esa noche—, no sé bien qué es...

—Quería explicártelo...

—No, no hace falta. Ya mañana. Sea lo que sea te sienta bien. —La miró de arriba abajo—. Parece como si me hubieran devuelto a mi esposa...

—Álvaro... —interrumpió.

—Perdona. —Se golpeó con las botellas en la cabeza—. No quiero estropearlo. Estás feliz, estás contenta y aunque te parezca extraño, consigue que yo también me sienta bien.

Daniela asintió.

—¿Una tregua?

Álvaro le dio un beso en la mejilla sorprendiéndola, detuvo sus ojos en los de ella y asintió.

—Tregua.

Capítulo 20

—¿Dónde estabais? —Feli les preguntó en cuanto aparecieron en el jardín.

—Elijiendo el vino —señaló Álvaro elevando las botellas y acercándose hasta la mesa.

Feli le dio una copa de vino a Daniela.

—¿Estás bien? Pepi me ha dicho quién es. Si lo hubiera sabido...

La mujer bebió y negó con la cabeza.

—No pasa nada. —Observó a su marido que servía la bebida a sus invitados—. Disfrutemos de la noche.

—Y de la comida —añadió él.

Daniela se rio.

—Creo que te vas a llevar muy bien con Víctor.

Feli miró al hombre de pelo castaño, sentado en una de las sillas, con las piernas cruzadas; de anchas espaldas y brazos fornidos, con una mirada gris dulce que irradiaba alegría.

—Te juro, Dani, que si no estuviera enamorado de mi José... —Silbó—. Ese fortachón está de toma pan y moja.

Ella se rio de nuevo.

—Por cierto, ¿y José?

El hombre con gafas suspiró, bebió de la copa mientras agarraba su brazo y tiró de ella para acercarse hasta la mesa.

—No ha podido escaparse del despacho pero vendrá a buscarme. Llegará para la copichuela.

—¿Quién llegará para la copichuela? —Pepi se interesó cuando tuvo cerca a la pareja.

—José —respondió Feli.

—Ehh... Dani, ¿no hay más comida? —Víctor atrajo la atención de la mujer.

Álvaro golpeó en la espalda a su amigo y le reprendió:

—Compórtate que somos invitados inesperados.

Daniela observó la camaradería de los dos hombres y sonrió. Eran muchos años de amistad los que compartían. Los dos eran hijos únicos, siendo el hermano que les faltaba a cada uno. A lo largo de su vida habían pasado por buenos y malos momentos, y cuando Víctor descubrió que era adoptado, Álvaro estuvo ahí, a su lado.

Cuando ella llegó a ese círculo tan estrecho, temió que Víctor la considerara una intrusa y no la aceptara, pero cuando se produjo la presentación, la recibió con los brazos abiertos. Amigos, hermanos, confidentes...

Sabía que con su partida había sido muy egoísta. Se quiso alejar de esa casa, de Álvaro y de todo lo que representaba los años que habían compartido, y entre eso estaba también Víctor. Había echado de menos sus risas, sus confianzas, su compañía... Le había extrañado. A los dos.

Álvaro la pilló mirándolos y le guiñó un ojo.

—Dani, como no le des de comer a este empezará con las hojas del árbol. —Señaló las ramas que colgaban del arce.

—Me gustaría ver eso —indicó riéndose.

Víctor atrapó una de las botellas de vino que habían subido de la bodega y la señaló.

—Si no me das de comer, mujer. —Esta se llevó una mano al pecho haciéndose la ofendida ante el tono usado—. Comenzaré a beber y acabarás por ver qué bien me sienta la hierba.

Una chica pelirroja muy delgada, vestida con una falda corta de cuadros verdes y negros, y una blusa blanca donde reposaba una pequeña corbata negra, sentada en la silla que había cerca de Víctor, le miró con la boca abierta.

—¿Está hablando en serio? —preguntó asombrada.

Daniela y Álvaro se miraron, y comenzaron a reírse a la vez.

—Mejor que no lo descubramos, Alicia —le respondió Daniela—. Voy a por la carne.

Feli se colgó del cuello de Víctor por detrás y le dijo:

—El solomillo al hojaldre de Dani saciará tu apetito, fortachón. —Víctor miró a su amiga algo nervioso ante la confianza del hombre.

Daniela no pudo evitar reírse de nuevo a carcajada suelta cuando observó la cara de este.

—Feli, que me lo vas a asustar.

Este se irguió todo lo largo que era y comenzó a acariciar el cabello castaño de Víctor.

—La verdad que no sé por qué lo dices.

Pepi comenzó a reírse ante el espectáculo y bebió de la copa de vino, no antes de señalar:

—Yo tampoco.

Todos los allí presentes comenzaron a reírse, incluido Víctor a pesar de ser el centro de la broma.

—Voy a por la carne —anunció Daniela pasados unos segundos.

—Te ayudo —se ofreció Álvaro.

Esta movió la cabeza afirmativamente y comenzó a andar alejándose del jardín cuando sintió la presencia de su marido a su lado. Atravesaron la puerta acristalada y se dirigieron a la cocina.

Daniela abrió la puerta del horno, tomó un termómetro de cocina y pinchó la carne.

—Le falta unos minutos.

El hombre asintió mientras se acomodaba en uno de los taburetes que rodeaban la isleta de la cocina. Daniela le imitó, colocándose enfrente de él.

El silencio los rodeó y sus miradas se encontraron.

Los ojos azules recorrieron el rostro de Daniela con lentitud. Cada una de las líneas de expresión, hasta detenerse en la boca femenina, algo entreabierta, casi como si le implorara por un beso. Álvaro expulsó el aire que retenía y parpadeó un par de veces, buscando alejar los pensamientos que inundaban su cabeza. No era el momento, aunque lo deseara con toda su alma, no podía permitirse perder lo que estaban compartiendo esa noche. Fuera lo que fuera.

El movimiento de las manos femeninas atrajo su atención. No se estaban quietas ni por un segundo. Las ponía encima de la mesa, las escondía debajo, escondía los dedos entre sus palmas, los estiraba, era como si estuviera nerviosa.

Atrapó las dos manos y sonrió.

—Tranquila. No muerdo.

Daniela, ante el contacto, dio un pequeño brinco en el taburete, buscó la mirada del hombre y tembló. La sonrisa lobuna que le ofrecía podía ser peligrosa.

Se rio, intentando mitigar la tensión del ambiente.

—Lo sé pero es complicado...

—¿El qué?

Ella miró la cocina para enfrentar sus miradas de nuevo.

—Estar aquí. En esta casa, contigo...

—Esta es tu casa —señaló.

Daniela suspiró.

—No me siento a gusto —confesó mientras se alejaba de su agarre y ocultaba las manos debajo de la isleta.

Álvaro se llevó una de sus manos hasta su cabello y soltó el aire que retenía sin darse cuenta.

—Está bien. Hablemos de... —dudó—. La cena. ¿Qué es todo esto? —Señaló la puerta de la cocina, por donde se iba al jardín.

Daniela se levantó del taburete, abrió el horno de nuevo, para comprobar el estado del solomillo y se apoyó en la encimera, mirando a su marido.

—Al poco de marcharme de aquí —dudó—, me quedé en el paro.

Álvaro asintió.

—Tu padre me lo contó.

Ella le miró sorprendida.

—¿Mi padre?

—Hemos mantenido el contacto. Cuando te dije que le apreciaba, era cierto.

Daniela movió la cabeza afirmativamente. Sabía que habían hecho buenas migas desde que se conocieron pero no que hubieran mantenido la relación tras su marcha.

—Y así pude saber cómo estabas —confesó dejándola sin palabras.

—Álvaro...

Este movió la mano quitando hierro a sus palabras.

—Continúa —le animó—. ¿Y qué hiciste?

—Gracias a Pepi descubrí una web donde cocineros aficionados organizan cenas. Me informé de las condiciones y términos, y me aventuré con la idea —explicó llevándose la mano hasta el cabello—. Así es como organizo cenas cada determinado tiempo para ganar algo de dinero.

Él elevó una de sus cejas sorprendido.

—¿Y funciona?

La mujer se encogió de hombros.

—Hay noches mejores que otras pero es una ayuda.

Álvaro asintió con la cabeza.

—Pero disfrutas. —No era una pregunta sino una afirmación.

Se rio.

—Me gusta cocinar para otros.

—Lo sé. Me acuerdo.

Esas últimas palabras fueron como una losa entre los dos.

Álvaro buscó su mirada pero le fue imposible encontrarla.

Daniela le rehuía. Se abrazó a sí misma hasta que decidió darse la vuelta, dándole la espalda y dejó la vista fija en el exterior de la casa, a través de la ventana.

Este gruñó, se dio un golpe en la frente y murmuró.

—¡Serás tonto!

Se levantó de su asiento y se acercó hasta ella. Apoyó las manos en la encimera, a pocos centímetros de ella, y observó la oscuridad del jardín delantero.

—Lo siento. —Daniela negó con la cabeza—. Me cuesta tenerte cerca y controlar mi boca —confesó sorprendiéndola—. Los recuerdos son más vívidos en esta casa contigo.

Ella miró su perfil y observó la tensión marcada en su mandíbula. Esta situación era difícil para él... Para ambos.

—Para mí también está siendo complicado.

Álvaro la miró.

—Podemos buscar temas de conversación más «neutros».

—¿Neutros? —le preguntó riéndose.

Él encogió los hombros.

—No me salía otra palabra.

Daniela le golpeó con el dedo índice en el pecho.

—Tú. El perfecto abogado. El letrado que tiene el don de la palabra para defender a

sus clientes... ¿No sabe qué término utilizar para esto?

Álvaro atrapó su dedo y tiró de él, acercándola a su lado, sonriendo.

—No te burles de mí.

Puso cara inocente.

—¿Yo?

Él le golpeó sutilmente la punta de la nariz.

—Tú.

—Señor abogado creo que se equivoca...

Este le dobló el brazo por la espalda acercándola aún más a su cuerpo.

—¿Equivocado? ¿Yo?

La risa femenina los envolvió.

—No pasa nada. Eres humano.

Álvaro gruñó.

—Y tengo debilidades...

Daniela interrumpió su risa de pronto. El silencio se asentó en la cocina, solo roto por un pequeño silbido procedente del horno, y el ambiente se caldeó.

La respiración de ambos se aceleró.

Miró los ojos azules que se habían ensombrecido, adquiriendo el tono de un océano en plena tormenta, y descendió hasta la boca masculina.

—Álvaro...

No pudo acabar lo que fuera a decir.

Los labios masculinos se cernieron sobre los femeninos, acallando sus palabras. Su mano libre se enredó en la camisa blanca con fuerza y le atrajo hacia su cuerpo.

Álvaro soltó el brazo de la mujer, posó sus manos en su cadera y la elevó hasta sentarla sobre la encimera de la cocina. Le abrió las piernas y se colocó entre ellas. Dejó que sus manos se perdieran por debajo de las telas del vestido y comenzó a acariciar la suave piel mientras su boca devoraba la de Daniela. Sin abandonar sus labios, jugando con su lengua, anhelando saciar esa sed que sentía desde hacía unos años.

Un beso hambriento por parte de ambos.

Una caricia deseada, buscada, anhelada por ambos.

Un par de golpes en la puerta de la cocina, les devolvió al presente.

—Perdonad... —Víctor estaba delante de ellos mostrando en su rostro una gran sonrisa—. Los invitados se impacientan y yo... Tenemos hambre.

Daniela escondió el rostro en el hombro de Álvaro por unos breves segundos, para empujarle sutilmente a continuación, permitiéndole bajarse de la encimera.

—Sí. Ya voy. —Escondió la cara enrojecida en el horno, atrapó un paño de cocina que le ofrecía Álvaro sin mirarle y tomó la bandeja donde iba el solomillo al hojaldre.

Contó mentalmente hasta tres y ya con la cena entre las manos, se dirigió al jardín sin mirar al que todavía era su marido.

La risa de Víctor estalló en la cocina en cuanto abandonó la estancia.

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó refiriéndose a lo que había interrumpido con su llegada.

Álvaro se llevó las manos a la cabeza y negó.

—No lo sé... —dudó—. No sé qué estoy haciendo.

Capítulo 21

El trino de los pájaros la despertó.

La pasada noche había dejado la puerta del ventanal, que daba a la terraza de la planta de arriba, abierta porque no hacía demasiado frío y siempre le había gustado abrir los ojos sintiendo el aire de la sierra madrileña.

La casa se encontraba en una urbanización privada, alejada de las carreteras principales que llevaban a la ciudad, en plena naturaleza, lo que permitía disfrutar del aire puro y del silencio de la montaña. Un lugar idílico que encontraron de casualidad cuando comenzaron a buscar casa para vivir.

En aquella época ambos tenían un buen sueldo. Daniela trabajaba como profesora en un colegio privado al que acudían los hijos de personas con cierto prestigio y dinero como futbolistas o empresarios; y Álvaro había entrado a trabajar en uno de los despachos de abogados más importante del país. Estaban entusiasmados con sus proyectos de futuro y cuando llegaron a esa casa, animados por Víctor quien tenía un amigo que le había dicho que otro amigo de un conocido vendía tirado de precio una casa en esa zona, parecía que esos planes que habían construido ilusionados podían cumplirse.

Un chalet de dos plantas, con un amplio salón-comedor y otro pequeño salón, que Daniela transformó en su rincón privado vistiéndolo con estanterías llenas de libros y un sofá para leer. La cocina era inmensa y a ella, que le gustaba cocinar, fue el mayor atractivo para que al final se animara a comprar la casa. En esa cocina el matrimonio había compartido la mayor parte del tiempo de convivencia.

En la planta de arriba se encontraban los dormitorios. Cuatro habitaciones que esperaban llenar con sus futuros hijos, además de convencer a Manuel para que se mudara en un futuro con ellos.

El dormitorio principal, con cuarto de baño incluido, era la habitación donde se encontraba Daniela en ese momento. Tenía una gran cama de matrimonio, un vestidor enorme y un tocador antiguo de madera, su mueble favorito, con el que le sorprendió un día Álvaro, a la vuelta de uno de sus viajes de trabajo.

A su regreso, tras el acuerdo que habían pactado Álvaro y ella, no había querido quedarse a dormir en esa habitación. Temía los recuerdos que podían reaparecer y por eso, prefería ocupar cualquiera de los otros dormitorios de ese piso, pero Álvaro insistió.

Abrir la puerta del dormitorio principal fue uno de los temores que le acompañó a Daniela cuando volvió a pisar la casa... su casa pero, cuando subió la maleta que se había

preparado para esa extraña mudanza, se dio cuenta de que esas cuatro paredes llevaban sin ser ocupadas desde hacía bastante tiempo.

Álvaro no dormía allí.

Se giró en la cama y comprobó en el reloj de la mesilla que pasaban ya de las doce del mediodía. Se le habían pegado las sábanas y aunque debería sentir remordimientos, no era el caso. La pasada velada se había alargado más de lo esperado y los nervios los tuvo a flor de piel toda la noche. El «momento cocina», que había compartido con Álvaro, había supuesto para ella un golpe fuerte, si no hubiera aparecido Víctor...

Daniela gritó en voz alta y tiró del nórdico para taparse la cara al recordarlo.

—¿Qué estás haciendo, Dani?

Suspiró y se levantó de la cama. Se acercó al ventanal, descorrió las cortinas y abrió más la puerta, permitiendo que la fría brisa entrara con mayor libertad. El arce del jardín le saludó con el movimiento de sus ramas. El mismo árbol que les había acompañado durante la cena.

Jamás pensó que después de tres semanas de ausencia, Álvaro se presentaría esa noche y aunque estaba mentalizada para ello —no era tonta y sabía que al regresar a esa casa iban a tener que convivir—, su corazón no estaba preparado.

Cuando sus miradas se reencontraron, se sintió completa de nuevo y eso le daba miedo.

Salió a la terraza, se apoyó en la barandilla y comprobó que en el jardín seguían los restos de la velada.

Al comprobar lo tarde que era, cuando los invitados decidieron irse a sus casas, Álvaro la convenció para recoger al día siguiente y ella, cansada, cedió sin problemas. Lo que ya le costó más fue dejar marchar a su amiga.

A su regreso al jardín, portando el solomillo en la bandeja, se dio cuenta de que se le habían olvidado las setas. Debía regresar a por ellas pero no quería volver a estar a solas con Álvaro por lo que le suplicó a Pepi que fuera a por ellas.

Su amiga, extrañada por su actitud nerviosa, decidió ir sin reticencias pero a su regreso, tiró de Daniela para separarla del grupo y la interrogó sin compasión.

—¿Qué ocurre?

Dani miró a ambos lados y negó con la cabeza.

—No sé a qué te refieres.

Pepi, en vez de enfadarse al darse cuenta de que le mentía, sonrió.

—Daniela que nos conocemos. He visto a Álvaro en la cocina y su estado era... —dudó—, raro.

En ese momento el protagonista de sus nervios apareció en el jardín junto a Víctor y sintió la energía de su mirada celeste sobre ella.

—No es el momento...

—Dani...

Esta suspiró y volvió a mirar a Álvaro que se sentaba en una de las sillas de alrededor de la mesa, junto a Feli, con el que comenzó a hablar.

—Nos hemos besado —confesó.

Pepi tiró más fuerte de su brazo, del que todavía la agarraba, consiguiendo que emitiera un grito de dolor.

—Perdona, perdona... —Le regaló una inocente sonrisa—. Me ha pillado por sorpresa.

—Pues fíjate a mí —señaló.

La rubia llevó sus manos a la cara de su amiga y fijó sus ojos en los negros.

—¿Estás bien?

Daniela se giró por completo, dando la espalda a sus invitados. A Álvaro.

—Confusa.

—¿Necesitas algo?

—Quédate esta noche aquí, conmigo. —Daniela no era una cobarde pero de vez en cuando era necesario abusar de los amigos.

Pepi asintió sin dudarlo.

—Si es lo que necesitas...

Pero al final no se quedó.

Cuando Álvaro y ella acompañaron a sus invitados a la puerta de la calle, Víctor atrapó el brazo de su amiga y se ofreció a llevarla a su casa.

—Venga pequeña que te llevo.

Pepi se rio cuando escuchó el apodo con el que se había dirigido a ella.

—¿Pequeña?

El hombre le guiñó un ojo.

—Comparado conmigo...

Álvaro le dio un fuerte golpe en la espalda riéndose.

—Comparado contigo, ¿quién no es pequeño?

Daniela no pudo evitar reírse ante lo evidente.

—Gracias pero...

—No pasa nada, Pepi —la interrumpió Daniela, atrapando su mano—. Aprovecha que este grandullón se ofrece y que te lleve a casa.

Su amiga la miró a los ojos.

—¿Seguro?

—Seguro. Vete con Víctor y así mañana no madrugas tanto para abrir la tienda.

A lo largo de la noche, sus nervios se habían mitigado y su corazón parecía que había recuperado su ritmo habitual, salvo cuando su mirada se topaba con la de su marido y le sonreía.

Estaba más tranquila y con las horas, se había mentalizado de que no podía ser tan cobarde. Solo era Álvaro...

Ese era el discurso que se había repetido a lo largo de la cena más de una vez, autoconvenciéndose hasta lograrlo, pero cuando la puerta se cerró tras Víctor y Pepi, comprobó que todo era falso.

El silencio se posó en la casa y los envolvió.

Daniela miró por unos segundos a Álvaro comprobando que la sonrisa que había tenido durante la noche se había evaporado.

—Dani, yo...

—Ha sido una noche muy larga, Álvaro —le interrumpió—. Me voy a la cama.

—De acuerdo. Hasta mañana.

La mujer le deseó buenas noches y salió corriendo —literalmente— por las escaleras hasta encerrarse en su dormitorio, donde había intentado descansar. No había sido hasta bien llegada la madrugada cuando había sucumbido al sueño.

—Y ahora sí tienes que enfrentarte a él, Dani —se dijo a sí misma tomando fuerzas.

Regresó a la seguridad de su dormitorio, se miró en el espejo del tocador donde se recolocó el cabello en una coleta y salió de la habitación.

La casa estaba muy silenciosa.

Descendió las escaleras con lentitud, intento apreciar cualquier sonido que pudiera llegarle, hasta que acabó en la cocina sin encontrarse con Álvaro.

Se dirigió al frigorífico, tomó la botella de zumo y atrapó un vaso que había en la encimera, para llevarlo todo a la isleta. Se acomodó en uno de los taburetes y en ese momento le llamó la atención una nota que había debajo de una galleta redonda con pepitas de chocolate.

He ido a la oficina. Intenta descansar que ayer
tuviste un día complicado...

Te invito esta tarde al cine. Elige tú la película.

Te extraño... Amiga.

Álvaro.

Daniela releyó la nota y mordió instintivamente la galleta de chocolate sonriendo.

Capítulo 22

La película ya había comenzado cuando se adentraron en la sala donde se proyectaba. Álvaro encendió la linterna de su móvil y la agarró de la mano, guiándola hasta la fila donde se encontraban sus asientos. Se acomodaron en las butacas que habían elegido sin problemas a la hora de comprar las entradas, gracias al día que era, un lunes en el que apenas acudían espectadores a los cines, y fijaron su atención en la pantalla.

Daniela había estado muy nerviosa a lo largo de todo el día, desde que leyó la nota de Álvaro. Había disfrutado de la galleta de chocolate que le había dejado este y releyó más de una vez sus palabras, reencontrándose con la personal caligrafía de su marido.

Se olvidó de lo que le rodeaba hasta que el teléfono sonó en la casa, devolviéndola al presente.

—Dígame...

—¿Has descansado?

Su cuerpo respondió ante la voz grave de su marido.

—Lo he intentado —confesó.

La risa varonil estalló al otro lado de la línea telefónica.

—Siempre sincera.

—¿Y tú? —se interesó.

La risa cesó de pronto.

Daniela, aunque no podía ver el rostro de su marido, sintió sus dudas. Sabía que tenía miedo de cómo manejar lo que había entre ellos en esos momentos y lo sabía porque a ella le sucedía lo mismo.

—Ha sido complicado —contestó al fin.

Daniela asintió con una sonrisa tímida.

—Me alegro.

Él se rio de nuevo.

—No sé cómo tomarme esa afirmación.

—Así no he sido la única que no ha dormido bien esta noche.

Volvieron a quedarse sin palabras por unos segundos, escuchando la respiración del

otro, esperando que alguno dijera lo que en realidad pensaban, que se extrañaban...

—¿Has visto mi nota? —Álvaro decidió interrumpir lo que estaban compartiendo. Fuera lo que fuera.

—Sí.

—¿Te apetece?

Daniela se rio.

—Ahh... ¿Era una sugerencia? Creí que más bien estaba ante una orden...

—Dani...

Esta tragó, se restregó los ojos con la camisa del pijama y suspiró.

—Perdona —se disculpó—. Sí, me apetece.

—Gracias —susurró sorprendiéndola—. ¿Te recojo a las cinco de la tarde?

—Está bien.

—De acuerdo...

—Vale...

Ninguno quería colgar. Ninguno quería terminar la conversación que estaban teniendo, si por conversación se podía llamar a los monosílabos o frases inconclusas con las que se respondían.

—Dani...

—Álvaro...

Se llamaron a la vez, haciéndoles sonreír.

—Tú primera.

—No, tú.

Daniela escuchó de fondo la voz de una mujer llamando a Álvaro y un suspiro por parte de él.

—Me tengo que ir —anunció con desgana.

—Nos vemos esta tarde.

—Esta tarde —repitió él escuchando de fondo el sonido del teléfono al colgarse.

La mujer se llevó las manos a la boca para acallar el grito que su cuerpo quería exteriorizar. ¿Qué le sucedía? Se comportaba como una quinceañera, sin apenas saber muy bien lo que su corazón o su cabeza deseaban. Ambas partes de su cuerpo eran un puro

caos en esos momentos.

El timbre del teléfono la sorprendió de golpe. Atrapó el auricular sin dudarle y respondió:

—Álvaro, yo...

—¿Álvaro?

—Pepi, ¿eres tú? Pensaba... Creí que...

La risa de la mujer la silenció.

—Ya, ya veo lo que pensabas.

Dani suspiró y se sentó en el suelo, sin alejar el teléfono de su oreja.

—Tengo un gran, gran problema, Pepi —confesó resignada.

La risa de su amiga se cortó de golpe y le respondió:

—Has descubierto que sigues enamorada de tu marido.

Una fuerte explosión en la película le hizo olvidar lo hablado con su amiga y provocó que saltara en su butaca ante el estallido. Un edificio había salido en llamas y la pareja de actores protagonistas volaban por los aires, ilesos, agarrados a una cuerda anclada en un helicóptero.

—¿Estás bien? —le preguntó Álvaro mientras posaba la mano sobre su pierna, embutida en un vaquero negro, y la acariciaba intentando tranquilizarla.

Daniela fijó su atención en la mano masculina que de manera brusca detuvo sus movimientos, para volver a posarse en la pierna de su dueño. Extrañada anheló el contacto.

—Sí... —musitó y buscó alejar sus pensamientos en el cubo de palomitas que ambos compartían.

Pasados los 137 minutos de película, en los que ninguno de los dos prestó demasiada atención a lo que en ella se relataba, se fueron a cenar algo a una hamburguesería de la zona que conocían muy bien.

Era el mismo local donde habían acudido juntos en numerosas ocasiones. Un sitio especial, donde se hacían hamburguesas de toda la vida, donde la carne sabía a carne y las salsas, porque había una gran variedad donde elegir, eran la tentación de Daniela.

Pidieron ambos una hamburguesa enorme, con un plato de patatas gigante cada uno, y dos refrescos de tamaño grande. Se acomodaron en la mesa más lejana de la puerta, con

asientos de color rojo oscuro que necesitaban una renovación del tapizado desde hacía bastante tiempo. Sentados uno enfrente del otro, Álvaro le acercó la gran selección de sobres de salsas para que eligiera.

Cenaron casi en silencio, con temor de romper lo que estaban compartiendo. Una tarde tranquila, sin reproches o discusiones, buscando recuperar lo compartido o por lo menos construir nuevos recuerdos.

Cuando Álvaro terminó su hamburguesa y Daniela saboreaba sus patatas, este se aventuró a mantener una conversación.

—¿Qué tal está tu padre?

La mujer, que observaba el corretear de los niños en el parque a través de la ventana, le miró.

—Mejor, mucho mejor. Es verdad que su cabeza va por libre y a veces, cuando lo visito, cree que soy mi madre... —Respiró con profundidad al recordar—, pero está mejor.

—Me alegro —señaló él—. La próxima vez que vayas, si no te importa, me gustaría ir contigo.

Daniela asintió.

—Le gustará verte.

El silencio los envolvió una vez más, solo roto por las voces de los clientes del local y la risa de los niños.

—¿Te apetecen unas tortitas?

Se llevó una mano al estómago y respondió:

—No puedo más. Creo que voy a estallar.

Álvaro se rio.

—Eres una exagerada.

Esta le guiñó un ojo.

—Tengo que mantener la línea.

Él la miró, posando sus ojos en cada curva de ella, en la blusa azul con pequeños botones de nácar rosa, y negó con la cabeza.

—No te harían mal algunos kilos de más.

Daniela cogió una de las servilletas de papel que había sobre la mesa y con rapidez

hizo una bola, y se la tiró.

—Eso no se le dice a una mujer —le regañó.

Álvaro atrapó su mano para evitar que continuara con su ataque y le acarició la muñeca por la parte interior, provocando que miles de escalofríos recorrieran el cuerpo femenino. Fijó sus ojos celestes en los negros de ella, descendió hasta su boca donde la lengua acariciaba esos labios que añoraba besar y devolvió su atención a esos iris que escondían tantos secretos.

—Daniela, yo...

—Venga, vale, me como unas tortitas si las compartimos —le interrumpió de improviso, con temor de lo que fuera a decir.

Álvaro asintió reticente, soltó la mano femenina y se llevó la mano a su cabeza.

—Pues unas tortitas para los dos. —Dio una palmada y le sonrió de nuevo, como si no hubiera sucedido nada entre ellos.

Capítulo 23

La puerta de la calle se abrió dando paso a la pareja en silencio.

Llegaron los dos hasta el salón, donde Daniela dejó su bolso y la cazadora vaquera que se había puesto. Se acercó hasta las puertas acristaladas que permitían el acceso al jardín y las abrió, pero no salió.

Álvaro, pendiente de todos sus movimientos, la observó, se pasó la mano por el cabello despeinándose en el camino y soltó el aire que retenía.

—¿Quieres beber algo? —se animó a preguntar, buscando alargar la noche.

Ella se volvió y movió la cabeza afirmativamente.

—Una copa de vino blanco estaría bien.

Álvaro asintió, se deshizo de su chaqueta de pana, quedándose con la camiseta de manga corta negra que llevaba metida por el vaquero de azul piedra, y desapareció por la escalera que conducía a la bodega.

La mujer suspiró, abrazó su propio cuerpo no porque tuviera frío sino por temor a que sus manos cobraran vida propia y acabaran abrazando a su pareja. La tarde estaba convirtiéndose casi en...

—Un suplicio —dijo en voz alta.

No era que no se lo estuviera pasando bien, todo lo contrario. Estaba disfrutando como hacía años que no lo hacía, desde que se había ido del lado de Álvaro, a pesar de los silencios, a pesar del temor de sacar un tema controvertido que pusiera en peligro lo que estaban compartiendo. Y ahí estaba el problema... Álvaro.

Desde que había mantenido la conversación telefónica con su amiga Pepi, donde se había dado cuenta que los sentimientos por su marido no se habían esfumado, su mundo se había trastocado.

Ya sabía que no le había olvidado...

—Un amor como el que yo sentí por él, es complicado olvidar —reconoció en voz alta.

Se llevó las manos al cabello que en esa ocasión se lo había peinado con una coleta alta y devolvió su atención al jardín.

—Pero creía que mi corazón había sanado... —Descendió una de las manos hasta el lugar donde latía el músculo con fuerza.

—¿Estás bien? —se preocupó Álvaro por ella nada más aparecer en el salón, sorprendiéndola.

Se giró, enlazó sus manos delante de su cuerpo y se acercó hasta él, quien le ofrecía la copa de vino.

—Creo que sí.

Este asintió, conforme con su respuesta, sin querer indagar más por temor a escuchar algo que su corazón prefería ignorar.

Movió la mano invitándola a sentarse en uno de los sofás beis y ella no dudó en hacerlo, pero Álvaro continuó de pie.

Se acercó hasta las puertas del jardín y miró el cielo estrellado. Bebió de su vaso de whisky y esperó a que el silencio los envolviera. Se estaba acostumbrando a él. Desde que se había reencontrado con Daniela, les acompañaba como un tercer amigo incansable, atento y pendiente de cada uno de sus movimientos. Un silencio que, como la relación que mantenía con su mujer, también había cambiado.

Al principio era opresor y tirante, robándoles hasta la respiración para que no cometieran ninguna insensatez. Ahora... Ahora ese silencio se había transformado en cómodo y amistoso, con una pizca de tensión. A Álvaro solo le quedaba descubrir qué significa esa tensión.

—Tenemos que hablar —expuso sin mirarla.

Ella suspiró, dejó la copa sobre la superficie de la pequeña mesa y se levantó.

—No estropeemos... —los señaló—, esto. Sea lo que sea «esto».

Álvaro se acercó hasta el respaldo de unos de los sillones y apoyó una mano en él, mientras bebía del vaso como si necesitara coger fuerzas.

—Tampoco sé lo que es «esto» —imitó los movimientos de ella—, y aunque no quiero ser yo el malo de la película, alguien debe dar ese paso.

Daniela enfrentó su mirada y negó.

—No es el momento.

El ruido del vaso de Álvaro estrellándose contra la pared cercana reverberó en la casa.

—Nunca es el momento para ti, Daniela —espetó a media voz buscando los ojos negros que le rehuían.

No había elevado la voz pero no lo necesitaba. El color de sus iris se había tornado

más oscuro y la energía que emanaba de su cuerpo estaba funcionando como un imán gigante, buscando atraer a su pareja. A ella.

Un escalofrío recorrió el cuerpo femenino. Daniela se abrazó a sí misma y negó con la cabeza.

—Creo que será mejor que suba a mi dormitorio...

—Nuestro dormitorio —recalcó con voz grave.

No pudo mantener su mirada. Observó las manos masculinas que, apoyadas en el sofá, mostraban la presión que estaba experimentando el cuerpo masculino.

—Álvaro... —La miró esperanzado—. Descansa.

Sin esperar respuesta alguna, abandonó el salón sintiendo los ojos azules fijos en su espalda.

Este golpeó el sofá con fuerza en cuanto Daniela desapareció de su vista, gritó de impotencia y observó los restos del vaso roto en el suelo. Se sentó en el respaldo del sillón, cruzó los brazos y dejó que su atención se perdiera por la oscuridad del jardín. Tenía que tranquilizarse. Debía tranquilizarse...

Pero su corazón no quería seguir los dictados de su cabeza.

—Esta vez no te vas a escapar con tanta facilidad, Dani —señaló en voz alta y salió en pos de su mujer.

Subió las escaleras de dos en dos, llegó al pasillo oscuro que comunicaba los dormitorios y fue directo hasta la puerta que escondía su objetivo.

Apoyó la mano sobre la superficie lisa con la respiración agitada y contó hasta tres.

—Álvaro, debes tranquilizarte —se aconsejó de nuevo—. Puedes perderla.

Posó la cabeza en la puerta y suspiró. No sabía qué hacer.

Dejó que sus dedos pasaran con libertad por las diferentes vetas de la madera y los recuerdos de la tarde que había compartido con Daniela resurgieron en su cabeza vívidamente.

—Dos años... Dos años sin ella. —Gruñó—. Han sido un infierno.

Abrió la puerta con fuerza, golpeando la pared, y se adentró en el dormitorio que llevaba sin visitar desde que ella se marchó. Un solo haz de luz iluminaba la estancia proveniente del cuarto de baño.

El ruido sorprendió a Daniela que salió del servicio extrañada. Se había quitado ya los vaqueros y solo vestía con la blusa azul entreabierta. Su cabello caía libre por la

espalda, atrayendo la poca luz artificial.

Dejó su mirada fija en el recién llegado sin poder emitir ninguna palabra.

Álvaro la observó en silencio, nervioso. Se llevó una mano hasta la nuca, mientras los dedos de la otra se estiraban y doblaban. Estaba quieto, como una estatua griega, en mitad de la habitación, sin saber qué hacer.

—Álvaro...

Este elevó una de sus manos silenciándola.

—No, ahora no Daniela. No seré capaz de controlarme si dices algo —señaló con voz grave—. Creo que he sido paciente, muy paciente...

—Pero...

—¡Dos! —gritó acallándola. Levantó el dedo índice y corazón de su mano derecha para dar énfasis a sus palabras, y avanzó unos pocos pasos hasta ella—. Dos años lejos de ti, sin pedirte explicaciones, sin...

—¿Por qué?! —le preguntó subiendo el tono mientras también se acercaba a él—. ¿Por qué? —repitió mostrando todos los sentimientos que la ahogaban.

Álvaro parpadeó sin comprender, gruñó de impotencia y atrapó el rostro femenino con sus manos.

—Porque tú me lo pediste...

Ella le golpeó con fuerza y dejó que sus lágrimas corrieran por su cara con libertad.

—¿Por qué? —musitó a media voz.

Limpió el agua salada de sus mejillas con los dedos, queriendo hacer desaparecer el dolor que sentía su esposa en ese momento.

—Daniela, yo... —No tenía palabras.

Acarició el labio femenino con su pulgar. Ella sacó su lengua para saborearlo.

Sus miradas se encontraron.

Álvaro gruñó y la besó.

Daniela le correspondió con el mismo ardor.

Las manos femeninas se agarraron a la camiseta negra con necesidad, atrayéndolo hasta su cuerpo con desesperación.

Él descendió sus manos por el delicado cuello, hasta acabar en la parte delantera de la blusa a medio abrir y dejó que sus dedos se adentraran por dentro de la tela. Dibujaron el

contorno del sujetador y subió hasta los tirantes, rememorando lo que la piel de ella le hacía sentir.

Sin abandonar su boca, sin dejar de saborearla.

Las manos femeninas se aventuraron por el interior de la camiseta negra con desesperación. Subieron hasta los hombros, donde las uñas se clavaron con ansiedad en la piel morena.

Él tiró de la blusa con fuerza, dejándola sin coraza artificial, solo en ropa interior. El sujetador negro a juego con las braguitas, resaltaba aún más las curvas femeninas, brillando según le daba la luz del cuarto de baño. Una deidad viviente que le robaba el alma a Álvaro.

Posó sus manos sobre el trasero redondeado y la elevó por encima del suelo, para llevarla hasta la cama donde la tiró sin delicadeza.

Daniela solo emitió un grito de sorpresa.

El hombre se deshizo de la camiseta sin ceremonias, se desabrochó el vaquero y se lo quitó junto a los calzoncillos, dejando visible la necesidad que tenía de ella.

Daniela se quitó el sujetador y las braguitas al mismo tiempo, y se tumbó en la cama esperándole.

Expuesta, libre y ansiosa.

Este se tumbó encima de ella, posando sus brazos a cada lado del cuerpo femenino. Le acarició las mejillas, dejó que sus dedos dibujaran cada una de las líneas de su rostro y atrapó su boca con fervor.

Ella le necesitaba. Su cuerpo clamaba por él.

Elevó sus caderas y abrazó al hombre con las piernas, invitándole a que la saciara, que la amara, que la hiciera suya de nuevo.

Álvaro no lo dudó. Había sido mucho tiempo añorándola.

Atrapó su erección con una mano temblorosa y la penetró, emitiendo un gemido gutural que le salió de las entrañas.

Estaba en casa...

Daniela atrapó su rostro y enfrentó su mirada.

Estaba en su hogar...

Las miradas fijas, reencontrándose... Los ojos celestes perdidos en los negros mientras sus caderas comenzaban a moverse y su miembro entraba y salía de ella con

fuertes estocadas.

Las manos de Daniela descendieron por la ancha espalda hasta posarse en su trasero, hincó las uñas en su tersa piel y le conminó a que aumentara el ritmo.

Las embestidas crecieron.

El cuerpo femenino se arqueó buscando un mayor contacto.

Álvaro atrapó uno de los pechos femeninos con ferocidad, arrancándole a su dueña un grito que él silenció con un nuevo beso.

Los gemidos se sucedieron, las caricias crecieron y las respiraciones se aceleraron.

La velocidad aumentó. La fricción se incrementó.

Los dedos masculinos comenzaron a jugar con el enhiesto pezón, provocando que su dueña implorara y demandara más atención.

Álvaro atrapó con los dientes el labio inferior de ella. La mujer respondió gruñendo, succionando su lengua y un pasional beso se repitió.

Una nueva estocada.

Una nueva embestida.

Las uñas femeninas se marcaron en su espalda.

Álvaro emitió un gutural gemido.

Daniela suspiró saciada.

Y el silencio reapareció de nuevo.

Sus miradas se reencontraron.

Álvaro apartó el cabello húmedo del rostro femenino con delicadeza, le dio un dulce beso en el cuello y se dejó caer al lado de ella boca arriba, sin fuerzas.

Daniela se hizo un ovillo y se acercó al que todavía era su marido.

Capítulo 24

La luz del sol entraba por la cristalera con libertad dando la bienvenida a un nuevo día.

Daniela reticente abrió los ojos y miró el blanco techo de la habitación. Retuvo su respiración e intentó no mover ningún músculo. Pasados unos segundos, en los que confirmó que se encontraba sola en el dormitorio, se levantó de la cama y cubrió su desnudez con la sábana que tenía más cerca. Se escondió en el cuarto de baño y bajo la ducha, con el agua ardiendo, rememoró lo ocurrido la pasada noche.

El beso que había provocado que acabaran acostándose. Las caricias, las miradas compartidas y las sensaciones que llevaron a que, cuando sus cuerpos se recobraron, volvieran a unirse en más de una nueva ocasión como si intentaran recuperar el tiempo perdido.

El amanecer les dio la bienvenida y un último éxtasis les llevó a caer rendidos en brazos de Morfeo.

Salió de la ducha y se envolvió con una toalla, mientras intentaba quitar el vaho impreso en el espejo. En cuanto su imagen se reflejó en la superficie lisa, observó su rostro donde una sonrisa esperanzada no la abandonaba. Llevó los dedos hasta sus labios y los acarició, recordando los besos de su marido, aquellos que había añorado sin ser consciente. Dejó que la mano descendiera por su cuello con lentitud, imitando el recorrido de la boca de Álvaro, cuando el timbre de la puerta interrumpió sus movimientos.

Salió del cuarto de baño y se dirigió a la puerta de la habitación que abrió con sigilo. La voz de Víctor le llegó con claridad, acompañada de la risa de su marido y del incremento del pulso de su corazón.

—No ha ido al trabajo —susurró siendo consciente de los nervios que acababan de aparecer en su estómago.

Cerró la puerta y observó el estado de la cama.

—¿Ahora qué hago?

—Buenos días —saludó nada más llegar a la cocina.

Víctor se rio y le dio un beso en la mejilla.

—Más bien tardes, dormilona.

Cuando por fin había asumido que esconderse en el dormitorio no era una opción, se había vestido con unas mallas moradas y una camiseta de manga larga ancha, que llevaba en su parte delantera un gatito con gafas de sol rosa y un lazo en una de sus orejas puntiagudas. Algo nerviosa, había descendido las escaleras y cuando apareció por la puerta de la cocina, la mirada azul la recorrió de arriba abajo provocando que miles de mariposas revolotearan en su estómago.

—Ha tenido una noche... —Álvaro dudó— movidita.

Daniela sintió cómo sus mejillas se calentaban mientras Álvaro no apartaba sus ojos de ella.

Víctor le pasó un brazo por los hombros y le dio un beso en la frente.

—¿Te encuentras mal? Fiebre no tienes —dijo preocupado.

Álvaro sonrió y Daniela le sacó la lengua.

—Sí, estoy bien. Gracias. —Se acercó al frigorífico y abrió la puerta, deseando desaparecer en su interior.

De pronto sintió cómo la agarraban de la cintura, consiguiendo que su corazón diera un salto mortal, y observó cómo una mano pasaba por encima de ella para atrapar el zumo.

—¿Quieres café? —le preguntó al oído.

Daniela asintió muda, mientras su corazón se volvía loco. A este paso terminaría en Urgencias.

—Seguro que estás bien, Dani —se interesó Víctor otra vez—. Parece que tengas frío. No paras de temblar.

Álvaro le apretó la cintura y se alejó de su lado para prepararle el café.

La mujer expulsó el aire que retenía y cerró la puerta, para a continuación observar a su amigo con cara de póker.

—Sí, seguro —confirmó y se sentó en uno de los taburetes, cerca de él.

—No hace falta que te hagas la dura —le señaló—. Si prefieres acostarte, ya pediremos algo de comer.

Esta le miró sin comprender para devolver su atención a Álvaro que acababa de ponerle una taza de café delante.

—Víctor, no te preocupes. Daniela se encuentra muy bien —indicó observándola—. Fue idea suya lo de la comida.

Cada vez estaba más perdida. No tenía ni idea de lo que hablaban.

—Perdonad...

El timbre de la puerta la interrumpió.

—Voy yo —Víctor se ofreció, desapareciendo de la cocina con rapidez.

Daniela observó a su marido quien no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué sucede? —le interrogó.

Se acercó hasta ella y le acarició la mejilla.

—He pensado que podríamos preparar una comida para nuestros amigos.

—¿Y ellos creen que es idea mía?

Este asintió.

—Se me ocurrió de repente y como tú —Le pasó los dedos por los labios, provocándola miles de sensaciones—, estabas dormida.

Daniela sintió de nuevo cómo su cara ardía.

—¿Y por qué pensaste que sería una buena idea?

Acercó su rostro al de ella y enfrentó sus miradas. Unos pocos centímetros les separaba, provocando que sus respiraciones se enredaran.

Daniela deseó que la besara, sentir su sabor de nuevo.

—Pensé que así estarías más cómoda...

Observó el brillo que había en los ojos azules y descendió su atención hasta la boca masculina. La respiración de ambos se aceleró.

Fue a implorarle que la besara cuando escuchó las voces de Víctor y Pepi.

—Gracias —susurró.

Él le guiñó un ojo y se alejó de ella justo cuando sus invitados entraban en la habitación.

—Traigo una sorpresa —anunció Pepi.

La mujer morena, que bebía del café sin apartar la mirada de su marido, se volvió en el taburete para ver a su amiga.

—¿Una sorpresa?

—Yo —dijo Cristina apareciendo por detrás de Víctor—. Si no hay inconvenientes.

Daniela se rio, abrazó a la mujer y dio un beso a Pepi.

—Todos sois bienvenidos aunque aún no me ha dado tiempo a preparar nada.

Pepi miró la hora en su reloj. Se quitó la chaqueta rosa y se deshizo del pañuelo multicolor que llevaba al cuello.

—¿Y se puede saber qué has estado haciendo hasta ahora?

—Dormir —contestó Víctor por ella.

La rubia la miró extrañada.

—¿Te encuentras bien?

Daniela se rio mientras movía la cabeza afirmativamente.

—Será mejor que os vayáis al salón mientras preparo la comida.

—Pero podemos ayudarte. —Cristina se ofreció colocándose las gafas que se habían deslizado por la nariz.

—No. Sois nuestros invitados por lo que marchaos y dejadme sola —dijo la mujer morena, sacando algunos alimentos del frigorífico.

—Venga que os pongo algo de beber mientras tanto —les invitó Álvaro llevándoles fuera de la cocina.

En cuanto Daniela sintió que se quedaba sola, apoyó sus manos en la encimera y observó el jardín. Necesitaba pensar en todo lo que estaba sucediendo, necesitaba tiempo para ella, sola...

Un beso en el cuello la sorprendió.

—¿Estás bien? —Álvaro se encontraba detrás de ella, haciéndole presente de su cercanía.

Asintió mientras atrapaba la mano de él, posada en su cadera.

—Necesito...

—No pienses —le susurró al oído—. Por favor Daniela, hoy no pienses.

Se giró y buscó la mirada masculina donde el ruego era tan presente. Llevó su mano a la mejilla sin rasurar y movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo.

El hombre le regaló una gran sonrisa.

—¡Álvaro! ¿Y esa bebida? —gritó Víctor desde el salón.

Daniela sonrió al escuchar a su amigo.

—Te reclaman.

Este gruñó.

—No sé si ha sido una buena idea invitarles a comer.

Daniela le acarició la cara.

—Ha sido idea tuya.

Atrapó la mano femenina y le dio un beso en la palma.

—Me estoy arrepintiendo.

—¡Álvaro! —Víctor le llamó de nuevo.

Daniela se rio.

—Vete...

Un beso interrumpió lo que fuera a decir robándole el aire. Se agarró a la camiseta que llevaba con ansiedad, no soltándose de ella cuando su marido acabó la caricia íntima.

Álvaro le apartó un mechón moreno de la cara.

—No sabes lo que me está costando no echarles de casa.

Daniela se rio.

—Si quieres lo hago yo.

Álvaro se puso serio de pronto e intentó alejarse de ella, pero esta tiró de su mano deteniéndole.

—No hagas tonterías.

—No es ninguna tontería pasar más tiempo con mi mujer —aseguró acariciándole el estómago por debajo de la tela.

Daniela sintió de nuevo el aleteo de las mariposas. Posó su mano en la mejilla masculina y enfrentó su mirada.

—Tendremos tiempo para estar solos.

—¿Me lo prometes? —le exigió con voz grave.

—¡Álvaro, la bebida! —Víctor volvió a llamar a su amigo.

—Te reclaman —señaló ella.

El hombre detuvo sus caricias cerca del encaje del sujetador, haciendo que su dueña contuviera la respiración. Avanzó unos pocos pasos, arrinconándola, pegando sus cuerpos y la miró.

—Promételo —repitió a media voz.

Daniela asintió.

—Te lo prometo.

Capítulo 25

No quisieron desaprovechar el buen día que hacía, a pesar del frío del otoño, por lo que decidieron comer en el jardín.

Entre Álvaro y Víctor sacaron fuera la mesa grande del salón. Pusieron un mantel amarillo que colgaba por los extremos y Pepi, con la ayuda de Cristina, colocó los platos, las copas y los cubiertos, como si se tratara de una comida de celebración. Y en cierta forma así era.

Álvaro sacó su mejor vino rosado para la ocasión, un Alta Vista de Malbec de la cosecha de 2008, de rico sabor, versátil y completo que era ideal para acompañar los espaguetis a la salsa Alfredo que Daniela había preparado.

Todos atacaron la comida con un hambre voraz, felicitando a la cocinera por su arte culinario.

—Como siempre te has superado —le indicó Pepi.

—Está buenísimo, Dani —Cristina confirmó.

—Yo quiero repetir —dijo Víctor, haciéndoles reír a todos.

Álvaro, que estaba sentado al lado de ella, atrapó su mano por debajo de la mesa y le acarició.

—Muy bueno.

Esta asintió agradecida, bebió del vino y sonrió a sus amigos.

—Y ahora me explicáis cómo habéis conseguido escaquearos del trabajo.

—Quizás hoy libraba —Víctor expuso con picardía.

Daniela se rio. Observó su vestimenta, una camisa azul y recordó la corbata y la americana que había dejado en el salón.

—No me vengas con tonterías. Tú solo vistes así —le señaló—, cuando te toca ir a la oficina. —Le conocía desde hacía muchos años y sabía que su amigo prefería la ropa cómoda cuando no estaba en horas de trabajo.

Le guiñó un ojo y miró a Álvaro.

—Cuando este llamó a la oficina diciendo que no se encontraba bien... No sé qué de que había cogido un virus, decidí llamarle y me invitó a la comida.

—Y parece que también se contagió —añadió Álvaro riendo.

Daniela observó a su marido.

—¿Has llamado diciendo que estabas malo? —Este movió la cabeza afirmativamente—. Les va a resultar raro porque nunca te pones enfermo.

Álvaro le dio un beso en la mano, delante de todos.

—Siempre hay una primera vez.

Las mejillas de Daniela se tizaron de rojo más por el beso que por sus palabras, dejando claro ante sus amigos que su relación había cambiado.

—Yo me he tomado la tarde libre. —Pepi atrajo la atención sobre ella, intentando que los presentes obviarán la muestra de cariño de la pareja.

—Y yo soy la jefa —indicó Cristina apartándose de la cara el cabello encrespado—. Desde que abrimos la empresa no me he cogido ni un día libre y en cambio mi socia, pocas son las veces que aparece por la oficina.

—¿Y quién es tu socia? —Víctor preguntó extrañado por el tono usado de la mujer.

Observó su enmarañado cabello, el vestido de cuadros verdes y amarillos que llevaba, y las gafas de montura plateada. No era muy atractiva y las pintas que llevaba no ayudaban a potenciar la belleza que pudiera esconder, pero tenía algo que le llamaba la atención y que provocaba que cada poco buscara los ojos color miel. Sabía que era amiga de Pepi y que tenía buena relación con Daniela, pero apenas habían cruzado un par de frases durante la comida.

—No sé si la conoces...

La risa de Daniela la interrumpió.

—La conoce muy bien, Cristina.

Víctor observó curioso a su amiga.

—No me dejes ahora con la duda.

Daniela se levantó de la mesa, recogió la fuente de comida vacía y soltó:

—Es Raquel.

—¿Raquel? —repitió—. ¿Nuestra Raquel? —Miró a Pepi que asintió con la cabeza, para devolver la atención a la mujer con gafas—. ¿Tú eres la socia de *Dulce y Salado*? ¿La torpe?

Cristina miró al hombre incrédula ante lo que acababa de decir.

—Perdona, ¿torpe?

—Víctor... —le llamó la atención Álvaro mientras recogía los platos utilizados en la comida y seguía a su esposa al interior de la casa.

El hombre parpadeó un par de veces, siendo consciente por primera vez de lo que había dicho.

—Perdona, perdona... No quise decir eso.

Cristina se colocó las gafas y se levantó de la mesa.

—Creo que necesito ir al cuarto de baño.

—Nada más entrar en la casa, la puerta que tienes enfrente —Pepi le indicó dónde se encontraba.

Cristina asintió, miró al hombre que tenía delante de ella con cierto resquemor en sus ojos y se marchó.

Víctor observó cómo se alejaba toda digna y pensó que acababa de vislumbrar a la verdadera mujer que se escondía debajo de esas ropas estafalarias, alguien que no le importaría descubrir.

—Te has pasado —le regañó Pepi, devolviéndole al presente.

Este la miró mientras se revolvía el cabello y suspiraba.

—Lo sé pero ha sido innato —confesó—. Raquel no para de llamarla así y se me ha escapado.

—Raquel es una víbora.

—Lo sé —confirmó.

—Y una simple disculpa no va a servir para que Cristina te perdone.

—¿Quién quiere postre? —preguntó Daniela interrumpiendo la conversación que la pareja mantenía.

Pepi se atusó el corto cabello y tiró de su blusa rosa que llevaba a juego con una gran falda lila.

—No sé, depende de lo que hayas hecho —dijo riendo, olvidando al hombre que había enfrente de ella.

—Seguro que Víctor no hará ascos a nada —señaló Álvaro mientras dejaba en el centro de la mesa la cafetera y se sentaba cerca de su amigo.

Este se levantó de la silla de improviso y anunció:

—Necesito ir al servicio. —Se marchó sin indicar nada más, olvidándose de la

comida para sorpresa de los allí presentes.

Tras pasó la puerta acristalada y siguió andando hasta detenerse delante del cuarto de baño. Se apoyó en la pared que había enfrente y esperó a que la ocupante del servicio saliera.

Cristina no tardó en aparecer, asustándose al ver al hombre esperándola.

—¿Qué quieres ahora? —le interrogó de malos modos y eso que se había prometido que le iba a ignorar.

En el rostro de Víctor nació una sonrisa lobuna.

—Disculparme pero puede que haya cambiado de opinión. —Avanzó unos pocos pasos obligándola a retroceder.

Ella apartó su mirada algo cohibida de los ojos grises, brevemente, pero inmediatamente recuperó la fuerza necesaria para enfrentarlos y avanzó un par de pasos encarándose a él.

—Ya te has disculpado. No hace falta que vuelvas a hacerlo.

La sonrisa de Víctor aumentó.

—¿Y si creo que puedo hacerlo mejor?

Cristina se quitó las gafas y limpió una mota imaginaria de los cristales, elevó su ceja con incredulidad cuando volvía a ponerse las lentes y le espetó:

—Es imposible.

Víctor escondió las manos en los bolsillos del pantalón, con miedo a que terminara abrazando a la mujer y fijó su mirada en los ojos color miel.

—Podría probar —susurró logrando que el cuerpo de la mujer temblara de expectación.

La conversación que mantenían se les estaba yendo de las manos y ambos eran muy conscientes de ello.

—Víctor creo que...

—Sí, Cristina —la interrumpió—. Yo también creo que...

El timbre de la puerta resonó en la casa sorprendiéndolos. La mujer miró por unos segundos los ojos grises y, con rapidez, huyó de su dueño.

Víctor se rio, llevó su mano hasta su cabello castaño y soltó el aire que retenía.

—Esto va a ser muy interesante —dijo en voz alta ya solo.

Capítulo 26

—Raquel, ¿qué haces aquí? —preguntó Álvaro nada más abrir la puerta del chalet.

La mujer rubia, embutida en un vestido gris que escondía debajo de un abrigo blanco y con unos zapatos de tacón de vértigo a juego, le sonrió.

—Papá me ha dicho que no te encontrabas bien y te he traído un caldo. —Enseñó el recipiente que llevaba en una mano.

Álvaro tomó el *tupper*.

—Gracias, eres muy amable.

La mujer asintió y le miró extrañada.

—¿No me invitas a entrar?

Álvaro se rascó la cabeza y reticente se apartó de la entrada.

—Sí, claro. Pasa.

Traspasó la puerta de la casa, dio un beso en la mejilla a su anfitrión y se quitó el abrigo.

—¿Estás mejor?

—Raquel, ¿qué haces aquí? —Víctor acababa de aparecer en el hall.

—¿Víctor? —Miró a los dos hombres, confusa—. ¿Qué haces aquí?

—Como Álvaro no se encontraba bien, he venido a verle. ¿Y tú?

La rubia se apartó el cabello que llevaba suelto del hombro.

—Igual que tú y le he traído un caldo —anunció de forma amable.

—¿Un caldo? —Álvaro le mostró a su amigo el recipiente de plástico que le había dado—. ¿Cocinas?

La mujer se llevó una mano a la garganta afectada.

—Pues claro que cocino pero como papá me avisó de que Álvaro no se encontraba bien cuando estaba en la calle Serrano, llamé a Dolores para que le preparara algo reconstituyente.

Víctor sonrió mientras se cruzaba de brazos.

—Por lo que ha sido nuestra querida Dolores la que ha cocinado, tu asistente.

Raquel enrojeció de indignación.

—Sí pero porque yo no podía.

El hombre se rio.

—Y mejor así porque de seguro que Álvaro podría empeorar si comiera algo preparado por ti.

—Oye...

—Víctor, por qué no acompañas a Raquel al jardín —Álvaro intervino antes de que esa conversación se les fuera de las manos.

El mencionado señaló detrás de él.

—¿Al jardín?

Álvaro movió la cabeza afirmativamente.

—Voy a dejar esto en la cocina —levantó el *tupper*— y ahora me reúno con vosotros.

Raquel observó a los dos hombres que actuaban de forma muy extraña, sin comprender.

—Claro —Víctor cedió a regañadientes—. Raquel, detrás de ti.

La mujer asintió y avanzó por la casa.

Víctor se retrajo un poco y miró a su amigo.

—Sabes que me vas a deber una muy grande —le anunció a media voz para que la recién llegada no le escuchara.

—No sé a qué te refieres —dijo Álvaro.

Víctor se carcajeó, atrayendo la atención de Raquel que estaba a punto de bajar los dos escalones que comunicaban con el salón.

—Víctor... —Raquel le llamó.

—Voy —indicó—. Ya hablaremos tú y yo, *amigo*. —Dio la espalda a Álvaro y se acercó hasta la mujer, agarrándola del brazo para acompañarla hasta el jardín.

El dueño de la casa desapareció por la cocina a la espera del terremoto que estaba a punto de suceder.

La pareja salió al jardín acallando la conversación de las mujeres que allí se encontraban.

Raquel apretó el brazo de Víctor al reconocerlas.

—¿Y vosotras qué hacéis aquí? —exigió saber a modo de saludo en cuanto estuvo cerca de ellas.

Víctor se separó de la rubia, y se sentó en una silla desde donde podría disfrutar del espectáculo.

Pepi miró a la recién llegada de arriba abajo dejando implícita en su inspección lo que sentía por ella y soltó sin controlar sus palabras:

—Somos invitadas, lo que me extrañaría mucho de ti.

Raquel observó a la mujer con cara de asco.

—Perdona, ¿te conozco?

—No pero estaba deseando encontrarme contigo para...

—Pepi, toma un trozo de bizcocho —la interrumpió Cristina—. Está riquísimo.

La dueña de *Suave Algodón* gruñó.

—Pero Cris...

La mujer de gafas la miró implorándole con los ojos que se callara.

Pepi cerró los ojos, contó hasta tres y tomó el plato que le ofrecía, mordiéndose la lengua para no decir lo que pensaba de su socia.

Raquel en ese momento se dio cuenta de que Cristina también estaba allí.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó de malos modos.

—Yo...

—La he invitado yo a comer —se adelantó Daniela—. Recuerda que esta sigue siendo mi casa y como creo que Álvaro te habrá puesto al día, he regresado.

La rubia, que seguía de pie mirando a las tres mujeres, torció el gesto ante el anuncio. Clavó sus ojos en el rostro de la mujer, su adversario, y echó el cabello que tenía sobre el brazo, hacia a la espalda.

—Entiendo —dijo sin más, sentándose en la única silla libre a sabiendas de que no era bien recibida a la mesa.

La puerta de la cocina se cerró de golpe. Los ojos negros de la mujer irradiaban furia, al igual que la tensión que reflejaba su cuerpo.

Álvaro, que estaba sentado en uno de los taburetes que rodeaban la isleta, la observó

en silencio.

—¿Qué hace ella aquí? —exigió saber intentando controlar su enfado.

—Ha traído un caldo.

Se llevó una mano hasta la cabeza, deshaciendo el peinado que tenía, dejando en libertad su cabello como la melena de una leona. Apretó los puños y se acercó hasta la isleta de la cocina, situándose enfrente de él.

—¿Un caldo? —Álvaro se encogió de hombros—. ¡Un caldo!

—Es lo que ha dicho, que como no me encontraba bien...

Daniela se rio.

—¡Pero si no sabe cocinar!

Él sonrió.

—Ha sido Dolores —señaló lo evidente.

La mujer se sentó en el taburete más lejano de él y dejó sus manos sobre la superficie verde. Esperó unos segundos sin apartar la mirada de Álvaro, calibrando el estado del hombre y el silencio volvió a resurgir entre ellos dos.

—No quiero que esté aquí.

—Daniela...

—No quiero que esté en esta casa. Hoy no —insistió acallándole.

Álvaro atrapó sus manos por la superficie de la isla.

—No puedo echarla así como así. Ha venido con su mejor intención y...

—Es la hija de tu jefe —terminó la frase por él.

Este asintió mientras le acariciaba las manos.

—Tienes que comprenderlo.

Daniela se levantó, alejándose de su contacto y se dirigió a la puerta.

—Lo comprendo. Siempre lo he entendido —señaló con voz dolida, agarrada al picaporte de la puerta, dándole la espalda—. El único que está ciego aquí y no entiende nada eres tú, Álvaro.

—Daniela...

—Tus invitados esperan las tazas para el café —indicó dejándole solo en la cocina.

Álvaro golpeó con el puño la superficie de mármol con fuerza.

—¡Joder!

Capítulo 27

El silencio le recibió nada más salir al jardín, junto a los gestos de disgusto de los allí reunidos. Dejó la bandeja con las tazas y el azúcar encima de la mesa, y buscó una silla vacía donde sentarse.

Comprobó que Daniela, parapetada a cada lado por Pepi y Cristina, se negaba a mirarle. Víctor se encogió de hombros cuando cruzaron las miradas y le sonrió resignado, y Raquel, la causante de toda esta situación, se observaba las uñas rojas cada poco tiempo alternando con miradas asesinas dirigidas al grupo de mujeres.

Tomó la única silla que había vacía y se sentó entre Cristina y Raquel, pensando que por lo menos así haría de barrera fronteriza por si comenzaba algún tipo de batalla campal y, al estar enfrente de Daniela, podría obligarla a prestarle atención.

Pasaron los segundos, los minutos y ninguno de los presentes habló.

Álvaro le hizo un gesto a su amigo, animándole a que dijera o hiciera algo que rompiera el hielo. Este se llevó su mano a la cabeza, despeinándose el cabello, mostrando el estado en el que se encontraba y resopló.

—¿Me pasáis un trozo de bizcocho? —solicitó a nadie en concreto.

Cristina se levantó y le acercó la bandeja con el postre.

—Sírvete tú mismo —le indicó de forma brusca.

Álvaro miró a la mujer y luego a Víctor, y elevó una de sus cejas interrogante, algo confuso por el intercambio de palabras entre la pareja.

Víctor se encogió de hombros, cortó el bizcocho y sin plato, se lo llevó a la boca.

—Está buenísimo —dijo con la boca llena.

Raquel le dio en la pierna.

—No seas maleducado. No se habla con la boca llena.

Este miró a la mujer y le sonrió mostrando los dientes llenos de trozos de chocolate.

—Es que está buenísimo —repitió.

Raquel emitió un grito de asco y el resto se rio.

Daniela miró a su marido y le sonrió, siendo correspondida inmediatamente por un guiño de este que le hizo suspirar. Se levantó y comenzó a servir los cafés entre sus invitados.

—Raquel, ¿quieres café?

La mujer rubia asintió y tomó la taza que le ofrecía.

—Ya que estamos todos aquí reunidos quería aprovechar para proponer algo.

Pepi la miró con cara de pocos amigos y siguió bebiendo el café. Cristina la observó temiendo lo que fuera a decir y Víctor puso los ojos en blanco.

Daniela enfrentó la mirada de su marido y movió la boca, musitando solo para él que no podía con ella.

Álvaro le sonrió, se apartó el flequillo de la cara y suspiró.

—¿Qué has pensado, Raquel?

La rubia se atusó el cabello y le hizo ojitos mientras le atrapaba las manos.

Daniela gruñó ante sus actos y Pepi dejó la taza de forma brusca sobre la mesa, derramando parte del café.

—Álvaro, estaría genial hacer una cena en tu casa.

—¿Por qué razón? —Víctor preguntó sin ganas.

La rubia le miró por encima del hombro para devolver la atención al dueño de la vivienda.

—Podríamos invitar a los socios del bufete de papá y a los clientes más influyentes.

—No tengo tiempo para preparar cenas. —Álvaro indicó alejándose de su contacto.

Daniela sonrió ante la respuesta de su marido.

Raquel observó la cara de la mujer morena y rechinó los dientes.

—Pero querido, sería la excusa idónea para que *Dulce y Salado* se diera a conocer entre más gente.

—Ya hicimos un *catering* para el despacho de tu padre, Raquel —le señaló su socia, recibiendo una mirada de odio ante su intervención.

La rubia se levantó de su asiento, se recolocó el vestido atrayendo la atención de los presentes y se acercó al árbol con paso lento.

—Cristina, lo que hicimos fue más bien una pequeña reunión para los trabajadores de mi padre... del bufete —se corrigió.

Víctor se rio.

—¿Pequeña reunión? Me gustaría saber a qué llamas tú entonces «tomar el té».

La mujer de gafas se rio por lo bajo ante ese comentario, recibiendo un sonido desagradable por parte de Raquel.

—Mira Cristinita...

—Raquel, dinos qué pretendes —Víctor la interrumpió de forma ruda, impidiendo que le dijera a su socia algún comentario malintencionado.

La mujer del vestido de cuadros le observó con otros ojos por primera vez.

Raquel se llevó una mano al corazón y miró al hombre sorprendida. No eran amigos, eso lo sabía muy bien, y aunque muchas veces había tenido que aguantar sus bromas e indirectas por Álvaro, era la primera vez que usaba ese tono para dirigirse a ella.

—Raquel... —la llamó el dueño de la casa—, explícate.

Esta se apartó su melena rubia del hombro muy dignamente y le sonrió.

—He hablado con papá y cree que podríamos celebrar una cena para relacionarnos con los posibles clientes o los que ya tiene el despacho, en otro ambiente más distendido.

—¿Ya lo has hablado con tu padre? —le preguntó Álvaro.

Esta asintió haciendo un mohín con la boca.

—Le he dicho que como me iba a acercar a verte porque no te encontrabas bien, podía convencerte de utilizar tu casa para llevarlo a cabo. —El tono de voz usado dejaba patente que no se creía nada lo de su malestar.

El hombre se levantó de su asiento y la encaró.

—¿Qué piensa él de todo esto?

—Pues que su hija es muy lista.

Pepi gruñó ante esa afirmación.

—Demasiado «lista» —masculló recibiendo un codazo de Daniela para que se callara.

Cristina sonrió al ver a las dos.

Raquel prefirió ignorarlas.

—Podría hacerse cargo *Dulce y Salado*, y así no tendrías que preocuparte de nada.

Álvaro la observó asombrado de las artimañas que usaba para conseguir siempre lo que quería. Desvió la atención hacia su mujer y retuvo su mirada por unos segundos, dudando qué hacer.

—Pero nosotras no tenemos el personal adecuado para organizar una cena de ese

estilo —advirtió Cristina.

Raquel miró a su socia con cara de pocos amigos, observó a Álvaro que no quitaba ojo a Daniela y por primera vez, desde hacía bastantes años, temió no conseguir lo que quería.

—Mira, Raquel...

—Podemos contratar los servicios de Daniela en la cocina —señaló, interrumpiendo a Álvaro—. Ella necesita dinero y nosotras su ayuda. Siempre que pueda con el trabajo, claro. —Miró a la mujer con cara inocente.

—Raquel, no es buena idea... —continuó el hombre.

—Puedo hacerlo —soltó Daniela de pronto—. Puedo encargarme de ello.

—Dani, no tienes por qué hacerlo —le reclamó su amiga Pepi.

—No hace falta. Si Raquel quiere realizar la dichosa cena, buscaré a otra persona —apuntó Cristina, aún a sabiendas de que acabaría discutiendo con su socia.

Daniela comenzó a recoger la vajilla que quedaba encima de la mesa y que habían utilizado para la comida. Miró a Raquel con las manos ocupadas y después a su marido.

—Como bien ha dicho Raquel, necesito el dinero —recalcó—. Cristina contad conmigo. Ya me pondrás al día de los detalles.

—Daniela... —le llamó su marido pero esta ya se alejaba de la mesa con dirección a la cocina.

—Raquel, esta vez te has pasado —la regañó Víctor.

Esta le miró con una sonrisa.

—No sé a qué te refieres. Hay que organizar una cena que tu jefe ha dado el visto bueno y tu amiga —señaló el lugar por el que se había marchado Daniela— necesita trabajar. Me tendríais que dar las gracias.

Pepi se levantó de golpe tirando la silla en su camino.

—Mira, guapa...

—Raquel, creo que deberías irte —la invitó Álvaro sorprendiéndola—. Ya has cumplido por hoy.

—Pero papá...

—Dile que ya estoy mejor y que mañana iré a trabajar. Hablaremos de la dichosa cena mañana.

Raquel asintió, se acercó hasta él y atrapó uno de sus brazos.

—¿Me acompañas?

—Será lo mejor —respondió tirando de ella hacia la salida.

Pepi miró anonadada a la pareja y devolvió la atención a los que seguían sentados alrededor de la mesa.

—Es insufrible —dijo en voz alta—. No sé cómo la aguantáis.

Víctor se repantingó en la silla y miró a las dos mujeres.

—Ya nos queda poco.

—¿Cómo? —preguntó a bocajarro la dueña de la droguería.

El hombre las sonrió.

—Álvaro prefiere que sea una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —repitió Cristina.

—Una sorpresa —susurró y le regaló una lenta sonrisa que le hizo temblar.

Capítulo 28

Tras la marcha de Raquel, el ambiente se enrareció. Ninguno tenía ganas para más fiestas por lo que prefirieron irse a sus casas o acudir a otros compromisos, dejando solos a Álvaro y Daniela.

En silencio acabaron de recoger la mesa. Mientras Daniela metía lo utilizado en la comida dentro del lavavajillas y acababa de limpiar la cocina, Álvaro desapareció en su despacho, situado en la planta de abajo de la casa, con la excusa de revisar si le había llegado algún correo electrónico importante.

Ninguno habló de lo que habían vivido.

Ninguno habló de Raquel.

En cuanto acabó de recoger, Daniela se dirigió al salón, se tumbó en uno de los sofás y tapándose con una manta buscó entretenerse con alguno de los programas que emitían a esa hora en la televisión.

Las caricias de Álvaro la despertaron.

—Te has quedado dormida —le susurró.

La mujer le regaló una sonrisa soñolienta.

—¿Qué hora es?

—Tarde —le indicó sin despegar sus dedos del cabello moreno.

Daniela, sin pensar, acomodó la cabeza encima de la pierna de su marido y disfrutó de sus caricias.

Álvaro, sin apartar los ojos de su mujer, se deleitó con el contacto, con el roce de sus dedos en el largo cabello, con ella...

—He echado de menos esto —confesó a media voz pasados unos segundos.

Daniela abrió los ojos y le miró.

—Yo también.

Le brindó una sonrisa, descendió con lentitud la cabeza y le robó un dulce beso con intención de terminar con rapidez pero Daniela se lo impidió. Esta atrapó su nuca y le obligó a repetir la caricia, profundizando aún más en ella. Los labios se enredaron, las lenguas se reencontraron y la pasión nació.

Las manos de Álvaro descendieron hasta los pechos femeninos, y esta se arqueó recibéndolas con un gutural gemido.

—Dani...

Ella sonrió, se levantó con rapidez y se sentó a horcajadas encima del hombre. Se abalanzó sobre su boca sin darle tiempo a reaccionar y sus manos se adentraron por debajo de la camiseta, sintiendo el tacto de su piel.

Álvaro se deshizo de la sudadera con el dibujo del gatito, tirándola al suelo, dejando visible el sujetador rojo que llevaba. Buscó el corchete del sostén que simulaba una cárcel de encaje y transparencias, aprisionando los turgentes senos femeninos que le volvían loco. Lo desabrochó con rapidez, dejándolos libres, reclamando su atención.

Las manos masculinas se cernieron sobre las voluptuosas cumbres rosadas, prodigándoles tiernas caricias, mientras su dueña incrementaba sus movimientos al sentir como el pene crecía ante la fricción de los dos cuerpos.

El calor creció, los sonidos roncós aumentaron y las respiraciones comenzaron una danza acorde con las sensaciones que compartían la pareja.

Álvaro gruñó, levantó a la mujer de encima de él sin previo aviso y la tumbó en el sofá. Se apartó el cabello del rostro y la miró, deleitándose con lo que contemplaba.

—Si sigues por ese camino terminaré como un adolescente con las hormonas desbocadas.

Ella se rio.

—Pues remediémoslo —señaló quitándose las mallas y las bragas que llevaba, quedándose expuesta ante él.

Álvaro la imitó y se tumbó encima de ella atrapando su boca con un salvaje beso mientras las piernas femeninas le rodeaban buscando un mayor contacto, una mayor intimidad.

Arqueó la espalda y el calor de su pubis atrajo el miembro de su amante que, con una estocada muy profunda, acabó adentrándose dentro de ella, arrancándole un grito de satisfacción.

Los movimientos de la pareja se detuvieron por unos segundos y sus miradas se reencontraron.

Daniela dibujó la pequeña cicatriz que tenía en el pómulo izquierdo y le miró.

Álvaro acarició la rosada mejilla de su mujer, sus labios, apreciando la suavidad de la piel.

Daniela sonrió y abrió la boca sacando la punta de la lengua, rozando levemente el dedo del hombre, atrayéndolo, llamándolo como un canto de sirena, hasta que tiró de él hacia el interior de su boca. Sus caderas se elevaron y el pene erecto comenzó a moverse al son de ellas, imitando el movimiento de su boca, entrando y saliendo de la humedad del cuerpo femenino.

Los movimientos pélvicos aumentaron.

Las manos de Daniela se deslizaron por la espalda de Álvaro, realizando dibujos inconexos, hasta posarse en el trasero masculino animándole a que incrementara el ritmo.

Álvaro atrapó uno de los pezones que coronaban los turgentes pechos, y comenzó una deliciosa tortura a base de caricias hasta que decidió que prefería saborear la piel de su amante. Descendió la boca hasta la corona rosada y lamió el pezón una vez, provocando que Daniela gimiera de satisfacción. Observó a su amada con una sonrisa pícaro y volvió a saborear la cima puntiaguda, al mismo tiempo que el cuerpo femenino se encorvaba. Emitió un fuerte gruñido y se metió el pecho en la boca, donde comenzó a succionar, a jugar con la lengua, a saborear la salinidad de la piel al mismo ritmo que crecían los suspiros y gemidos de su dueña.

Trasladó la mano hasta donde sus cuerpos se unían y con delicadeza acarició el pequeño botón que sabía que proporcionaría a Daniela aún más placer.

El tamaño de su pene había aumentado, la dureza había crecido y el roce con las paredes vaginales, intensificaba el goce de ambos.

Los movimientos fueron aumentando. Los gemidos se incrementaron.

Las uñas de Daniela se clavaron en los hombros masculinos.

Álvaro le mordió en el cuello.

Una nueva embestida, una nueva estocada...

Un grito, un gemido, una mirada pasional y un tsunami de sensaciones desbordaron a la pareja.

Capítulo 29

Ese miércoles había decidido visitar a su padre. Álvaro le había dejado las llaves de su coche, insistiéndole en que no había problemas para que lo usara para trasladarse hasta la residencia, ya que él iría en moto hasta la oficina.

La noche la había pasado entre sus brazos, como si ambos tuvieran que recuperar el tiempo perdido. Saciando su pasión, recordando lo que sentían con las caricias, los besos y los suspiros del otro.

Cuando las fuerzas de la pareja llegaron a su fin y sus cuerpos cedieron al cansancio, descubrieron que el sueño se les resistía.

Álvaro no paraba de acariciar su cabello y ella, sin alejarse de su cuerpo, permitiendo que la abrazara, dejó que sus ojos se perdieran por el mapa estelar que asomaba por la puerta abierta de la terraza.

La mañana la sorprendió sola en la cama.

Su marido había tenido que irse a la oficina, dejándole las llaves del automóvil en la cocina junto a una nota donde le indicaba que la vería por la noche.

Sin ningún signo de cariño.

Después de ducharse, intentando no demorarse mucho debajo del agua para evitar que el roce del líquido en su piel le recordara las caricias de Álvaro, se vistió y salió de la casa con dirección a la residencia de su padre.

Sentada cómodamente en el Audi Q7 negro, con la radio puesta en su emisora favorita, tomó la carretera de La Coruña con dirección a Madrid no encontrando mucho tráfico en su camino.

Iba tamborileando el volante con los dedos o tarareando algunas de las canciones que escuchaba, cuando el presentador cambió de tercio musical y anunció la última canción del grupo Funambulista en colaboración con Antonio Orozco.

El título ya la descolocó por completo: *Quiero que vuelvas*.

Fue como un jarro de agua fría.

Su alegría se esfumó y las lágrimas se le escaparon de los ojos. Su instinto le obligó a apagar la radio con velocidad pero el daño ya estaba hecho. La letra había calado en su corazón, reflejándose en ella.

Detuvo el todoterreno en la primera gasolinera que se encontró en su camino y apoyó

la cabeza en el volante mientras dejaba que el agua salada corriera con libertad por su rostro.

Hace mucho tiempo...

—Daniela, no puedes irte —le señaló su marido en la cocina.

La mujer miró las maletas que tenía en el hall, y que se veían desde el sitio en el que se encontraba, y observó a su marido.

—Ya lo hemos hablado. —Se llevó la mano hasta el puente de la nariz. Comenzaba a dolerle la cabeza—. Necesitamos tiempo...

—Tú necesitas tiempo —le interrumpió señalándola, intentando mantener el control—. Tú eres quién habló. No me has explicado nada. Solo que necesitas tiempo.

Daniela dejó caer sus brazos inertes y expulsó el aire que retenía.

—Álvaro, necesito estar lejos de aquí. Alejarme de esto, de todo lo que me rodea...

—Y de mí.

Enfrentaron sus miradas, midiéndose, sin levantar la voz, manteniendo una conversación «educada», como si el mundo de ambos no se estuviera derrumbando en esos momentos.

—Daniela —insistió—, sé que lo del niño ha sido duro pero podemos ir a más especialistas, comprobar si hay otros diagnósticos.

—Sí, ha sido duro para mí —espetó seca—, y por ese motivo no quiero pasar por más pruebas que confirmen ese resultado.

Álvaro golpeó con el puño la puerta de uno de los armarios de la cocina provocando el tintineo de los vasos que se escondían tras ella. Tomó aire un par de veces, se apartó el cabello de la cara y miró de nuevo a su esposa.

—¿Dónde irás?

—He alquilado un pequeño estudio enfrente de la escuela donde trabajo. Con mi sueldo puedo permitirme un alquiler.

Los dientes del hombre rechinaron.

—Puedes quedarte aquí —señaló lo que les rodeaba—. Yo me iré a un hotel o con Víctor.

Ella negó.

—Lo hemos hablado —insistió—. Soy yo la que se quiere alejar de esto. Es mejor que sea yo la que me vaya.

Álvaro avanzó un par de pasos intentando acercarse a ella, pero esta retrocedió, por lo que se detuvo.

—¿Cuánto tiempo? —interrogó resignado.

Daniela miró a su alrededor.

—No lo sé todavía —dudó—. Es complicado...

—¿Me avisarás cuando quieras regresar?

Ella asintió al mismo tiempo que el sonido de un claxon le avisaba de que acababa de llegar el taxi que había pedido.

—Tengo que irme.

—Podría llevarte yo...

—No —le cortó—. Ya está aquí el taxi. Gracias.

—Te ayudo con las maletas. —Se acercó hasta ellas y las tomó.

—No hace falta.

Álvaro la miró con el rostro tenso.

—Las llevo yo —repitió.

Daniela asintió reticente y le siguió hasta el vehículo blanco, donde el chófer esperaba con la puerta del maletero abierta. Le ayudó a meter las maletas en el interior del coche y los dejó solos para despedirse.

Con la puerta trasera abierta, sin saber muy bien qué decir, Daniela observó a su marido expectante. Agarró la puerta del taxi con fuerza, intentando que su cuerpo no la delatara y terminara abrazando a Álvaro, mientras soportaba el martilleo constante de su corazón en el pecho.

Él se apartó una vez más el flequillo de la cara, nervioso, y se acercó hasta su mujer con temor, por si le rechazaba. Posó su mano en el pómulos femenino y se aproximó con lentitud hasta ella para darle un beso, que en el último momento decidió darle en la mejilla.

—Te esperaré —le susurró en el oído.

Daniela no habló. Se metió en el vehículo y desapareció.

La mujer observó su reflejo en el espejo retrovisor del Audi, intentó limpiarse la cara con un pañuelo de papel, que había cogido de la guantera del vehículo, con pocos resultados, y fijó de nuevo su atención en esos ojos tristes que la miraban.

—La culpa la tienes tú, Daniela —se dijo a sí misma—. Debiste hablar con él, confiar en Álvaro, en tu marido...

El claxon de un camión la asustó devolviéndola al lugar en el que se encontraba. Miró el trajín de vehículos que paraban a repostar en la gasolinera, las personas que entraban y salían de la cafetería, prestando especial atención a una familia con dos niños que se dirigía a un monovolumen rojo. Las risas le llegaron con claridad y sintió cómo una nueva lágrima se deslizaba por su mejilla; la apartó con desgana con la mano y cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir, la familia ya había desaparecido. Daniela suspiró y buscó de nuevo sus ojos en el espejo interior del vehículo.

—Dos años, Dani, por tu cabezonería.

Un reflejo dorado se le cruzó en el espejo. Miró hacia atrás y comprobó que una joven con el pelo rubio salía de un Mercedes último modelo que había aparcado detrás de ella. Observó a la mujer y achicó los ojos. Golpeó el volante con fuerza y arrancó el motor, dejando su mirada clavada en sus ojos negros por unos segundos.

—¡Ja! Mi cabezonería... —repitió con sorna—. Raquel —escupió en voz alta, retomando su camino con dirección a la residencia mientras enfadada consigo misma se aconsejaba no hablarse de nuevo en voz alta por si alguien la veía y decidía ingresarla en un manicomio.

Capítulo 30

El Audi negro pasó por debajo del arco de piedra que daba entrada a la residencia en la que se encontraba su padre. Llevó el coche por el camino de grava hasta detenerlo casi en la puerta principal. Tomó su bolso, donde guardó las llaves del automóvil nada más salir de este, y observó el edificio de tres plantas que se había construido en mitad del campo. Lejos de la contaminación perenne de la capital, la naturaleza le rodeaba, no hallándose muy lejos del municipio al que pertenecía, un pequeño pueblo de apenas cinco mil habitantes, dentro de la Comunidad de Madrid.

El silencio era una constante en ese lugar, solo interrumpido por el canto de los pájaros que había por la zona o las conversaciones de los ancianos sentados en los bancos que rodeaban el establecimiento o paseaban aprovechando el buen tiempo.

Se agarró la trenza que se había hecho y retorció los mechones que quedaban libres. Tenía ganas de ver a su padre pero no sabía en qué estado se lo iba a encontrar esa mañana, y eso le daba miedo.

Observó la estela blanca que dejó un avión en el cielo y cuadró los hombros, mientras se alejaba del todoterreno.

Saludó a las personas que se cruzaba en su camino, deteniéndose de vez en cuando con alguno de ellos, cuando intentaban alargar la conversación más allá de un simple saludo.

En cuanto traspasó la puerta acristalada, la sonrisa de la recepcionista la recibió.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

Daniela se quitó el cardigan gris, quedándose solo con el jersey azul que llevaba a juego con los vaqueros y sus deportivas moradas.

—Vengo a ver a Manuel...

—¡Daniela! —le llamó una enfermera algo regordeta, vestida con una bata y unos zuecos blancos, que salía del comedor, interrumpiéndola—. Me alegro mucho de verte.

—Vicenta, buenos días. —Sonrió—. ¿Cómo está mi padre?

La mujer le golpeó en el hombro con cariño y se dirigió a la chica joven que las observaba desde detrás del mostrador de la recepción.

—Julia, ya me encargo yo. —Esta asintió conforme mientras respondía al teléfono que comenzaba a sonar en ese instante—. Bien, bien... —Tiró de Daniela hacia los

ascensores—. Manuel tiene un buen día hoy.

Dani suspiró y se relajó sin darse cuenta.

—Sienta bien escuchar eso.

La enfermera le regaló una comprensiva sonrisa y se adentró en el interior del elevador.

—Lo vas a ver tú misma —señaló, animándola a seguirla mientras pulsaba el botón de la primera planta—. Está en el aula, con el resto de sus compañeros del taller.

Daniela miró extrañada a la mujer.

—¿Del taller?

Las puertas del ascensor se abrieron permitiendo que ambas mujeres se adentraran por un pasillo luminoso donde diferentes acuarelas colgaban de las paredes.

—Ha comenzado un taller de estimulación cognitiva. Estos cursos sirven para ralentizar los procesos de deterioro a nivel cognitivo y por extensión el resto de las capacidades motoras y sensoriales.

Daniela asintió ante lo que la enfermera le explicaba.

—¿Y qué tal?

Vicenta la miró y sonrió.

—Compruébalo tú misma. —Cruzó una puerta abierta y desapareció por una nueva habitación.

Daniela no tardó en seguirla, sorprendiéndose con lo que la recibió.

Los rayos solares entraban con libertad por las ventanas ofreciendo luminosidad al interior de la clase. Una sala enorme de paredes blancas decoradas con cuadros y láminas donde se plasmaban diferentes técnicas de dibujo. Los caballetes de madera, arrinconados en una de las esquinas de la habitación, esperaban a sus alumnos, junto a taburetes de diferentes alturas.

En el otro lado de la sala había pupitres verdes donde descansaban unos diez ordenadores apagados en ese momento, que aunque no eran de última generación, de seguro que cumplían a la perfección su función.

Y, en el centro de la habitación, había cuatro enormes mesas rectangulares, que se habían juntado formando una única superficie lisa de madera blanca, donde la actividad del aula se llevaba a cabo en esos instantes.

Allí se encontraba su padre, sentado junto a un grupo de no más de seis personas, que

rondaban su misma edad, pendientes de lo que una joven pelirroja les decía.

—Es Claudia —le indicó Vicenta—. Es la encargada del taller.

Daniela movió la cabeza afirmativamente sin desviar la atención de su padre que no se había percatado todavía de su presencia.

Se fijó que algunos de sus compañeros tenían delante de ellos piezas de diferentes colores, similares a los juegos de los niños con los que construyen edificios o lo que su imaginación les lleva a crear, y otros, como Manuel, levantaban unas piezas de cartón que tenían delante, para averiguar qué objeto dibujado se escondía debajo de las mismas, buscando su pareja.

—Acerquémonos —le sugirió la enfermera—. Le va a hacer mucha ilusión verte.

Daniela asintió de nuevo y la siguió sin apartar la vista de su padre.

—Manuel...

Este desvió la atención de las piezas y las miró. De inmediato apareció una gran sonrisa en su rostro y un brillo de reconocimiento en sus ojos verdes.

—Daniela...

Esta le dio un dulce beso en la mejilla y le enfrentó la mirada.

—¿Cómo estás?

El hombre palmeó su mejilla con cariño.

—Bien.

—Podéis salir fuera, al jardín, y dar una vuelta —les animó Vicenta.

—¿Te apetece? —preguntó Daniela.

El hombre mayor asintió, se levantó de la silla y se agarró del brazo de su hija.

—Caballeros, señoras... —se dirigió al resto de alumnos del taller—, por hoy les abandono. Mi hija ha venido a verme. —Sus compañeros asintieron con una enorme sonrisa, mientras ellos se alejaban.

Cogieron el mismo ascensor que había utilizado Daniela para subir a esa planta y salieron por la puerta de la recepción al exterior, siendo recibidos por un leve aire frío.

—Quizás sea mejor dejar el paseo para otro día. —Daniela comentó cuando pensó que el chándal gris con el que vestía su padre podía no ser suficiente abrigo.

Manuel palmeó la mano que tenía atrapada y negó.

—Tranquila, esta brisa no acabará conmigo.

La mujer sonrió al escucharle, casi sonaba como siempre y por unos instantes quiso creer que no estaba enfermo.

—¿Qué tal te tratan? —se interesó.

Manuel observó las flores que crecían a la espalda de la residencia y devolvió la atención a su acompañante.

—Bien. Esto es muy tranquilo y nos cuidan muy bien.

—¿Y la comida?

El hombre se rio siendo acompañado de inmediato por la risa de ella. Le acarició la mano y siguieron andando.

—Es difícil que se pueda comparar a tu cocina pero lo intentan.

Daniela le observó con curiosidad ante ese «lo intentan».

—Esto... Papá... —Él la miró—. ¿No estarás haciendo de las tuyas en el menú?

Manuel sonrió.

—Bueno, les he sugerido algunos cambios y parece que los están siguiendo.

Se rio mientras le daba un beso.

—Te quiero.

—Y yo a ti, hija. —La miró por unos segundos para a continuación tirar de ella hasta el borde del camino. Se agachó cerca de unas hierbas verdes y las arrancó con la raíz—. Menta, le vendrá genial a la cocinera para esta noche.

Ella se rio de nuevo pero no tardó en acompañarle, cortando las hierbas aromáticas.

—¿Y Álvaro? —le preguntó de pronto sorprendiéndola, cuando regresaban a la residencia.

Daniela suspiró.

—En el trabajo.

—Me dijo que vendría contigo.

Le miró extrañada.

—¿Cuándo?

—Hace unos días —respondió como si fuera lo más normal del mundo que acudiera a verle su yerno.

—Papá... —Detuvo su paseo, parándole.

—¿Qué, hija?

—¿Álvaro, ha venido más veces a verte?

—Claro. ¿Por qué no debería hacerlo?

Daniela negó con la cabeza y cuando su padre tiró de ella, se movió de nuevo.

—Por nada.

—Sabes hija —esta le miró—, no sé por qué te fuiste de su lado...

—Papá, no...

—No —la interrumpió enfrentando su mirada—. Esta vez vas a escuchar a este viejo.

—Tú no eres viejo.

Manuel le acarició la mejilla y le dio un beso.

—Y tú no sabes mentir.

—Papá...

Este chistó acallándola como si fuera una niña pequeña.

—Deja que te diga lo que pienso, luego puedes hacer con ello lo que quieras.

Daniela asintió agarrándole las manos.

—De acuerdo.

—No sé por qué te fuiste de su lado —repitió—, aunque deduzco que fue un cúmulo de muchas cosas donde la víbora esa...

Ella se rio.

—Raquel —le corrigió.

—La víbora esa tuvo mucho que ver en todo ello —prosiguió—. Pero tu orgullo... —dudó—, tu cabezonería por no querer hablar las cosas cuando debes haber ido anquilosando todo.

—Yo no soy cabezota —replicó de morros.

Manuel se carcajeó.

—Lo eres —insistió—. Tú y el cabezota de tu marido. Si hablarais en vez de callar, todo esto se habría solucionado hacía mucho tiempo.

—Es complicado.

Le acarició de nuevo el rostro con dulzura.

—Lo complicado es dar el primer paso, las soluciones vendrán solas. En esta vida todo tiene solución, excepto la muerte y quizás, algún día, hasta eso, lo tenga con los avances médicos que se producen. —Daniela sonrió ante el mismo dicho que llevaba escuchando desde niña—. Álvaro te quiere...

—A veces no es suficiente.

—Si dejas que lo sea, siempre será suficiente.

Daniela le dio un beso y volvió a atrapar su brazo para dirigirse a la puerta de la residencia.

—Lo pensaré.

Manuel le acarició la mano y asintió.

—Pero no tardes otros dos años porque al final la víbora ganará.

Capítulo 31

—¿Cómo estás? —le preguntó Feli en cuanto apareció en la cocina.

Daniela dejó los platos en el fregadero y observó a su amigo. Tenía programada la cena de esa noche en la web desde hacía bastantes días y aunque no le apetecía mucho celebrarla, al final Feli le había animado insistiéndole en que así se distraería.

El grupo era agradable. Habían acudido los asiduos de sus cenas, como el joven Miguel y José, el marido de Feli, y tres chicas nuevas que habían añadido un punto cómico a la velada y que insistían en que se apuntarían sin dudarlo de nuevo en cuanto Daniela organizara otra comida.

La comida había consistido en un risotto de calabaza que había sorprendido por su cremosidad a los invitados y se había atrevido a ofrecerles pollo al limón, al estilo chino, recibiendo alabanzas por su receta al ser muy similar al que se servía en los restaurantes. Todo acompañado de una nueva botella de vino Sangiovese de la bodega de Álvaro, de origen italiano.

Tras la cena tocaba el postre, una sorpresa que no había querido desvelar a los reunidos en el jardín, dejándoles expectantes mientras conversaban sobre el último escándalo político que había saltado en los telediarios.

—Estoy —contestó a la pregunta de su amigo con una sonrisa resignada.

El hombre se acercó hasta uno de los taburetes y apoyó los brazos en la isleta. Vestido con una camisa amarilla y unos vaqueros negros, Daniela podría jurar que era la primera vez que le veía más comedido en su vestimenta.

—He hablado con Pepi...

La risa de la mujer le interrumpió.

—Vosotros dos sois unas cotillas.

Su amigo le guiñó un ojo.

—Nos preocupamos por ti —confesó.

Daniela se acercó hasta la isleta y atrapó una de las manos del hombre.

—Lo sé.

Feli le acarició la mano.

—Aunque no quita que nos gusta chismorrear de la última novedad.

Estallaron en sendas carcajadas.

Daniela se acercó hasta la nevera y sacó de su interior el tiramisú que había preparado. Lo dejó delante de Feli y le señaló con el dedo índice.

—Ni se te ocurra probarlo.

El hombre puso cara de inocente.

—No lo había pensado.

Ella se rio.

—Seguro.

Le dio la espalda para sacar los platos pequeños de la alacena y los dejó al lado del tiramisú, golpeando con rapidez la mano de Feli en cuanto tuvo las suyas libres, para evitar que metiera el dedo en el postre.

—¿Qué te he dicho?

El hombre se quitó las gafas para limpiar los cristales y le puso morros.

—La culpa es tuya por haberme dejado la tentación delante. —Dani suspiró y se sentó enfrente de él—. ¿Y Álvaro?

—¿Álvaro? —le extrañó que preguntara por su marido ahora, después de llevar en la casa varias horas sin haberlo mencionado.

—Hablando de tentación...

Resopló y apoyó su cara en la mano, mirando a su amigo.

—¿Qué te ha contado exactamente Pepi?

Feli levantó las cejas y movió las manos.

—¿Tú qué crees?

Puso los ojos en blanco.

—Álvaro tenía trabajo y vendrá más tarde —aclaró.

Feli asintió y esperó unos segundos pero al ver que no continuaba hablando insistió:

—Y...

—¿Y?

El hombre se rio y atrapó su mano.

—¿Qué tal estáis?

Ella encogió uno de sus hombros.

—Bueno, la química sigue existiendo...

Feli se rio.

—Ya lo he visto. —Ella enarcó una de sus cejas—. Niña no me mires asustada. La pasada noche, cuando lo conocí, se percibía la tensión sexual entre vosotros dos y solo observar cómo te miraba Álvaro... —Movié la mano con velocidad—. ¡Mamacita linda! Ojalá me mirara José así a mí.

Las mejillas de Daniela enrojecieron.

—Pero eso no es suficiente —se defendió.

Feli la miró con ternura.

—No puedes negar que le sigues queriendo.

Reticente Dani movió la cabeza afirmativamente.

—Pero Álvaro...

El hombre se acercó a ella, le colocó el cuello de su blusa rosa y le dio un beso en la mejilla.

—Ese hombre te sigue amando como el primer día. —Le colocó uno de los machones morenos detrás de la oreja—. Solo tenéis que hablar...

El sonido de las llaves en la puerta de la entrada interrumpió la conversación de la pareja. Al poco Álvaro apareció ante ellos.

—Hola, ¿queda algo de comida? Estoy muerto de hambre.

Daniela observó el aspecto de su marido. Con la corbata colgando a ambos lados del cuello, la camisa azul por fuera del pantalón negro de pinzas, y la chaqueta en la misma mano en la que llevaba el maletín.

—¿Un día duro?

Álvaro resopló y se adentró en la cocina, sentándose en uno de los taburetes.

—Un poco.

Feli miró a la pareja y se sentó al lado del recién llegado con una sonrisa.

—Ahora que has llegado puede que nos ayudes a aclarar una duda que teníamos.

El dueño de la casa miró extrañado al amigo de Daniela.

—Lo intentaré.

—Feli... —La mujer se acercó hasta los dos hombres—, no molestes a Álvaro que está cansado.

—No pasa nada, Daniela —indicó su marido.

El hombre de gafas mostró una enorme sonrisa.

—Ves como no le importa.

Ella les miró a los dos con temor, sin saber muy bien cómo impedir que su amigo mencionara algo de lo que habían hablado hacía unos instantes.

—Álvaro, ¿por qué no subes y te das una ducha? —se dirigió a su marido, le ayudó a levantarse de su asiento y le acompañó hasta la puerta de la cocina—. Te recaliento la cena y cuando estés más descansado, bajas al jardín y te reúnes con todos.

Su marido la miró confuso.

—Espera a que Feli me diga...

—No, no... —le cortó y le dio un beso en la mejilla donde comenzaba a aparecer algo de barba, dejándole todavía más sorprendido por su comportamiento—. Luego, cuando bajes, ya hablas con Feli.

El hombre con el flequillo morado guiñó un ojo a Álvaro.

—No te preocupes. Luego me resuelves la duda.

Este asintió y desapareció por las escaleras.

Daniela se volvió hacia su amigo con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Qué pretendías?

Sonrió como si no hubiera roto ningún plato.

—Hablar.

—¿Hablar? —repitió dirigiéndose al frigorífico de dónde sacó los restos de la cena.

Feli se encogió de hombros y siguió sus movimientos.

—Necesitáis hablar y si ninguno de los dos os atrevéis a romper el hielo, lo puedo hacer yo.

—Todo a su tiempo —señaló ella mientras tomaba un plato y lo metía en el microondas con un poco de risotto y pollo para recalentarlo.

Su amigo se rio.

—¿Más todavía?

Daniela gruñó al recordar que su padre esa mañana también le había dicho algo parecido.

—Es complicado...

—¿Por la víbora?

La mujer se giró y le enfrentó.

—¿Tú también?

Feli se rio.

—No tengo el gusto de conocerla y como Pepi no para de llamarla así... —Puso cara inocente.

Se rio mientras se quitaba una arruga imaginaria del pantalón beis de vestir que se había puesto esa noche.

—Raquel es parte importante en este rompecabezas —confesó.

—Niña, un consejo —dijo—: dale una patada en su redondeado culo, porque de seguro que tendrá un trasero respingón, y échala de tu casa de una vez.

Daniela se rio al imaginar la escena.

—El sábado tengo que organizar una cena para ella.

—¡¡¿¿Qué??!!

La mujer asintió.

—¿No te ha contado nada Pepi? —Este negó con la cabeza—. Bueno, más bien es para el despacho de abogados de su padre.

—Donde trabaja Álvaro —precisó buscando la confirmación de su amiga que no tardó en mover la cabeza afirmativamente—. ¿Cómo te has metido en ese lío?

Daniela se sentó en un taburete y le miró resignada.

—En realidad no lo sé.

Feli atrapó su barbilla y buscó su mirada.

—Dani, tienes que cancelarla. De esa cena no puede salir nada bueno —Ella negó—. Seguro que podrán encontrar a otra persona para que cocine...

—No puedo —interrumpió—. El dinero me viene bien y...

—¿Y Álvaro?

Ella le miró sin comprender.

—¿Qué pasa con él? —En ese momento sonó el timbre del microondas y se levantó para sacar el plato.

—¿Qué piensa de todo esto?

Se encogió de hombros.

—Nada pero no tiene por qué opinar, es mi vida y hago con ella lo que quiera.

Feli se acercó hasta ella, posó sus manos en los hombros femeninos y la miró.

—Sí, es tu vida. Sí, eres libre de hacer con ella lo que quieras, nadie lo niega, pero esa cena es una trampa mortal para ti. —Ella fue a decir algo pero la silenció poniendo uno de sus dedos sobre sus labios—. Acuérdate del *catering* en el Casino de Madrid.

—Eso fue distinto.

Chasqueó la lengua.

—Te encontraste con Álvaro y sabes, todos sabemos —recalcó— que esa víbora lo organizó.

Dani se apartó el cabello de la cara y asintió reticente.

—Tienes razón.

—Claro que tengo razón —insistió—. Esa mujer está tramando algo.

Daniela cogió el plato con la comida y una copa limpia.

—Y si...

—¿Y si? —él repitió animándola.

La mujer morena sonrió a su amigo.

—¿Y si trastocamos sus planes?

Capítulo 32

La mañana del sábado sorprendió a Daniela en la cocina. Se había despertado casi de madrugada para preparar algunos de los productos que iba a necesitar para la cena de esa noche. Estaba amasando lo que luego se convertiría en un delicioso pan casero cuando los brazos de Álvaro atraparon su cintura y sintió cómo le daba un tierno beso en el cuello.

—¿Has descansado algo?

—Un poco —respondió sin despegar las manos de la masa de pan.

—Daniela... —dudó por unos segundos—, ¿sabes que puedes negarte a hacer este trabajo, verdad?

La mujer se movió alejándose del contacto de él y se lavó las manos en el fregadero para mirarle a continuación.

—Ya es tarde.

Álvaro atrapó sus manos mojadas.

—No es tarde. Raquel puede encontrar a otra persona que te sustituya.

Esta se rio.

—¿Raquel? Me extraña —señaló cogiendo un trapo para secarse las manos, alejándose de su contacto—. Quizás Cristina...

—Pues Cristina, su socia, seguro que podría encontrar a otra cocinera.

—Me he comprometido con este trabajo y voy a cumplir —sentenció.

Álvaro se llevó una mano a su cabeza y resopló.

—Sabes que si necesitas dinero...

Tiró el trapo encima de la encimera y buscó sus ojos.

—No es por dinero —contestó.

—¿Entonces por qué has aceptado? —interrogó extrañado—. En la comida dijiste que te vendría bien el trabajo.

Daniela se apartó los mechones de la cara que se le habían soltado del recogido.

—Yo no lo dije, fue tu querida Raquel.

El hombre arrugó el ceño y se sentó en uno de los taburetes sin apartar la mirada de ella.

—Mira Dani, no te entiendo y lo peor de todo esto es que lo poco que habíamos avanzado tú y yo, en nuestra relación, según nos hemos ido acercando a este día... —titubeó—, lo estamos perdiendo.

Ella se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

—¿Hablas de acostarnos juntos? —Él movió la cabeza afirmativamente—. ¿Para ti eso es acercamiento?

—Daniela...

—No, Álvaro —le cortó, se acercó hasta él y enfrentó su mirada azul—. Eso no es acercamiento, eso es necesidad. Nosotros siempre hemos tenido buena química, siempre hemos... —dudó— follado muy bien pero eso está muy lejos de recuperar lo que una vez tú y yo tuvimos.

Se levantó del taburete de improviso y la tomó del brazo.

—Creo que no me merezco que me hables así.

Ella se rio.

—Estoy aquí porque me chantajeaste —susurró.

—Eso es mentira.

—Me dijiste que para poder ayudar a mi padre debía regresar a esta casa —insistió.

Álvaro tensó la mandíbula.

—Te lo ofrecí antes de decirte eso.

Asintió confirmando sus palabras.

—Sí, es verdad pero cuando te exigí que fuera yo la que decidiera sobre la residencia y que fuera la primera en estar informada sobre su estado, quisiste sacar algún beneficio de nuestro trato. Siempre ha sido así contigo. Siempre has de ganar tú.

El hombre soltó el aire que retenía.

—Aprecio mucho a tu padre y siempre te ayudaré en lo que respecta a él, nunca habrá condiciones con respecto a ello.

Daniela dio dos pasos hacia atrás, quedando libre del agarre.

—Entonces... ¿por qué me exigiste que regresara a esta casa?

Álvaro dejó sus ojos fijos en su cara por unos segundos, descendió por su cuerpo con lentitud, deteniéndose en los pechos femeninos que escondidos tras una de sus camisas resaltaban, y continuó con su inspección hasta las piernas desnudas.

El timbre de la puerta resonó por la casa.

—Para follar —sentenció dejándola sola en la cocina.

Capítulo 33

Todo el día había sido una locura. De aquí para allá, entre cazuelas y sartenes, salsas, harinas y especias aromáticas.

Al final para la cena se había decidido por un cóctel de bienvenida a base de una gelatina de champán, un cóctel granizado de ginebra y sandía, junto a diferentes vinos y refrescos que acompañaban a la tradicional bandeja de mariscos o embutidos variados que no solían fallar, e innovaba con vasitos de verduras crudas y diferentes canapés a base de patés ibéricos, setas, aguacate y humus.

En el jardín se colocaron dos grandes mesas rectangulares donde se situaron las bandejas de alimentos fríos con ensaladas variadas y en la otra los productos calientes que mantenían su temperatura con pequeñas piedras de asar portátiles o infiernillos que situaron por debajo de ellas. Había cortado pequeños dados de solomillos en su punto, acompañados de diferentes salsas de queso, nata o pimienta, y verduras o patatas a elección de los invitados.

Una mesa más pequeña, situada en uno de los extremos del jardín, era la obra maestra de Daniela. Destacaban bandejas de diferentes tamaños donde pequeños tarros llenos de chucherías daban color a la cena; en el centro, una fuente grande de chocolate en funcionamiento atraía todas las miradas y cerca de ella, dos bandejas con pinchos de frutas variadas esperaban ser escogidos por los asistentes.

De la decoración del jardín se había encargado Cristina quien había acudido a la casa a primera hora de la mañana, nerviosa por la cena de esa noche. Había traído distintas guirnaldas de luces y de farolillos redondeados, del mismo color, que había colocado, gracias a la ayuda de Álvaro, por la zona en que tendría lugar la fiesta.

El sitio había quedado precioso como si estuvieran ante una postal o una fotografía de esas que muestran un momento feliz para recordar con posterioridad.

Pero ni eso era un momento feliz para Daniela ni algo que quisiera recordar en un futuro.

Del servicio se encargaban los empleados de *Dulce y Salado* con los que ya trabajó Daniela en el Casino de Madrid; Luis, César y las dos chicas que conoció aquel día, junto a algunos camareros más que había tenido que contratar Cristina para el acto, quien se había visto sola para organizar un evento de esas dimensiones.

Raquel, como siempre, había desaparecido.

—No entiendo cómo trabajas con ella —le dijo Daniela cuando comenzaron a llegar los invitados y los camareros se pusieron en movimiento.

Cristina se quitó las gafas y se llevó la mano hasta el puente de la nariz.

—Es largo de contar.

La mujer morena le apartó el cabello de la cara. Lo llevaba suelto, algo encrespado por la humedad de la zona, y vestía con un pantalón ancho oscuro, y un blusón del mismo tono que no le favorecía para nada. Su silueta desaparecía entre las diferentes capas de tela.

—Cuando quieras o necesites hablar de ello, estaré aquí.

Esta se volvió a poner las gafas y asintió.

—¿No te vas a cambiar? —se interesó mirándola de arriba abajo.

La cocinera llevaba unas mallas negras que se había puesto en cuanto la dueña de *Dulce y Salado* había aparecido en su casa interrumpiendo la conversación que mantenían Álvaro y ella, y seguía con la camisa de este que se había puesto nada más salir de la cama y que había tenido que doblar las mangas para que no entorpecieran su trabajo. A lo largo del día podía haber subido a su habitación para cambiarse pero le gustaba el aroma de su marido, y esa camisa olía a él.

—Quería quedarme por aquí por si necesitabas ayuda.

—¿No pensarías también salir ahí afuera para llevar las bandejas?

Daniela asintió.

—Esa era mi intención. Necesitáis ayuda...

—Ni hablar —la cortó—. Ya has trabajado lo suficiente. Has estado cocinando todo el día y parte de la noche...

—¿Cómo sabes eso? —No recordaba que se lo hubiera contado.

Cristina se cruzó de brazos y la miró.

—¿Me vas a contradecir? —Daniela negó con la cabeza—. Sube a tu habitación, date una larga ducha y cuando te veas con ánimos, si te ves con ganas, arréglate y baja a disfrutar de la fiesta.

—¿Ha sido Álvaro?

La mujer de gafas resopló.

—Sí, me ha contado que apenas has dormido. Está preocupado por ti.

—¡Ja!

—Dani, mira —atrapó su mano—, no sé lo que ese hombre te habrá hecho en el pasado pero desde que lo conozco, es lo que he visto. Se preocupa por ti y eso, hoy en día, es un gran tesoro. Las personas en general son muy egoístas y tener cerca a alguien que esté pendiente de tu estado, a tu lado, que te quiera... Deberías estar agradecida porque más de uno lo querría para él.

Expulsó el aire que retenía en su interior y se apartó de la cara los mechones morenos que se habían soltado de su recogido. Su corazón sabía que Cristina tenía razón pero su cabeza se negaba a ver la realidad.

—Es todo teatro —señaló con tristeza.

Cristina le limpió una lágrima que se le había escapado sin darse cuenta.

—Pues tendrían que darle un premio porque la forma en que te mira, en que sigue cada uno de tus movimientos o está pendiente de cada una de tus palabras es de Óscar. Ojalá encontrara yo a un hombre que me quisiera la mitad de lo que te quiere a ti, Álvaro.

Daniela miró a la mujer que se había convertido en poco tiempo en una gran amiga.

—Seguro que encontrarás a esa persona pronto Cris.

Ella se subió las gafas que se habían resbalado de la nariz y le guiñó un ojo.

—No estamos hablando de mí. Sube arriba y despéjate. Yo me encargo de este sarao —indicó justo cuando entraban dos camareros para dejar un par de bandejas vacías y salían con otras dos llenas de bebida.

—Pero no sé si tendré ganas de volver a bajar.

Cristina la empujó por la espalda, sacándola de la cocina, y la llevó hasta las escaleras que conducían al piso de arriba.

—Haz lo que te apetezca pero sería una lástima que ya que el otro día fuiste a la peluquería con Pepi, no te lucieras un poco.

Daniela subió un par de escalones y se rio.

—No sé qué voy a hacer con Pepi, Feli y contigo.

La mujer sonrió.

—No sé a qué te refieres pero si me metes en el mismo grupo que esos dos, incluso me siento halagada.

—Sois unos chismosos —señaló riéndose.

Cristina señaló con el dedo la planta de arriba.

—Nos preocupamos por ti.

Capítulo 34

Hizo lo que Cristina le había aconsejado.

Disfrutó con tranquilidad de la ducha de agua caliente y cuando salió, envuelta en una toalla, se tumbó en la enorme cama del dormitorio.

Su intención había sido descansar por unos minutos pero se quedó dormida sin darse cuenta hasta que la melodía del móvil la despertó. Se giró en la cama y se arrastró sobre el colchón como si su cuerpo pesara una tonelada, atrapando el teléfono antes de que la persona que estaba al otro lado de la línea colgara.

—¿Dónde estás?

—En la cama —respondió a su amiga Pepi—. ¿Dónde estás tú que se escucha mucho ruido de fondo?

La rubia se rio.

—En tu casa.

Daniela se irguió sobre la cama.

—¿Aquí?

—Claro —confirmó—. Feli me contó lo de tu plan maquiavélico y no quería perdérmelo.

—¿Y Feli?

—Niña, baja ahora mismo que te estás perdiendo una gran fiesta —dijo su amigo de pronto, contestando a su pregunta.

Daniela se rio.

—¿Han venido todos?

Pepi se carcajeó de nuevo.

—Todos y alguno más —confirmó—. Pero como no bajas pronto, Rebeca puede que termine con lo poco que hay en pie.

—¿Qué quieres decir?

—No sabemos ya la de veces que se ha tropezado con las mesas y la preciosa fuente de chocolate peligró.

Esta se rio al imaginar a la joven, que acudía a sus cenas, tirando la mesa de los

postres.

—Bajo ya mismo.

—Te esperamos —añadió Feli de fondo.

Dejó el móvil en la mesilla y se acercó hasta la terraza para comprobar en primera persona si su plan funcionaba.

Debajo de ella la fiesta estaba en su mayor apogeo. Los clientes del bufete y el personal del despacho, vestidos con sus mejores galas observaban al resto de personas que iban de un lado a otro, probando la comida, riendo o conversando entre ellas.

Daniela sonrió al reconocer a Miguel, el amante de las películas de Star Wars, como conversaba con María y Ruth, las dos chicas jóvenes que acudieron a su casa hacía ya algo más de una semana y con las que había congeniado tan bien.

Rebeca, de la que le había hablado Pepi recordándole la facilidad que tenía para atraer los accidentes, estaba cerca de la mesa de postres, charlando con Alicia y Ramón, un matrimonio fanático de todo lo relacionado con el mundo de Harry Potter. De hecho, habían acudido con sus mejores galas para la cena, vistiendo con la toga de Hogwarts y la bufanda de Gryffindor. Y si la vista de Daniela no le fallaba, juraría que detrás de Ramón había un par de escobas. Era un matrimonio muy peculiar pero a los que apreciaba mucho porque habían sido de los primeros en confiar en ella y en sus cenas.

Lejos de ellos y más cerca de los clientes del bufete del padre de Raquel, había un grupo de hombres de gran tamaño, vestidos con camisetas de manga corta que se le pegaban al cuerpo y en vaqueros. Supo enseguida de quiénes se trataban. Vio al pelirrojo que la llamaba todos los sábados para que les preparara la comida que se tomarían después de cada partido de rugby. No había venido todo el equipo pero sí había un gran número de jugadores entre los asistentes. Con jarras de cerveza de las que bebían cada poco, mantenían una exaltada conversación que por las miradas que atraían del grupo que había cerca de ellos, no era apropiada para oídos refinados.

Feli y Pepi estaban cerca de la mesa de las ensaladas, charlando animadamente, sin perder de vista nada de lo que ocurría a su alrededor. Vestidos con sus mejores ropas, reían y hablaban, comiendo cada poco de sus platos no fuera que sus mandíbulas se olvidaran de hacer ejercicio.

Daniela les sonrió con aprecio desde su posición privilegiada.

Su plan estaba funcionando a las mil maravillas, solo esperaba que a Raquel no le diera un ataque al ver como su fiesta y sus clientes más selectos compartían espacio y comida con sus invitados.

Le debía una y muy gorda después de todos los años que llevaba aguantando sus desplantes, y más después de la encerrona que le organizó en el Casino de Madrid al presentarse del brazo de Álvaro. Solo esperaba que por lo menos se le agriara la noche.

Buscó la melena dorada entre los invitados pero no la encontró. No debía haber llegado todavía. De seguro que esperaba aparecer más tarde, para ser el foco de atención, y Daniela no pensaba perderse su llegada. Quería verle la cara.

Iba a meterse en el interior de la habitación para arreglarse cuando reconoció a Álvaro que, al contrario de sus compañeros del bufete, no iba vestido con un traje de chaqueta, ni llevaba corbata. En esta ocasión vestía con un pantalón negro y una camisa blanca que acentuaba su piel morena. Se encontraba al lado de Víctor quien también vestía de manera informal, con un vaquero azul y un polo verde, y de José, el marido de Feli. Los tres mantenían una intensa conversación donde la voz cantante la llevaba Álvaro mientras José escuchaba con mucha atención y Víctor comía verduras, al mismo tiempo que su mirada se iba de vez en cuando tras los pasos de Cristina, quien circulaba por el jardín controlando que todo estuviera en orden.

—No sabía que Álvaro tenía tanta relación con el marido de Feli —comentó en voz alta y se apuntó mentalmente que tenía que preguntarle a su amigo sobre lo que sucedía entre esos tres, porque de seguro algo estaba ocurriendo.

Observó cómo José empezó a hablar con Víctor, y los ojos azules de su marido se centraron en ella.

Su cuerpo tembló, se abrazó a sí misma y desapareció en la oscuridad de su cuarto, alejándose de la intensidad de esa mirada que podía envolverla desde tan lejos.

Capítulo 35

Descendió las escaleras con lentitud, con cuidado de que los tacones de sus zapatos plateados no se enredaran con el vestido que se había puesto del mismo color. Era una prenda de tirantes que se ajustaba al pecho, delineando su figura, desde donde caía con libertad y que acompañaba con un chal blanco que se pondría si comenzaba a refrescar.

El cabello lo llevaba recogido en un moño bajo, dejando sueltos algunos mechones rizados, y se había maquillado levemente, buscando acentuar sobre todo su negra mirada.

Se movió con cuidado por la casa, cruzándose con los camareros que no paraban de entrar y salir de la vivienda desde el jardín portando bandejas llenas o vacías de alimentos y bebidas.

La mirada de Álvaro la detuvo en cuanto pisó el verde suelo.

Fue como si supiera de antemano el momento justo en el que aparecería por la puerta.

Daniela se agarró las manos sin saber muy bien qué hacer con ellas y se apartó uno de los negros mechones de la cara. Vio cómo Álvaro empezaba a andar hacia ella y sintió cómo los nervios se asentaban en su estómago.

—Ya era hora de que bajaras. —Feli tiró de ella, llevándola hasta donde se encontraba Pepi.

Daniela observó a su marido que había detenido sus pasos y la miraba con intensidad mientras la alejaban de él.

—Dani, ¿estás bien? —se preocupó su amiga en cuanto llegaron donde se encontraba.

Esta asintió cohibida, sintiendo como sus mejillas enrojecían.

—Sí. Tengo algo de calor —explicó al mismo tiempo que Pepi y Feli se reían. Los miró sin comprender—. ¿Qué os pasa?

—Que ese calor que sientes tiene nombre y apellidos —declaró Feli, señalando con la cabeza el grupo de hombres donde se encontraba Álvaro, quien seguía mirándola.

—No digas tonterías.

Pepi se rio de nuevo y le dio un beso en la mejilla.

—Estas preciosa y tu marido solo lo está apreciando.

El tono rojo de sus mejillas aumentó aún más, obligándola a quitarse el chal que

llevaba sobre los hombros del calor que comenzaba a sentir. Dio la espalda al causante de su acaloramiento, intentando que su corazón se tranquilizara al no tenerle enfrente, y miró a sus amigos.

—¿Qué tal va la fiesta? —Trató de cambiar de conversación.

Feli le guiñó un ojo, siendo consciente de lo que pretendía su amiga, y le siguió el juego.

—De momento los grupos no se mezclan. —Señaló con sus gafas a los clientes del bufete y a los abogados, para pasar a continuación a las personas con las que había compartido alguna cena de las organizadas por Daniela.

—Pero no tardarán —dijo Pepi.

—¿Seguro? —le preguntó la morena.

Su amiga señaló donde se encontraba Miguel, junto a María y Ruth, y vio como esta última hacía ojitos a un chico joven vestido con un traje de chaqueta beis que no paraba de mirarla.

—El amor siempre hace milagros —la dueña de la droguería aclaró riéndose.

Daniela y Feli también se rieron al observar lo que esta les mostraba.

—¿Y tú no tienes nada que contarme? —le exigió al hombre de gafas en cuanto se tranquilizaron.

Este la miró confuso.

—¿Sobre qué?

La morena se volvió y observó a los tres hombres que no habían dejado de hablar desde que los había visto por la terraza de su dormitorio.

—Sobre José y Álvaro.

Feli miró a su marido que acababa de mover la mano para saludarlos, y observó al esposo de su amiga y a Víctor. Los tres juntos desde que había comenzado la velada.

—Están hablando sobre cosas de trabajo. Ya sabes lo que me aburren esos temas.

Daniela se llevó la mano a la barbilla.

—¿De trabajo?

Pepi atrapó su brazo y tiró de ella para acercarse al trío, seguidas por Feli.

—Siempre puedes preguntarle tú misma a Álvaro.

Daniela miró a su amiga asustada.

—No serás capaz...

—Ya es hora de que acabéis con estas niñerías —anunció—. Tenéis que hablar y si para ello debéis comenzar por temas de trabajo, pues eso haréis.

La morena intentó detener su caminar pero sintió las manos de Feli apoyadas en su espalda, empujándola.

—No es el momento ni el lugar —se excusó.

—Este sitio es mejor que cualquier otro —le susurró Feli, llegando casi a su objetivo. Miró a los que consideraba sus amigos.

—Por favor, no me hagáis esto. Ahora no. No estoy preparada.

Pepi la miró, le dio un beso en la mejilla y tiró un poco más de ella, hasta que los tres se unieron al otro grupo.

—Dani estás preciosa —le dijo José nada más llegar.

Víctor miró a los tres amigos y confirmó las palabras del marido de Feli.

—Preciosa.

Álvaro, enfrente de ella, sin apartar los ojos de su cara se mantuvo callado.

Pepi se rio y le dio en el hombro.

—Chica, parece que te haya comido la lengua un gato.

Daniela sintió cómo sus mejillas enrojecían de nuevo y bajó su mirada.

—No seas tonta.

—A nuestra niña le cuesta asimilar los halagos —añadió Feli haciendo reír a todo el grupo, menos a Álvaro que seguía mirándola.

—¿Estáis disfrutando de la cena? —preguntó tras golpear al hombre de gafas, intentando cambiar de tema.

—La comida está buenísima —Víctor comentó, llevándose un trozo de apio a la boca.

—Todo está muy bueno —aseguró José.

—Tus invitados dan el toque de color a la velada —Álvaro precisó, hablando por primera vez.

Pepi y Feli se rieron.

—¿A que sí? —insistió Feli—. Daniela pensó que si incluía la cena en la web de

comidas, daría un toque festivo a la cena. Así acudiría alguien menos...

—¿Tieso? —preguntó el dueño de la casa, terminando la frase.

—Se podría decir así —Daniela respondió con media sonrisa.

—Ha sido una buena idea —anunció este sorprendiéndola.

—¿Seguro?

Álvaro movió la cabeza afirmativamente y le pasó uno de sus mechones por detrás de la oreja, dejando que sus dedos le acariciaran el cuello. Fue en ese momento cuando se dieron cuenta que se habían quedado solos.

—¿Dónde están todos? —preguntó.

Daniela miró a su alrededor y los vio al lado de la mesa de los postres, hablando con Rebeca.

—Intentando que no ocurra un desastre.

Su marido miró a sus amigos sin comprender y devolvió toda su atención a la mujer que tenía a su lado.

—Estás preciosa.

—Gracias. Tú... —Le miró de arriba abajo—, tampoco estás mal. —Álvaro se rio—. ¿Cómo que no vas vestidos como ellos? —se interesó moviendo la cabeza hacia el grupo de hombres que llevaba traje de chaqueta y que no estaba muy lejos de ellos.

—¿Voy mal?

—No, no...

Álvaro se rio y le atrapó la barbilla para que levantara el rostro, y así pudiera verle los ojos.

—Tengo que contarte algo.

—Aquí estás —dijo Raquel agarrando del brazo a Álvaro, poniéndose a su lado—. Te estaba buscando.

Capítulo 36

Daniela miró a la recién llegada y tensó su mandíbula.

—Hola, Raquel —la saludó el hombre sin despegar los ojos de su mujer—. Llegas un poco tarde.

La rubia se rio, apartándose el cabello que le había caído sobre el hombro desnudo. Embutida en un vestido rojo palabra de honor, que le llegaba hasta por debajo del culo, con unas botas negras de estilo mosquetero y un mini bolso en la mano con la que no agarraba a Álvaro, atraía todas las miradas de los allí reunidos.

—Bueno, ya sabes que la puntualidad no es uno de mis fuertes.

—Sí, lo sabemos —confirmó sin seguirle el juego—. Menos mal que tu socia y Daniela han podido encargarse de todo lo concerniente a la cena.

Raquel miró a la mujer que tenía enfrente y observó que no apartaba el contacto visual con su marido. Buscó que este la mirara a ella, tirando levemente de su brazo pero no consiguió nada, por lo que tomó una decisión: atacar.

—Bueno, si por hacer un buen trabajo te refieres a permitir el acceso a frikis o gente de clase baja. —Miró al grupo que había cerca de la mesa de los postres con cara de asco, donde se encontraba Feli y Pepi—. Esta era una fiesta selecta, privada y Cristina ha permitido que se convierta en un mercadillo.

—No ha sido ella —indicó con voz seca Daniela.

La rubia sin soltarse del brazo de Álvaro, agarrándolo como si fuera de su propiedad, la miró con altanería.

—Y si no ha sido ella, ¿quién ha sido? ¿Tú?

Daniela se cruzó de brazos.

—Sí, ¿tienes algo que decirme? —le preguntó con brusquedad.

—Mira...

Álvaro acarició la mano de la rubia, interrumpiéndola.

—Ha sido una gran idea, Raquel. Mira a tu alrededor, la gente se está divirtiendo y están interactuando entre ellos. Los invitados de Daniela han conseguido romper el hielo. ¿No era lo que pretendías?

Daniela observó las personas que había en el jardín, comprobando que lo que decía

su marido era verdad. Parecía que al final, a pesar de las diferencias que podía haber entre los allí presentes, algunos comenzaban a socializar.

—Pero esto era una cena privada para los clientes del despacho de mi padre. —Subió el tono mostrando su descontento—. Por cierto, ¿dónde está papá? Porque creo que nada de esto debe ser de su agrado.

—Tu padre se ha ido —Álvaro anunció.

Las dos mujeres le miraron extrañadas.

—¿Papá se ha ido? —insistió la rubia.

—Sí, casi cuando comenzó la cena. Estuvimos hablando y no le gustó lo que le dije.

Raquel se llevó su mano al corazón afectada ante lo que escuchaba.

—¿Qué le has dicho? Recuerda que está mal del corazón...

La risa del hombre la interrumpió.

—Tu padre está perfectamente. Solo utiliza esa artimaña cada vez que quiere deshacerse de ti.

Daniela no pudo evitar reírse cuando escuchó a su marido.

Raquel miró a la mujer molesta y luego a Álvaro.

—No sé por qué me hablas así, querido.

El hombre la observó con detenimiento.

—Quizás porque al igual que tu padre, yo también me he cansado de tus juegos.

Daniela sonrió. Era la primera vez que presenciaba cómo su marido ponía en su lugar a la rubia. La primera vez que veía cómo Raquel se quedaba con la boca abierta sin argumentos.

—Álvaro, no sé de qué juegos hablas y...

Este le palmeó la mano como si fuera una niña pequeña y miró a su mujer.

—Será mejor que dejes de comportarte como una cría y crezcas.

Raquel pasó sus ojos de Álvaro a Daniela, sin saber muy bien qué más añadir cuando observó un brillo especial en la mirada de la mujer morena y una sonrisa parecida a cuando estos eran novios. Sus entrañas se retorcieron.

Se soltó del brazo del hombre y se acercó más a él, para sorpresa de Daniela. Le acarició la mejilla y le susurró al oído, lo suficientemente alto para que esta la escuchara:

—No me dijiste eso cuando nos acostamos.

Capítulo 37

La cara de Álvaro cambió al escuchar a la mujer.

De inmediato miró a Daniela y observó que su rostro había empalidecido y sus ojos negros mostraban el brillo de las primeras lágrimas.

—Daniela...

Esta levantó su mano acallándole.

—Por favor, no digas nada. —Se dio media vuelta con rapidez y se alejó de ellos.

—Daniela, espera —insistió sin obtener respuesta alguna. Avanzó un par de pasos intentando ir tras ella pero Raquel le detuvo.

—Déjala, no la necesitas. —Le acarició la cara de nuevo.

Agarró su mano alejándole de él y la miró fijamente.

—¿Por qué has hecho eso?

Raquel se apartó el cabello de su hombro y le sonrió.

—Ya era hora de que supiera la verdad.

Este tensó la mandíbula y le apretó el brazo que aún seguía sujetando.

—¿Qué verdad?

—Que nos amamos.

Acercó su cara a la de ella y le susurró:

—Ni en tus mejores sueños.

La soltó con desprecio y se alejó unos pasos de ella, pero esta le siguió.

—¿Y lo que pasó entre nosotros? Nos acostamos. Estuvimos juntos.

Álvaro se mesó el cabello y suspiró.

—Te lo dije aquella vez y te lo vuelvo a decir: llegaste en el momento más bajo de mi vida. Estaba borracho, herido y dolido por la partida de Daniela. Un cúmulo de factores que se unieron para que no fuera consciente de lo que hacía.

Raquel le acarició el estómago por encima de la camisa y subió poco a poco por su torso, sonriéndole coqueta.

—Quizás si repitiéramos...

Le apartó la mano con desprecio y la miró.

—Ocurrió una única vez y ya te indiqué en su momento que no sucedería más. ¿Por qué crees que ahora que está Daniela en mi vida cambiaré de opinión?

La mujer se cruzó de brazos haciendo resaltar su busto.

—Te abandonó y lo volverá a hacer.

Álvaro la sonrió con prepotencia.

—Por encima de mi cadáver —sentenció, dejándola sola en mitad del jardín, rodeada de gente que no la apreciaba.

Pasados unos minutos, los necesarios para recuperarse, intentó ir tras Álvaro de nuevo. Tenía que hablar con él. Debía hacerle ver que ella era la mujer de su vida y que nadie, ni siquiera Daniela, podía hacerle feliz.

Tenía que convencerle.

—Ohh... perdona. —Pepi se acababa de chocar con ella—. No te había visto.

Raquel estiró los brazos y observó el estropicio de su vestido. La amiga de Daniela acababa de echarle encima una copa de champán.

—Ten más cuidado, imbécil —la insultó mirándola con odio.

La dueña de la droguería puso cara inocente.

—Es que soy muy torpe.

—No hace falta que lo digas. —Se apartó de su lado, dirigiéndose hacia una de las puertas laterales que daban acceso al jardín. Si para llegar hasta Álvaro debía dar un rodeo lo daría.

—¡Cuidado!

El aviso llegó tarde.

De pronto Raquel se vio empapada de chocolate. Su cabello estaba estropeado y su vestido rojo había cambiado a un marrón horrendo. La mujer intentó apartarse el pelo de la cara y se limpió los ojos con las manos, en un vano intento de quitarse el viscoso líquido del rostro.

Las risas de Pepi y Feli le llegaron con claridad.

—¿Estás bien princesa? —le preguntó con sorna el marido de José.

—Perdona, perdona... —Una mujer rubia no paraba de disculparse, ofreciéndole pañuelos de papel que sacaba de su bolso.

Atrapó de malos modos los tisúes y trató de limpiarse la cara. Miró a su alrededor y vio a Víctor que la observaba divertido.

—Ayúdame, idiota.

Este se acercó hasta ella con paso lento y sin eliminar la sonrisa de su rostro, atrapó una de las bandejas en que todavía quedaban pinchos de frutas y chucherías sueltas, y se la tiró por encima.

—Así irás conjuntada.

Ella emitió un grito de impotencia.

—Se lo diré a papá.

Víctor llevó un dedo hasta su mejilla, se lo mojó de chocolate y se lo llevó a la boca.

—Nada. Sigues siendo tan agria con chocolate como sin él.

Raquel le miró anonadada, gritó de nuevo y desapareció por la casa con dirección a su coche.

Las risas de Pepi y Feli aumentaron, acompañadas de las de Víctor.

—Me siento tan culpable —señaló Rebeca poniéndose al lado de ellos—. Me tropecé...

Pepi le pasó un brazo por los hombros.

—No te preocupes, se lo tenía bien merecido.

—Más que merecido —insistió Feli.

Rebeca miró a ambos sorprendida por su actitud pero si sus amigos le decían que no se preocupara, no lo iba a hacer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó de pronto Cristina, apareciendo por detrás de ellos.

Pepi miró a su amiga y la sonrió.

—La víbora ha tenido un dulce accidente.

La mujer de gafas la observó sin comprender.

—He tropezado con la mesa de postres y la fuente de chocolate ha acabado encima de ella —explicó Rebeca.

La dueña de *Dulce y Salado* se llevó una mano a la garganta.

—¡No puede ser!

Feli asintió.

—«Justicia poética». —Movi6 los dedos imitando unas comillas imaginarias.

—M6s bien justicia por chocolate —corrigi6 V6ctor haci6ndolos reír.

Cristina le mir6 con cara de pocos amigos.

—No tiene gracia. El lunes no habr6 qui6n la soporte —señal6 con temor—. Tengo que llamarla.

—¿Para qu6? ¿Para qu6 te siga ninguneando? Solo se aprovecha de ti, Cristina —la enfrent6 para sorpresa de los all6 presentes.

—No lo entiendes —respondi6 esta, desapareciendo por el interior de la casa.

V6ctor observ6 la espalda de la mujer y gruñ6 enfadado. Se llev6 la mano a la nuca y sin decir nada m6s, se dirigi6 hacia el extremo contrario del jard6n.

Pepi y Feli miraron a la pareja sonrientes.

—Oigo campanas de boda —anunci6 la mujer rubia.

Su amigo se quit6 las gafas, limpi6 los cristales tom6ndose su tiempo y se las volvi6 a poner.

—Tendremos que ir de compras porque no tengo nada apropiado para ponerme.

—A m6 me apetece ir de boda —señal6 Rebeca—. ¿Cre6is que me invitar6n?

Pepi se r6o a carcajadas, pas6 un brazo por los hombros de la joven y le dijo:

—Seguro pero habr6 que tener cuidado con la fuente de chocolate del banquete.

Los tres se rieron atrayendo todas las miradas.

Capítulo 38

Álvaro subió las escaleras de dos en dos, en pos de su esposa. Abrió la puerta del dormitorio y la escena que le recibió le trasladó a un pasado doloroso.

Encima de la cama había una maleta que Daniela llenaba con las pocas pertenencias que había traído de la casa de su padre.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó cuándo ya pudo reaccionar.

—Me voy —respondió Daniela.

Álvaro avanzó por la habitación y se detuvo a los pies de la cama.

—¿Por qué?

La mujer tiró una camisa en el interior de la maleta sin preocuparse en doblarla.

—No sé qué hago aquí.

—Esta es tu casa —señaló él.

Ella le observó.

—Llevo fuera dos años. No siento que lo sea.

—Es nuestra casa —insistió.

Daniela le dio la espalda y desapareció por el cuarto de baño, para aparecer a continuación con su neceser.

—Vine porque me chantajeaste...

—Eso no fue precisamente así —la interrumpió.

Tiró el neceser a la maleta y le enfrentó:

—Viniste a la casa de mi padre cuando más desamparada estaba. Necesitaba ayuda para hacer frente a su enfermedad y tú me la ofreciste.

—Lo hice gustoso...

Ella levantó su dedo índice acallándole.

—Me pusiste una condición: que me viniera a tu casa.

—Nuestra casa —corrigió.

Le miró sin comprender por qué insistía en la misma idea.

—Tenía que venir aquí y volver a convivir contigo, después de dos años sin

comunicación por tu parte.

—Por ambas partes —corrigió de nuevo.

Ella gruñó.

—Por ambas partes —cedió.

—Ya te he dicho que te habría ayudado aunque no hubieras aceptado.

Daniela se deshizo el peinado y dejó suelta su cabellera morena, al mismo tiempo que los brazos caían sin fuerzas a lo largo de su cuerpo.

—Entonces, ¿por qué me la hiciste?

Álvaro la miró. Llevaba todavía el vestido plateado que tan bien la quedaba, pero se había quitado los zapatos de tacón.

—Quería que volvieras...

—¿Por qué? —repitió.

Posó una mano en la nuca, buscando las palabras exactas.

—Esta es nuestra casa y tú eres mi esposa.

—Ante el papel —soltó de forma brusca.

Se acercó hasta ella y enfrentó su mirada.

—Y ante la cama —añadió haciéndola temblar.

La respiración de ella se cortó.

—Y por lo que veo también de Raquel.

Sus ojos se midieron, la tensión se palpaba en la estancia.

Álvaro gritó de impotencia y se alejó de su lado, yendo hasta la puerta de la terraza.

—Ella no es mi esposa.

—Si se lo propones, lo aceptará gustosa —respondió de inmediato.

Se volvió y la miró, sopesando lo acababa de decirle.

—¿Y a ti te molestaría?

Desvió su mirada y comenzó a doblar la ropa que había echado en la maleta sin orden.

—Me da igual lo que hagas con tu vida.

El silencio se posó entre los dos, solo roto por los movimientos de ella y por la

respiración acelerada de ambos.

—Mi vida es tu vida —susurró atrayendo su atención.

—No sé qué quieres decir...

—¡Joder, Daniela! —golpeó la puerta de cristal que tembló ante el impacto. Ella le miró sorprendida ante el arrebato—. Estos dos años sin ti han sido un infierno. Te necesito a mi lado.

La mujer le observó por unos segundos para devolver toda su atención a la ropa que doblaba.

—Ya lo veo. Un infierno... Por lo menos has tenido a Raquel a tu lado desde siempre. Así ha sido más llevadero todo este tiempo.

Álvaro suspiró.

—Fue un error —confesó sorprendiéndola—. Llevaba más de un año sin saber de ti. Necesitabas tiempo y aunque no lo entendía, lo acepté. Reticente lo acepté. Pero no sabía nada de ti, Daniela —repitió—. Me pediste distancia... —Se calló de pronto y la mujer le observó, nervioso, tan distinto al hombre que conocía—. Acepté esa distancia. Me sumergí en el trabajo para no pensar en ti y cuando no estaba en la oficina, bebía...

—Álvaro...

En sus ojos azules pudo ver el dolor que sentía.

—Acabé borracho más de una noche, en el primer bar que encontraba en mi camino —continuó—, socorrido en más de una ocasión por nuestro amigo Víctor. Pero hubo un día que todo se me fue de las manos. Me metí en una pelea que no tenía nada que ver conmigo y me hirieron...

—¿La cicatriz de tu mejilla? —Este mostró una sonrisa triste mientras se la tocaba.

—Y un par de golpes feos en el costado. Regresé a casa como pude, en taxi. Todavía me funcionaban las pocas neuronas que tenía y comprendí que no era capaz de llevar yo mismo el coche. —Ella asintió, contenta de que por lo menos en eso hubiera tenido cabeza—. Y cuando intentaba curarme con mi torpeza ebria, llegó Raquel.

El cuerpo de Daniela se tensó al escuchar el nombre de la mujer.

—Puedo imaginar qué sucedió a continuación —espetó seca.

Álvaro la miró.

—No tengo excusa alguna y no sabes lo que me arrepentí de inmediato...

—No hace falta que expliques más —le cortó—. Estabas soltero. Eras libre para

hacer lo que quisieras.

—Todavía no lo entiendes... En mi ebriedad pensé que estaba contigo, que habías regresado...

—No tienes que darme ninguna explicación.

—Soy tu marido, es lo mínimo que te debo.

Daniela le miró.

—Nos habíamos separado —insistió en la idea—. No puedo pedirte explicaciones. Te acostaste con Raquel y punto. No es algo nuevo.

El hombre la observó extrañado ante lo último que escuchó.

—¿Qué has querido decir con eso?

Ella se encogió de hombros.

—Ya estando juntos manteníais una relación.

—¿De dónde has sacado eso? Jamás he estado con Raquel, estando contigo.

Daniela se apartó el cabello de la cara y atrapó sus manos, nerviosa.

—¿Te acuerdas del viaje que hiciste por trabajo con Víctor y ella?

—¿Cuándo perdimos a nuestro bebé?

—Exacto —musitó con tristeza. Eran recuerdos que no le gustaba rememorar—. Te llamé al hotel, tarde... Acababa de...

Álvaro cruzó la habitación con rapidez y atrapó su mano, intentando transmitirle la energía que a ella le faltaba.

La mujer miró por unos segundos sus manos unidas y de forma brusca se separó de él.

—Llamé a tu habitación para contarte que habíamos perdido a nuestro hijo y Raquel me cogió el teléfono.

—Puede que estuviéramos reunidos...

—¡Álvaro, de madrugada! —le cortó—. Estaba en tu habitación de madrugada.

Este se llevó la mano hasta el cabello y observó a su mujer. De pronto recordó ese viaje y lo que ocurrió en él.

—Ya me acuerdo... —Ella le miró incrédula—. El cuarto de baño de la *suite* de Raquel se inundó de pronto. Cuando regresamos de la última reunión que teníamos, ya

tarde, se encontró con que su habitación estaba anegada de agua. Le ofrecieron otra pero como se celebraba una convención en la ciudad, a la que acudía mucha gente, solo tenían disponible una habitación sencilla, con ducha, en vez de bañera, y que daba al patio interior. Ya sabes cómo es Raquel. —Daniela movió la cabeza afirmativamente—. No quería ese cuarto y encima empezó a montar un *show*, en mitad de la recepción... La única salida que tuve fue cambiarle mi habitación...

—¿No?

Álvaro asintió.

—Lo que no entiendo es por qué no me lo contaste después.

Daniela negó con la cabeza taciturna.

—Fueron unos días complicados.

—El aborto y los resultados médicos puede que no ayudaran mucho —señaló él.

Ella suspiró.

—Mi vida acababa de derrumbarse —confesó—. Y quizás me encerré en mí misma...

—Lo puedo entender —corroboró él—. Fue duro para los dos.

Le miró confirmando en su mirada azul el dolor que sentía ante la pérdida su niño. Se sentó sin fuerzas en la cama.

—Cuando me marché de aquí tuve que ir al médico porque no me encontraba bien —declaró sorprendiéndole—. Había caído en una depresión que tuvieron que tratarme.

Álvaro se arrodilló delante de ella y atrapó su mejilla.

—¿Estás bien? —Ella asintió—. ¿Por qué no dijiste nada?

—Me había...

—Ido —acabó la frase por ella—. Pero todavía estaba ahí. Siempre he estado a tu lado.

Los ojos negros buscaron la mirada azul.

—Me fui y no me llamaste. Ni una llamada. Nada.

—Fuiste tú la que me pediste tiempo y que serías tú la que llamarías cuando estuvieras preparada para regresar.

Daniela observó el rostro de su marido, delineó su mandíbula y dibujó la pequeña cicatriz de la mejilla izquierda.

—Esperé tu llamada cada mañana —confesó mientras se levantaba, alejándose de su lado—. De hecho, no quería haberme ido. Deseaba que me detuvieras, que me impidieras irme de tu lado.

Álvaro se apartó el flequillo de la cara.

—Y yo esperaba que tú me llamasas... Tú fuiste la que se marchó. Me abandonaste —le acusó.

Ella suspiró.

—Mi padre dice que no hablamos y va a ser verdad.

—Manuel siempre ha sido muy sabio.

Daniela miró a su marido con tristeza.

—Si todo esto lo hubiéramos hablado antes...

—Nos habríamos ahorrado más de un sufrimiento —terminó la frase por ella.

Sonrió pero fue más bien una mueca que una sonrisa de felicidad.

—Ya no hay solución.

—Pero podemos recuperar el tiempo perdido y aprender de nuestros errores —indicó él con esperanza.

La mujer negó con la cabeza, se acercó hasta la maleta y la cerró.

—Necesito tiempo...

—Daniela, no nos hagas esto otra vez —le rogó.

Ella le miró con los ojos llorosos.

—Lo siento.

Álvaro se sentó en la cama inerte, viendo cómo su mujer volvía a desaparecer de su vida.

Capítulo 39

El timbre del telefonillo de la calle sonó por la casa. Daniela salió del cuarto de baño con el pelo empapado y lo atrapó.

—Sube. Te abro la puerta.

Corrió al pasillo exterior, dejó la puerta de cristal entreabierta y se metió en su casa con rapidez para intentar no coger frío al tener el cabello mojado. Tomó una toalla y se la puso en la cabeza justo cuando Pepi entraba en la casa.

—Hola, ¿dónde estás?

—En el servicio. Ahora salgo.

La dueña de *Suave Algodón* se quitó el abrigo, se sentó en el sofá y encendió la televisión. Un ramo de flores en un jarrón violeta que había sobre la mesa llamó su atención. Tocó los pétalos rosas comprobando que eran naturales y no de plástico, y sonrió.

—Tiene un admirador... —comentó en voz alta.

—¿Decías? —preguntó Daniela entrando en el salón.

Pepi señaló las flores.

—Estaba pensando en voz alta que tienes un admirador secreto.

La mujer morena sonrió con timidez justo cuando el timbre del teléfono resonaba en la vivienda. Daniela miró su reloj de correa confirmando la hora y sus mejillas adquirieron un tono rojizo adorable. Atrapó el auricular y saludó a su interlocutor.

—Buenos días, Álvaro.

Pepi la miró sorprendida cuando escuchó el nombre del marido de su amiga.

—Acaba de llegar Pepi —le dijo a su marido—. Sí, hoy tengo un *catering* con Cristina. No te preocupes... —Se calló por unos segundos, atenta a lo que el hombre le decía al otro lado de la línea—. Sí, hablamos esta tarde. Hasta luego.

Su amiga la miró esperando que se explicara cuando colgó el teléfono pero Daniela desapareció por la cocina, sin comentar nada.

—Me apetece un té. ¿Quieres uno?

—Sí —confirmó, apagando el televisor a la espera de que su amiga regresara. Le daba la sensación de que cuando esta hablara, iba a querer tener los cinco sentidos en la

conversación.

Esperó paciente.

Observó cómo Daniela iba y venía de la cocina, primero con una taza de té, luego con otra, el azúcar... Fue a sentarse y de pronto se acordó de que vendrían bien unas pastas caseras que le había hecho Remedios, su vecina.

Ya parecía que estaba todo listo cuando...

—Ahh... Las servilletas —se acordó la mujer, dejando a su amiga con la boca abierta.

—¡Daniela! —Esta la miró sorprendida ante el grito—. Siéntate, por favor —le ordenó bajando el tono de voz. La morena no dudó en hacer lo que le decía—. Y ahora...

—¿Ahora?

Pepi se llevó la mano hasta su cabello rubio y se rascó mientras resoplaba.

—¿Qué acabo de presenciar?

—Estoy preparando la mesa para el té. —Se encogió de hombros con cara inocente.

—No te hagas la tonta.

—¿Te refieres a la llamada de Álvaro?

—Dani...

Se rio.

—Me ha llamado —señaló lo obvio.

—¿Y?

—Me llamará esta tarde también.

Pepi suspiró y tomó la taza con el té.

—Vale, está bien. Si no quieres hablar de ello, no voy a ser yo quien insista.

Daniela se rio de nuevo.

—Venga, no te enfades. —Le ofreció una galleta—. Álvaro me llama todos los días. Dos veces —concretó.

La rubia la miró con sorpresa.

—¿Desde hace un mes?

Esta asintió.

—Desde que me marché de su casa.

—¿Vuestra casa? —corrigió.

Daniela hizo un mohín con la boca.

—Eso también lo dice Álvaro.

—Porque es la verdad, niña. —Dejó la taza en la mesa y mordió la galleta, saboreándola.

—¿A que está buena? Remedios tiene una mano con la repostería.

Pepi asintió.

—Buenísima pero no cambies de tema. —La mujer sonrió—. ¿Y las flores? ¿Son también de Álvaro?

Daniela rozó los pétalos rosas y asintió.

—Cada semana me llega un ramo nuevo.

Su amiga la miró complaciente.

—¿Cuándo vas a regresar a su lado?

El gesto de su cara cambió ante la pregunta.

—Ya sabes que es complicado...

—No me digas sandeces —interrumpió—. Hace un mes que te fuiste... —calló por unos segundos—, huiste —corrigió— de vuestra casa.

—Eso no fue así...

Pepi se rio.

—Hiciste la maleta y te fuiste de la casa sin mirar atrás cuando manteníais una conversación, vuestra primera conversación en años, en la que os dijisteis muchas verdades que dolían y que no te gustaron escuchar.

La mujer asintió ante esa descripción detallada.

—Eso está mejor.

—Resumiendo... Huiste —insistió haciéndole sonreír.

Daniela se llevó la mano a la toalla que tenía en la cabeza, comprobando que todavía tenía húmedo el cabello y suspiró.

—Llámalo como quieras —cedió.

Pepi movió la cabeza afirmativamente.

—Ahora que hemos llegado a un acuerdo de los términos —sonrió—, le dijiste a Álvaro que te diera tiempo.

—Lo necesito.

—Llevas un mes lejos de él —dijo—. ¡Un mes, Daniela! ¿Va a suceder lo mismo otra vez? Recuerda que la última vez fueron dos años.

La morena se levantó de la silla y se acercó a las ventanas.

—Es complicado...

—¿El qué? ¿Lo de la víbora? —se interesó.

Daniela negó con la cabeza.

—En el fondo que se acostara con Raquel cuando estábamos separados no me ha dolido. Se nota que está arrepentido y además, no estábamos juntos...

—Y esa víbora se aprovechó de que Álvaro estaba fatal. Víctor dice que tu marido parecía un despojo humano ese primer año que estuvo sin ti. Luego, tras lo que sucedió, se dio cuenta de dónde podría terminar y acabó resignado, esperando a que recapacitaras y quisieras regresar a su lado, de nuevo.

Daniela observó a su amiga, sorprendiéndose en parte por la explicación que le ofrecía y que le había dado Víctor de lo que su marido había soportado. En realidad, no le extrañaba que Pepi y su amigo estuvieran en contacto. Ambos se preocupaban por ellos y buscaban que fueran felices.

—Lo sé. Raquel es una persona egoísta que busca solo su beneficio sin importarle lo que le rodea. Desea a Álvaro y le da igual a quien tiene que pisar para conseguirlo.

Su amiga asintió.

—Un día tenemos que quedar con Cristina para que te cuente exactamente por qué se convirtió en su socia.

Daniela asintió.

—Estoy deseándolo.

Pepi tomó la taza de té y comenzó a remover el líquido con la cucharilla.

—Entonces, si el problema no es la víbora, ¿a qué esperas?

Daniela suspiró.

—No lo sé. —Se dejó caer hasta el suelo y apoyó la espalda en la pared—. Hemos sufrido mucho...

—Por vuestra culpa —soltó interrumpiéndola—. Si hubierais hablado entre vosotros, nada de esto habría pasado.

Esta asintió.

—Lo sé pero tengo miedo.

Pepi la observó.

—¿Tú le sigues amando? —Daniela asintió—. ¿Entonces cuál es el problema?

—No es suficiente...

—Sí, es suficiente —le cortó, dejando la taza sobre la mesa y levantándose—. No sabes lo que yo daría por tener vuestra oportunidad, que solo con hablar, perdonar pudiera regresar al lado de Rafa. Lo tenéis tan fácil.

Daniela se acercó a ella.

—Lo siento. —Le dio un beso—. Deja que piense en ello para que tome una decisión.

Pepi asintió y sonrió.

—De acuerdo pero no tardes dos años.

La mujer se rio.

—Será pronto, prometido. —Se abrazaron.

—Estoy aquí para lo que necesites —le indicó Pepi.

—Gracias... —De pronto, se llevó una mano a la boca—. Perdona...

Pepi observó cómo su amiga salía corriendo en dirección al baño. Fue detrás de ella y la encontró de rodillas al lado del váter.

—¿Te encuentras bien?

Daniela asintió mientras se levantaba y se lavaba la cara con agua.

—Llevo unos días revuelta. Creo que he cogido algún virus.

—¿Has ido al médico?

—Mañana tengo cita.

Pepi, que estaba apoyada en el marco de la puerta del cuarto de baño, asintió con una sonrisa confiada.

—¿Y seguro que es un virus?

—Eso creo. —Se sentó en la taza del váter y se quitó la toalla del cabello—. Mañana

me dirán en la consulta.

—Lámame con lo que te digan. Quiero ser la primera en saberlo.

Daniela miró confusa a su amiga y se rio.

—De acuerdo, serás la primera a la que llame.

Capítulo 40

Se encontraban en el centro de Madrid, en una de las terrazas de moda para disfrutar de la noche de la ciudad.

La empresa de *Dulce y Salado* había sido contratada para organizar la presentación de la última novela romántica de la autora nacional que más ventas tenía dentro del género. Habían tenido que buscar un sitio adecuado, romántico, que tuviera un toque innovador y que consiguiera llamar la atención de los asistentes. Un sitio increíble, rodeados de un vergel natural en mitad de la artificial ciudad.

Al ser un acto reducido, en el que no se esperaba mucha afluencia de público, y por tratarse de un cóctel a base de bebidas y canapés variados, Cristina solo había contado con la ayuda de Daniela y Luis, y a esa hora de la noche ya estaba casi todo tranquilo.

Luis hacía rato que se había despedido de ellas, y Cristina y Daniela observaban desde un banco de metal envejecido, rodeado de enredaderas, cómo la autora dedicaba su nuevo libro a la última lectora que había acudido a la presentación.

—¿Cómo estás?

Cristina se quitó las gafas y se llevó la mano al puente de la nariz. Cada vez tenía más dolores de cabeza.

—Agobiada con el trabajo pero más tranquila desde que Raquel se ha ido de vacaciones.

—¿Se ha ido de vacaciones? —Daniela se quitó las zapatillas cuando comprobó que los miembros de la editorial y la autora se marchaban, y comenzó a masajearse el pie derecho.

—En sus propias palabras: necesitaba un descanso.

La mujer morena se carcajeó.

—¿De qué?

Cristina se encogió de hombros.

—Ni he preguntado ni he querido saberlo. Estoy mucho más a gusto desde que no la tengo cerca.

Daniela sonrió.

—Creo que todos estamos mejor sin ella cerca.

La dueña de *Dulce y Salado* la miró.

—¿Y tú cómo estás?

Esta suspiró y observó el cielo negro de la ciudad.

—Bien, creo...

—¿Crees?

—Últimamente no me encuentro muy bien pero ya he pedido cita con el médico mañana.

Cristina asintió.

—¿Y con Álvaro?

—Bien... —dudó—. Me llama todos los días y hablamos bastante.

—Algo me ha contado Pepi.

Daniela se rio y le golpeó en el hombro.

—Sois un par de chismosas.

La mujer de gafas se levantó y se acercó hasta la barandilla para observar la calle que tenían a sus pies.

—Nos preocupamos por ti, por los dos.

—Lo sé y os lo agradezco. Me siento agradecida por tener amigos como vosotros.

Cristina la miró, se cruzó de brazos y le sonrió.

—Somos un gran tesoro.

—No lo pongo en duda. —Se deshizo la trenza que llevaba y se masajeó el cabello.

Esta la miró.

—Pero fuera de bromas, ¿qué tal llevas esas llamadas?

Daniela suspiró.

—Creo que bien. Con las primeras llamadas me costó cogerle el teléfono. Necesitaba tiempo, quería pensar en todo lo sucedido pero si te soy sincera, le extraño.

La mujer de gafas asintió.

—Lo entiendo.

—¿Sí? —Cristina movió la cabeza afirmativamente de nuevo—. Pues yo no... —dudó—. Me cuesta comprender por qué si le quiero tanto no salgo corriendo para ir a su

lado, por qué soy tan cabezota y no cedo de una vez cómo me decís todos...

—Porque tienes miedo —respondió.

Daniela miró a su amiga como si hubiera dado con la palabra mágica.

—¿Miedo?

Cristina se rio.

—Temes que tu vida se derrumbe de nuevo pero ahora ya conoces el truco para que eso no vuelva a suceder.

La observó sin comprender.

—¿Lo sé?

Su amiga se volvió a reír.

—Claro —confirmó—. Hablar. Una buena relación para que funcione debe tener por ambas partes paciencia, mucha paciencia, y hablar entre la pareja.

—Nosotros hablamos...

—No —interrumpió—, de lo importante no hablabais. De lo que os molestaba, os dolía o incluso de lo que os gustaba, de eso no conversabais. En esta vida para que algo funcione, lo primero es hablar y así, luego, se puede buscar una solución para que no se siga sufriendo.

Daniela observó a su amiga con respeto.

—¿Cómo has llegado a ser tan sabia?

Esta se rio.

—La vida te hace crecer deprisa.

El silencio las rodeó, dejándolas a cada una sumida en sus propios pensamientos.

—Creo que si no me necesitas más, me voy a ir a casa.

La dueña de *Dulce y Salado* asintió.

—Me parece bien. —Comprobó la hora en su reloj—. Si no estoy equivocada, ya tiene que estar Feli abajo esperándote.

Daniela la miró sorprendida.

—¿Feli? —Cristina movió la cabeza afirmativamente—. ¿Qué hace abajo?

—Quiere contarte algo importante y como andaba cerca, me dijo que se pasaba a buscarte y así te acompañaba a casa.

Daniela se levantó y enarcó una de sus cejas.

—¿Qué estáis tramando?

Levantó los brazos en son de paz.

—A mí no me mires, ha sido cosa de él.

—Está bien. —Se rio—. Mañana hablamos. —Se puso las zapatillas y se despidió de ella con un beso.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —le preguntó nada más salir por la puerta con una sonrisa.

Feli se rio.

—Encima que te voy a acompañar a casa.

Daniela observó al hombre que iba vestido con un pantalón azul y una camisa lila, junto a un abrigo blanco. Le agarró del brazo y comenzaron a andar en dirección a la Puerta del Sol.

—Me alegro de verte pero todo esto tiene truco.

El hombre se subió las gafas que se le habían resbalado por la nariz y le guiñó un ojo.

—Tenía que contarte algo y como Cristina me dijo que trabajarías esta noche por aquí, creí que era mi oportunidad.

Daniela se rio.

—Pues no te hagas de rogar y cuéntame pero antes dime qué haces tú por aquí a estas horas.

Le palmeó la mano que tenía agarrada y sonrió.

—Todo está relacionado. —Le miró sin comprender—. José se ha cambiado de bufete.

—¿Tu marido?

Feli se rio.

—Sí, mi marido —confirmó—. Se ha ido del despacho en el que ejercía de abogado y se ha montado uno propio.

—Felicidades. Es una gran noticia. —Le abrazó feliz por ellos.

Iban por la calle Montera y cuando llegaron a la estación de metro de Sol, descendieron las escaleras corriendo. Si se daban prisa podrían coger el último tren que les

llevaría hasta la casa de Daniela.

—José está entusiasmado con la idea y yo he andado algo perdido ayudándole con la mudanza —explicó Feli una vez ocuparon dos sillas vacías dentro del vagón del tren.

—Me alegro mucho por los dos.

—Se ha ido con Álvaro y con Víctor —soltó sorprendiéndola.

—¿Mi Álvaro?

Feli se rio.

—Sí, tu Álvaro. Han montado el despacho los tres juntos.

—¿Seguro que estamos hablando de mi Álvaro? —Feli asintió—. ¿Mi marido?

El hombre volvió a reírse.

—No conozco a ningún otro Álvaro que sea tu marido, que haya querido abrir un despacho de abogados con mi José.

Daniela le sonrió sintiendo cómo sus mejillas enrojecían.

—Perdona, pero me resulta tan extraño...

—Parece ser que los dos, Víctor y Álvaro, consideran que ya han adquirido suficiente experiencia al lado del padre de Raquel, además de dinero y clientes, para poder buscarse la vida por ellos mismos.

Daniela asintió con la boca abierta.

—¿Y se han ido con José?

—Sí, en la cena en que coincidieron se lo propusieron. Se conocían de juicios, de cruzarse en los pasillos de los juzgados y pensaron que los tres podrían funcionar bien juntos.

La mujer asintió de nuevo sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Espera —atrajo la atención de Feli—, ¿no me estarás gastando una broma?

Este se carcajeó y negó con la cabeza.

—Si necesitas que te lo explique Álvaro, la próxima vez que te llame se lo preguntas.

—¿Por qué no me extraña que sepas lo de las llamadas?

Feli le guiñó un ojo.

—Pepi me lo ha contado.

—Pepi, Cristina y tú sois un trío de cotillas.

Los dos se rieron atrayendo la atención de los pocos viajeros que quedaban en el vagón.

Capítulo 41

Salió de la consulta del médico sin saber muy bien qué sentir. Observó el cielo y vio cómo el sol asomaba tímido por detrás de una nube, como si no supiera si festejar o no con ella la noticia que le acababan de dar.

Giró hacia la derecha y se chocó de frente con una pared humana.

—Disculpe.

—No, perdone usted —le dijo el hombre enorme de barba pelirroja—. ¿Se encuentra bien?

Daniela asintió.

—Sí, creo que sí.

El hombre asintió, conforme a sus palabras, se llevó dos dedos a la frente y se despidió de ella.

—Tenga cuidado.

—Gracias.

En el instante en que se quedó sola de nuevo, retomó su caminar con dirección al coche de Pepi. El día anterior su amiga había insistido mucho en que se llevara su viejo Seat Ibiza amarillo para que pudiera acudir a la cita con el doctor y por no escucharla, había cedido.

Cuando sonó el despertador esa mañana bien temprano tuvo que salir corriendo de la cama con dirección al cuarto de baño, debido a las náuseas que sintió y que le dejaron el cuerpo maltrecho, lo que le llevó a estar eternamente agradecida con Pepi por ser tan pesada para que no rechazara el coche.

Llegó al automóvil inmersa en sus pensamientos, echó el abrigo y el bolso en el asiento del acompañante, y entró en el interior. Apoyó la cabeza en el volante, respiró mientras se llevaba una mano a su estómago y por primera vez una sonrisa apareció en su rostro.

Buscó el reloj en la radio del coche y comprobó que hacía bastante que había pasado la hora en que Álvaro la solía llamar. Se irguió por completo nerviosa y atrapó su bolso, intentando localizar su teléfono móvil para comprobar si su marido la había llamado y no había escuchado el tono al estar dentro de la consulta. Buscó entre las llamadas perdidas y no encontró su número, cosa que le extrañó.

—Quizás se ha entretenido en algo... —se dijo para sí mientras dejaba el móvil sobre el asiento y arrancaba el coche para ir a su casa.

En cuanto entró en la vivienda atrapó el teléfono fijo y comprobó que no tenía ninguna llamada perdida de Álvaro.

Se había acostumbrado a esos momentos, esas pequeñas conversaciones que ya eran citas ineludible que esperaba con ganas cada mañana y cada tarde, y hoy, después de la noticia que le había dado el doctor, la esperaba con más ganas.

Se cambió de ropa, intentando estar más cómoda, y se puso un té. Se arrebujó en el sofá, tapándose con una manta y esperó a que el teléfono sonara.

No encendió la televisión.

No quería que ningún sonido le impidiera escuchar el timbre de la llamada.

Pasaron los segundos, los minutos... Pasaron las horas y nadie llamaba.

Cogió el teléfono, comprobó que tuviera tono de llamada e incluso, nerviosa por si tuviera alguna avería y no se hubiera enterado, se llamó a sí misma desde el móvil al fijo, comprobando que todo estaba correcto.

Se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Y si le ha sucedido algo?

De pronto la melodía del móvil comenzó a sonar y lo descolgó de inmediato.

—Hola, ya estaba preocupada —saludó sin mirar quién le llamaba.

—¿Por?

—Pepi, eres tú.

La mujer se rio.

—Yo también me alegro de hablar contigo.

Daniela suspiró.

—Perdona, creía que eras Álvaro.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—No lo sé. Hoy todavía no ha llamado.

El silencio se asentó en la línea.

—¿Y por qué no le llamas tú? —le preguntó su amiga.

—¿Yo?

—Dani ya es tiempo de que des el paso y si en el médico te han dado las buenas noticias que creo, lo mejor es que tomes una decisión.

La mujer morena sonrió.

—¿Cómo lo sabías?

Pepi se rio.

—Esas cosas las mujeres las intuimos.

Daniela también se rio.

—Pues yo soy mujer y parte importante de ello, y no tenía ni idea.

—Demasiadas cosas tienes en la cabeza para darte cuenta —indicó—. Y ahora, comienza a hacer las cosas bien. Llama a Álvaro. Da el paso.

La morena asintió.

—De acuerdo.

Colgó el teléfono sin despedirse y marcó en el aparato el número que se sabía de memoria. Esperó un tono, dos, tres...

—¿Daniela? —La voz de su marido atravesó la línea telefónica haciéndola temblar—. ¿Sucede algo?

Esta tragó como pudo. De pronto sintió la garganta demasiado seca, como si llevara muchos días sin beber nada y se encontrara en un desierto.

—No... —dudó—. Solo que... Creí que te había ocurrido algo. Ha pasado la hora en la que solemos hablar y...

—Sí, sí perdona —la interrumpió de inmediato—. Víctor y yo estábamos liados con un tema y no me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo.

Daniela sonrió.

—Me tranquiliza saber que es solo eso y que no te has cansado de hablar con tu esposa.

El hombre no la contestó de inmediato, apreciando que se había dirigido a ella como su esposa.

—Jamás me cansaría de ti —aseguró.

—Álvaro...

—Dime —la animó.

—He estado pensando si te gustaría acompañarme esta tarde a ver a mi padre.

Este soltó el aire que retenía sin darse cuenta.

—Me encantaría.

Daniela suspiró.

—Nos vemos allí.

—De acuerdo.

La mujer colgó y se llevó la mano a la tripa mientras sonreía.

Capítulo 42

—¿Y habéis venido los dos juntos a verme por? —interrogó el padre de Daniela a la pareja que estaba sentada delante de él.

—Porque queríamos ver cómo estabas —le respondió su hija atrapando su mano.

—Y nos alegra comprobar que está mucho mejor —señaló Álvaro.

—Ya —Manuel dijo pasando su mirada del hombre a la mujer y al contrario.

Se encontraban los tres en una pequeña sala de la residencia, donde había diferentes sillones y mesas, además de una televisión que en ese momento estaba apagada. En esa habitación los ancianos jugaban a las cartas, a diferentes juegos de mesa, charlaban entre ellos o con los visitantes que habían acudido a verlos.

—¿Sabes papá que Álvaro se ha ido del bufete? —preguntó la mujer intentando alejar la conversación de su marido y ella.

—¿Eso es verdad? —se interesó el hombre.

Álvaro la miró sorprendido de que lo supiera.

—¿Cómo te has enterado?

Daniela le sonrió.

—Feli.

Este asintió entendiendo que le había informado de todo lo concerniente con su despido y su nueva aventura, la creación de un despacho de abogados, trabajando por cuenta propia.

—Sí, es cierto —contestó a Manuel—. Hemos montado algo Víctor y yo, con la ayuda de José, el marido de Feli.

El hombre mayor golpeó en la pierna a su yerno.

—Me parece genial. Ya era hora de que os independizarais.

Álvaro se rio ante el término usado para referirse a lo que suponía su cambio de trabajo.

—Bueno... —se llevó una mano al cabello—, vamos a intentarlo. Será duro al principio pero creemos que con la experiencia que ya tenemos y que algunos clientes con los que hemos trabajado quieren seguir a nuestro lado, quizás lo logremos.

Daniela atrapó su mano y le buscó la mirada.

—Los principios siempre son complicados pero hay que dar el paso para conseguir lo que uno desea.

Álvaro la observó esperanzado al escucharla, pensando que quizás con esas palabras se refería a ellos.

—Siempre he creído que hacíais una gran pareja —soltó de pronto Manuel, atrayendo la atención de los dos.

—Papá...

El hombre mayor le acarició la mejilla con cariño.

—Os queréis tanto y estáis tan ciegos.

Daniela se sonrojó.

Álvaro miró a su esposa con adoración y le agarró la mano.

—No tire la toalla con nosotros, puede que le demos una sorpresa.

Manuel se rio.

—Eso seguro. Con vosotros dos puedo esperarme cualquier cosa.

La mujer miró el reloj, comprobando la hora que era.

—Papá, tienes que cenar.

Este asintió, se levantó de su silla y le dio un beso en la mejilla a su hija.

—Entendido. Será mejor que os deje para que no diga nada más que os incomode.

Álvaro se rio.

—No diga eso. Usted no podría decir algo que nos molestara.

—Quizás mi hija no piense como tú. —Le estrechó la mano—. Con todo el tema del nuevo despacho de seguro que estarás más liado, pero no dejes de venir a verme. Me gustan tus visitas.

Este movió la cabeza afirmativamente.

—Descuide. Vendré a verle.

Daniela observó a los dos hombres que más quería en este mundo, atrapó del brazo a su padre y le acompañó hasta la puerta del comedor.

—No creo que vayas a decir algo que me moleste.

Manuel se rio, buscó los ojos negros de su hija y le preguntó a media voz para que Álvaro no le escuchara:

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Ella le miró sorprendida.

—¿El qué?

Manuel llevó una mano hasta su estómago.

—Posees la misma expresión feliz e irradias la energía que tenía tu madre cuando se quedó en estado de ti.

Una lágrima comenzó a deslizarse por la mejilla femenina.

—No lo sé —confesó.

Le limpió el pómulos, la besó y sonrió.

—No tardes. Os merecéis ser felices.

Daniela asintió, le devolvió el beso y vio cómo se adentraba en el comedor en busca de su cena.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupado su marido, acercándose a ella.

Esta le miró y asintió.

—Mejor que bien.

—Me alegro.

Álvaro observó su rostro, fue a añadir algo más pero en el último momento decidió no hacerlo.

—Nos vamos —señaló ella, recibiendo un movimiento afirmativo por su parte.

Los dos salieron con dirección al coche de Álvaro.

—¿Cómo has llegado hasta la residencia? —se interesó.

—Pepi me ha traído.

—¿Vuelve a por ti? —Ella negó con la cabeza—. ¿Quieres que te acerque a algún sitio?

Daniela asintió.

—A casa.

Algo en el tono de su voz, llamó su atención. La miró detenidamente y centró su mirada en el bolso que llevaba, uno de flores marrones que iba con ella cuando hacía algún viaje corto alegando que era lo suficientemente grande para guardar la ropa que necesitaba pero al mismo tiempo pequeño, simulando un bolso normal y corriente.

—¿A tu casa? —preguntó dubitativo pero al mismo tiempo esperanzado.

Ella se acercó a su lado y atrapó su mano.

—A nuestra casa.

Estudió su rostro, deteniéndose en su mirada oscura, en el brillo que mostraba.

—¿Estás segura?

Asintió.

—Más que segura.

Él cerró sus ojos por unos segundos y suspiró.

—¿Cómo sé que no volverás a irte?

—Porque ahora sé que, para que nuestro amor dure, antes de huir por algún imprevisto, hablaré contigo y buscaremos una solución.

Álvaro le acarició su mejilla y delineó sus labios.

—Siempre estaré contigo, a tu lado —susurró—. Te prometo que jamás me rendiré para que nuestra vida en común sea lo más perfecta posible.

—La perfección no existe —le corrigió con una sonrisa.

—La inventaremos.

Daniela se rio.

—Me gusta la idea.

—Te amo.

—Yo también te amo —confirmó ella.

Atrapó su boca y la besó como si no hubiera un mañana, prometiéndole con la caricia que jamás se rendiría, que jamás se alejaría de su lado.

—Debemos irnos a casa si no queremos montar un espectáculo aquí —indicó separándose de su mujer, al mismo tiempo que presionaba el botón de las llaves del coche y abría las puertas.

Ella se rio sintiendo de pronto sus mejillas enrojecidas al comprobar que había un grupo de ancianos observándolos desde uno de los bancos cercanos al jardín de la residencia.

—Sí, será mejor que nos vayamos pero antes...

Álvaro la miró preocupado.

—No me digas que hay más condiciones —le interrumpió apoyándose en la puerta del Audi—. Ya sabes que no acabamos muy bien la última vez.

Daniela negó con la cabeza, se acercó a él y llevó las manos masculinas hasta su tripa.

—Hoy he ido al médico...

—¿Por qué? ¿Estás bien? —la cortó preocupado.

Ella sonrió.

—Sí, estoy muy bien aunque vamos a tener que ir a la consulta a partir de ahora muy a menudo.

Álvaro la miró sin comprender pero de pronto en su cerebro se formó una idea, observó sus manos asentadas sobre el estómago de ella y la sonrisa femenina se lo confirmó.

—Estás...

—Embarazada —acabó la frase.

Atrapó su cara y la acercó a él.

—¿Seguro?

—El médico no tiene ninguna duda aunque habrá que hacerme más revisiones de las que tiene una embarazada, debido a mi situación...

Álvaro la besó interrumpiéndola y la volvió a besar de nuevo varias veces más.

—Aunque tengamos que dormir en la consulta —indicó feliz—. Iremos las veces que haya que acudir.

Daniela asintió.

—Tengo miedo —le confesó a media voz.

Álvaro le acarició la mejilla y posó la mano de nuevo en su estómago.

—Y yo pero juntos podremos superarlo.

Daniela asintió y le dio un dulce beso.

—Te quiero.

Epílogo

El llanto del bebé se escuchó por el intercomunicador que tenían en el salón, reclamando a sus padres.

—Te toca a ti —Daniela dijo soñolienta al mismo tiempo que golpeaba a su marido que se encontraba a su lado.

Álvaro se estiró en el sofá, comprobó la hora en su reloj y se levantó.

—Nos hemos quedado dormidos.

Ella le miró.

—No hemos disfrutado ni de la cena ni de lo que me habías prometido para después. —Le guiñó un ojo.

Este se rio y le dio un beso fugaz.

—Tu hija es bastante acaparadora.

—En eso no te voy a llevar la contraria. No puedo acercarme a ti cuando la tienes en brazos —comentó sonriente.

Álvaro se apartó el cabello de la cara.

—Mi princesa pequeña es muy lista y sabe lo que es bueno —dijo con orgullo.

Daniela se carcajeó.

—Tampoco te voy a contradecir en eso pero que no se te suba a la cabeza.

—¿A mí? Nunca.

El bebé volvió a llorar.

—Voy a por ella —indicó—. ¿Le preparas el biberón?

Esta asintió levantándose del sillón para dirigirse a la cocina.

—De inmediato —confirmó—. Se nota que es su hora y que ya tiene hambre.

Álvaro la abrazó por la cintura casi llegando a las escaleras y la detuvo.

—¿Qué te parece si le damos de comer y cuando se duerma retomamos donde lo hemos dejado?

—¿Nos saltamos la cena?

Este le dio un beso.

—Nos saltamos la cena —afirmó corriendo escaleras arriba en busca de su hija.

Daniela se rio desapareciendo en la cocina.

—Dormir está sobrevalorado cuando se tiene cerca un marido que te quiere y una niña a la que adoras —dijo en voz alta.

FIN

Agradecimientos

Los recuerdos, nuestra memoria forma parte de nosotros, de nuestra vida, y gracias a ellos la construimos. Somos un conjunto de momentos, de instantes que consiguieron hacernos sonreír, llorar, enfadarnos o perdonar. Cuando esos recuerdos comienzan a desaparecer, lo importante para esa persona es sentirse segura, rodeada del cariño y el amor que sienten por él. No importa que no recuerde tu nombre, no importa que no recuerde lo que decía hacía unos minutos, lo que de verdad tiene valor es sentir que está a tu lado, y que a pesar no saber bien quién eres, él se siente seguro junto a ti.

Pasaremos por momentos difíciles en esta vida pero lo importante son los recuerdos que atesoramos al lado de la persona que queremos, las conversaciones que mantenemos y las risas que compartimos.

Esta novela es un recuerdo, un recuerdo de mi familia que he querido compartir con vosotros porque, aunque yo no era consciente de ello, parece que lo necesitaba exteriorizar de alguna manera y esa manera ha sido en forma de libro, con una historia de amor porque no hay que olvidar que el amor todo lo cura, sea del tipo que sea, y con un final feliz que aunque ha costado —vaya par de cabezotas—, ha terminado por dar el toque justo y apropiado a la historia.

Gracias a mi familia por cederme el recuerdo y por estar a mi lado a cada paso. Ya sabéis que sin vosotros nada de esto sería posible.

A Juan y Gabriel, por su eterna paciencia. Mi vida se construye a vuestro lado.

A mis amigas, Moruena, Laura, Nur, Annie y Sara, a Mar, Elena y Soraya. Por vuestra paciencia e insistencia, porque sabéis que me pierdo pero siempre regreso.

Gracias a Ediciones Kiwi por la confianza que depositan en cada uno de mis trabajos, para mí tiene un gran valor por lo que gracias por ofrecérmela.

Y gracias a vosotros, los lectores, que seguís a mi lado en cada nueva historia, en cada nueva locura con la que espero y deseo sorprenderos.

Nos leemos ;-)